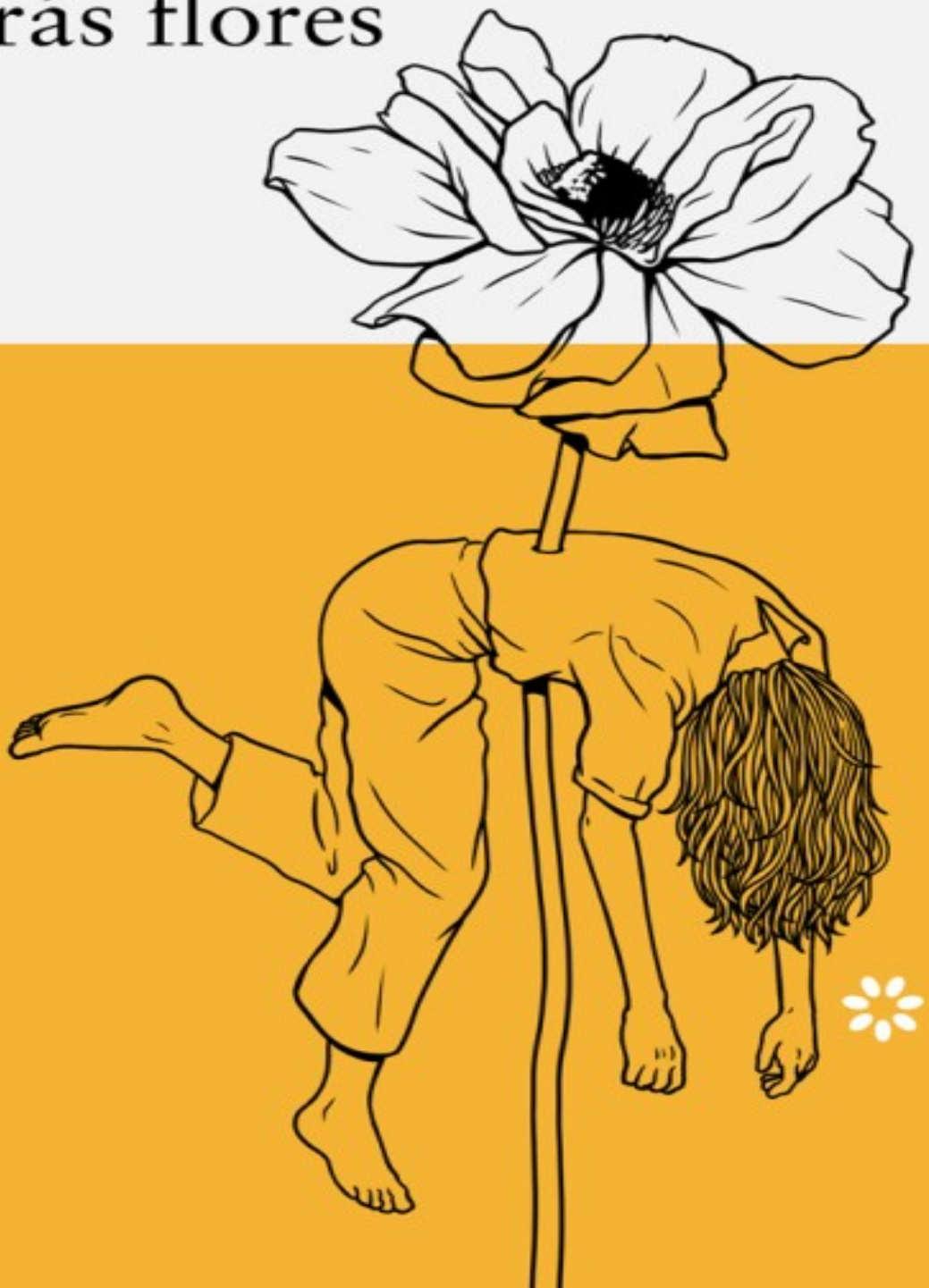
Libros del Asteroide

Lucía Solla Sobral

Comerás flores



Lucía Solla Sobral

Comerás flores

Libros del Asteroide

Primera edición, 2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Lucía Solla Sobral, 2025
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Elliana Esquivel / Elesq Art

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló, 11-13, 3.º 1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-10178-74-8
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Índice

Agradecimientos
Nota biográfica
Recomendaciones Asteroide

Para las que todavía estáis en un coche
a doscientos kilómetros por hora

Hay dos o tres cosas que tengo claras, y una de ellas
es que puedes odiar y a la vez amar
algo que no sabes si entiendes.

Dorothy Allison

El día en el que mi padre murió, hacía sol y yo tenía hambre. Mi padre murió y bajé a Frida a hacer pis. Mi padre muerto y yo lavándome el pelo, eligiendo pendientes, probándome blusas. Ese día tuve que comprar el pan exactamente como cada día, ni muy tostado ni muy crudo, tender la ropa a la vuelta del tanatorio y ponerme los retenedores antes de dormir. Esa noche, vi a mi sobrino llorar y reír. Yo también lloré y reí. No sabíamos qué hacer con tanto dolor en los pulmones. Por las mañanas, me despertaba como si me hubiese quitado un peso de encima. El de la espera constante a la muerte desde la silla para las visitas. Papá había muerto y ya no tenía que esperar a que muriese más. Escuchaba sus zapatillas arrastrándose por el pasillo a la misma hora a la que él se levantaba de madrugada para ir al baño, pero papá ya estaba muerto y sus zapatillas guardadas en el neceser que trajimos de vuelta del hospital. Su teléfono seguía sonando, porque su operador no sabía aún que papá estaba muerto. Al principio, no quisimos dar de baja la línea. No por si volvía, sino porque la muerte es contagiosa y se nos quitaron un poco las ganas de vivir o, al menos, las de continuar con los trámites. A veces, contestaba esas llamadas. Eran de algún conocido despistado que decía: jefe, ¡que hace mucho que no te molesto! Y tenía que decirle que papá había muerto y que sí, que ya fue el funeral y que sí, que llevaba unos meses muy mal y que sí, que era normal que no se hubiese dado cuenta si no lo había visto últimamente por la calle con veinte kilos menos, un bastón y un parche en el ojo. Otras veces, era un amigo con alzhéimer que lo quería invitar a comer lamprea. Algunos días le explicaba que papá ya no estaba y otros le decía que le pasaría el recado. Mamá, aún hoy, cuando se encuentra a alguien que no se ha enterado todavía, se bloquea y se desangra y escarba y se va, porque siente que al decir que papá ha muerto lo está volviendo a

matar. No dice muerto. Nunca. Yo tampoco fui capaz hasta muchos meses después. Mientras tanto, dije mi padre no está, se fue, nos dejó, no tengo padre, falleció. No sé si es verdad eso de que no tengo padre, pero sí que tardé mucho en decir que el padre que yo tenía murió.

Antes de morir, papá me dijo: piojita, el amor es lo más importante que hay en la vida. Y yo le creí tanto que casi me quedo sin aire. Tanto le creí que no le pregunté el amor de quién, qué amor, papá, ¿el de Diana vale o tiene que ser otro? ¿Un amor como el de mamá y tú, que nunca discutís, o un amor como el de Alberto y Bea, que se odian pero se defienden? ¿Un amor como el de la tía Loli hacia la abuela, aunque le tenga que recordar cada tarde que es su hija, o como el de mis tíos los que no quisieron tener hijos y viajan todo el rato y mamá tuerce el morro no sé si porque vosotros tenéis tres hijos o porque tú solo quisiste viajar a Portugal? Antes de morir, papá estuvo casi un año ingresado en el Hospital Clínico Universitario de Santiago de Compostela. Mis hermanos y yo hacíamos turnos. Yo dormía con él los domingos, lunes y martes. Tres días y tres noches que me tiraban de los párpados hacia arriba y que me llenaban el estómago de murciélagos y de restos de puré. Desde mis siete años, esperaba la muerte de mis padres imaginándome una y otra vez qué edad tendría yo cuando ellos fueran viejos. Cuatro angelitos tiene mi cama, cuatro angelitos que me acompañan, cuarenta y ocho que tiene mamá menos siete míos son cuarenta y uno, con Dios me acuesto con Dios me levanto, ochenta y cinco, que es la edad con la que murió la abuela, menos cuarenta y uno son. Necesito un papel. Cinco menos uno, cuatro, y ocho menos cuatro, cuatro. La Virgen María y el Espíritu Santo. Si papá o mamá mueren con ochenta y cinco años, yo tendré cuarenta y cuatro y Alberto y Bea todavía podrán cuidarme para que no esté triste y me dejarán ver *La pajarería de Transilvania* siempre que quiera y comer regalices de los gordos, de los rellenos de blanco, siempre que quiera también. Amén.

Pero calculé mal. Calculé fatal y ni con tantos años de entrenamiento pude imaginar ese dolor que me dejaría fuera de la vida que había conocido hasta ese momento. Que me arrastraría por una pierna hasta apartarme a un lado para no interrumpir las vidas de las otras personas, de las normales, las que vivían sin ese dolor que aprieta la

nariz y tapa la boca y te escupe en los ojos y que se te sube a los hombros para que no puedas más, para que, de verdad, no puedas ni un poquito más. Papá también tenía miedo, dejó de creer en Dios en el peor momento. Confundía las pesadillas con la realidad, tenía delirios, veía arañas, le obsesionaba el dinero. Y dejó de comer. La nutricionista del hospital le pedía que comiese, se lo pedía la psicóloga, se lo pedía Ramón, el cura, se lo pedía yo, su piojita, pero papá no abría la boca. Pasaba las tardes viendo un programa de un hombre engullendo bocatas gigantes. Papá tenía los ojos llenos de hambre pero en la boca no le cabía ni una miga de pan. A esa hora de la tarde, mientras él veía comer, yo recorría el pasillo de la planta de una punta a otra buscando agotar al tiempo. Solo quería volver a casa, ¿a qué casa?, y acariciar la barriga de Frida.

Yo quería volver a vivir sola. Pero Diana, que también quería vivir sola, no tenía dinero suficiente. Ella decía que al ser yo libra y ella leo, podíamos estar juntas todo el rato porque yo no la saturaba y ella ponía lógica en mi vida. Y a mí ese intercambio siempre me pareció bien. Mi madre nos llamaba Pili y Mili, su madre las dos Marías. En la universidad dormíamos la siesta juntas y nos despertábamos oliéndonos las babas. Las de ella olían a leche caliente con colacao, las mías a patatas de bolsa y a brackets. Hacíamos todo juntas y si no podíamos nos husmeábamos a la menor distancia posible. Por ejemplo, Diana y yo estudiábamos carreras diferentes, pero yo iba a la biblioteca de su facultad, aunque fuese más fría y pequeña, y ella iba a merendar a la mía, aunque fuese la Facultad de Filosofía. Por ejemplo, si yo tenía una cita con un chico, ella me acompañaba a espiarlo hasta que me atreviese a plantarme delante de él y me esperaba en casa para decirme que no le gustaba para mí. Pero Diana, a mí me gustó. Pues a mí no. Pero si aún no lo conocemos bien. No, no y no. Por ejemplo, yo en Compostela tenía un estudio pequeño y húmedo para mí sola, pero dormía todas las noches en un colchón en el suelo al lado de su cama en el piso que compartía con dos estudiantes más, una que cocía el pollo para no engordar y otra que limpiaba la nocilla del cuchillo en el borde de la encimera. Diana me pisaba la cara cuando iba a hacer

pis de madrugada, me despertaba hablando en sueños, me asustaba con el ruido de su colchón, que sonaba como si tuviese ratones chillando dentro. Porque Diana no era discreta ni para cambiarse de posición en la cama. Ella todo lo hacía a lo grande. También quererme. Y yo la quería tanto que se me inflaba el pecho como una gaita. Diana a mí me llamaba Marinador. Cenábamos leche con galletas digestive viendo el tarot o el porno de la tele local. Menos los domingos por la noche. Los domingos volvíamos a Compostela después de pasar el fin de semana en casa de nuestros padres, rodando las maletas como si llevásemos piedras, todavía con el guiso y el mar pegados a la ropa, con los ¿estás comiendo bien? y los pon una manta encima de la colcha que hará frío. Nuestra piel aún estaba rojita por los abrazos de lana de nuestras madres y nosotras ya estábamos dejando otra vez las maletas en el piso de Diana. Entonces íbamos al bar de abajo, Don Bocata, a cenar dos 36: bocadillo vegetal con queso y huevo para Diana, sin queso ni huevo para mí. De postre, flan con nata para ella, nada para mí, gracias, ella no se saciaba nunca y yo siempre estaba llena. Diana vaciaba la maleta el domingo aunque estuviese muerta de sueño, yo la tenía abierta durante toda la semana en un rincón, medio deshecha, gritándome que ya era mayor y no quería volver con papá y mamá pero tampoco quedarse ahí. Yo a ella la llamaba Dino. En la biblioteca yo estudiaba y Diana sangraba por la nariz. Una mañana, sentadas en el escalón de la entrada, inclinándole la cabeza hacia arriba para que no se tragase la sangre, me dijo: tía, tienes una cara preciosa. ¿Yo?

Diana tenía toda la seguridad que yo no tenía, pero me la prestaba. A Diana no le asustó cambiarse de carrera, así que a mí no me asustó cambiarme de Filosofía a Periodismo. A Diana no le importó empezar a trabajar en una franquicia de muebles y decoración con normas rígidas sobre maquillaje y peinados, así que a mí no me costó nada aceptar mi trabajo como redactora de contenidos especializada en succionadores de clítoris, cócteles, inteligencia emocional o las diez mejores rutas para comer pintxos. Diana no le tenía miedo a nada y yo le tenía miedo a todo pero, a su lado, un poquito menos, porque Diana podía ser Diana por ella y por mí.

Yo quería vivir sola en la ciudad después de dos años en un pueblo. Pero, cuando me di cuenta, estaba sentada en un salón con ella, escupiendo zumo por la nariz recordando las negociaciones con el que ya era nuestro casero. Cajas, colchones nuevos, mis vinilos, sus series. Y una mampara que no cierra y una nevera que hace rirrirrirriri y unas ventanas que se comen todos los sonidos de la calle menos el de las sirenas. Cinco, diez, quince ambulancias al día con sus sirenas gritando, con los enfermos y sus acompañantes con las piernas inquietas, mirando el calendario, repartiéndose las horas, la manta, el menú, los cuidados. ¿Cómo distribuimos las alacenas? Para mí las de arriba que soy más alta. Y más cajas de mudanza y toallas de Portugal y botes de especias caducadas dentro de tarteras y sartenes de inducción para una cocina de vitrocerámica. Decoré mi habitación con un flexo y algunas entradas de conciertos pegadas por las paredes, Morrissey, Hidrogenesse, Patti Smith. Guardé las sábanas del casero y ya solo quedaba ir a por Frida.

Volver a vivir en una ciudad significaba poder decidir con qué aburrirme otra vez, volver a tener a mucha gente apretándose en mis ojos y volver a tener muchas vidas. ¿Quería ir a clases de cerámica o prefería buscar un trabajo mejor pagado? ¿Quería ahorrar o seguir a Diana de fiesta en fiesta? Yo quería quedarme quieta en alguna ciudad y decirle a mi hermana ¿ves?, no es verdad que no quiera vivir cerca de vosotros, ¿ves?, coloco aquí mi ropa en mi nuevo armario aunque huela todavía a la ropa de los anteriores inquilinos. Y ese ruido. Ese maldito hospital provincial que podía ver desde la ventana. Me tenía los pulmones silbando, agujereados de tanto recordar.

Tengo: una perra, una amiga, una madre, dos hermanos y un padre muerto.

No era una noche de agosto cualquiera, era la víspera de la fiesta corsaria y el concello de Beiramar temblaba con las carcajadas de las señoras viendo el esfuerzo de la alcaldesa por ponerlo todo bonito. Y con el sonido de las pruebas de megafonía, el arrastre de palés para montar los puestos de artesanía, los martillazos de la carpa donde venderían el pulpo y los motores trucados de las motos de los chavales que rodeaban la alameda buscando algo sin saber aún el qué. El olor del puerto se confundía con el del cuero y el pimentón. El mar estaba tranquilo, el parque tenía colores nuevos y los niños jugaban con los dedos pegados a las rosquillas de hojaldre. La villa estaba contenta y a mí me encantaba no vivir más en ella.

Fui a la terraza donde estaba mi madre con Frida y con mis tíos los de Nueva York. Quería llevármela ya a nuestra nueva casa. Y, aunque a la gente que no me conoce le digo que yo no soy de las que habla como una imbécil a los perros, sí soy de las que habla como una imbécil a los perros. Y a la mía, más. Primero fue eh, psss, oye, ¡aquí!, luego parruchiña, tchhhhs, tchsss y, por fin, le di un nombre: Frida, Fridiña, Fridiiii. Justo antes de que la otra Frida invadiese todos los estampados de camisetas, cojines, platos, manteles individuales, relojes, libretas, tazas y agendas, llegó esta perra abandonada por un cazador, negra y blanca, con unos ojitos tristes que hacen que le des toda la comida de tu plato. Apareció Frida en una pedanía minera de la sierra de Huelva, de trescientos veintinueve habitantes, en la que vivía yo cuando yo aún no quería irme porque solo llevaba tres meses allí y todo era tan nuevo tan diferente tan soleado. Y siguió a mi lado cuando me fui. Y otra vez para allá y para aquí y venga a un segundo sin ascensor y luego a un tercero sin ascensor y ahora con Diana en un tercero con dos, ¡dos!, ascensores. Venga, Frida, solo una ciudad más. Y Frida siguió a mi lado. Frida la que te lame la cara, te lame el

ombligo, te lame los pies, te lame los calcetines si no encuentra los pies. Frida la que es alegría viva cuando tardas cuatro horas en volver o aunque tardes diez segundos porque olvidaste la cartera. Frida siempre conmigo aunque elija mal.

Y en medio de los sonidos agudos, los parruchiña parruchiña parruchiña, los ¿¡cómo te cuidó la abuela!?, una mirada que venía de la mesa de al lado no me soltaba. Era tan ininterrumpida que rozaba lo ridículo. Me recordaba a las miradas de la adolescencia, las que intentan demostrarlo todo porque jamás se atreverían a decir nada. Me senté con mi familia y traté de ignorar a ese hombre, pero me estaba llenando la piel de arañitas rojas y de una ligera, ligerísima descarga de esas que muerden los mofletes y los pone rojos, como cuando sube la fiebre. Solo un ratito y me voy, ¿qué podía pasar? Ese desconocido no encajaba ahí. Era demasiado guapo, demasiado atrevido, demasiado nuevo entre tanta costumbre. No hacía juego con la villa. Una villa que es villa porque no es un pueblo ni es una ciudad, una villa marinera de veinticuatro mil seiscientos treinta y siete habitantes en la que la gente mayor conoce a todo el mundo y los jóvenes que volvemos después de estudiar fuera ya no nos acordamos de nadie. Mi villa, donde ya solo conocía a mi familia porque mis amigas se habían ido y, las que se habían quedado, ya no eran amigas.

Solo habían pasado tres meses desde que me había bajado de ese Alsa de vuelta para pasar el verano en casa de mi madre hasta encontrar piso. Siempre me aburro y siempre sé que me voy a aburrir. Es un aburrimiento anticipado, como la morriña cuando aún no te has ido del sitio en el que estás de visita. Me aburrí de Pablo Rosales, mi primer amor, que me gustaba tanto que jugábamos al simulacro de lo que creíamos que vendría después, a ser papá y mamá. Una tarde en el parque me caí de la bici, se me rompieron las medias y me empezaron a sangrar las rodillas. Pablo Rosales avisó a su madre para que me curase. Ya verás, es enfermera. Las tiritas no eran de dibujos, pero funcionaron igual. Me invitó a ir a su casa a jugar a los Power Rangers y en su habitación, que olía muy diferente a la mía, con esa forma de jugar tan diferente a la mía y a la de mi primo, con toda su atención puesta en mí, me aburrí de Pablo Rosales. Cuando fui a ver a un grupo hardcore en Beiramar por primera vez, Riot Echo, éramos

seis en el público y el cantante me saludó después. Quedamos al día siguiente y me recomendó ver *El Padrino*. El aburrimiento anticipado. Pero le dije sí, te acompaño a casa. Me dio las tres películas pirateadas con la mano helada y me besó. Me aparté para decirle al oído que no iba a funcionar. ¿Por qué? Pues porque siempre me aburro, no sé. Y me siguió besando. Dos meses después me aburrí. Ya te lo había dicho. Ya, ya lo sé, pero aun así me jode. Unos años después me recorro en Alsa catorce horas hacia una pedanía minera de Andalucía con una mochila y una maleta, lo abrazo en la estación y ya sé que me voy a aburrir como una ostra. Pero después de ese viaje, de tanta ilusión y de tantos intentos por ser como creía que tenía que ser —el simulacro—, yo qué sé, había que intentarlo y al final lo quise y al final hasta lo admiré un rato y, bueno, dos años después, otras catorce horas en un Alsa de vuelta.

Aunque llevaba años sin vivir en Beiramar, yo sabía que ese hombre que me miraba tanto no era de allí. Gafas grandes de pasta, pelo de mar por debajo de la oreja, pantalón de pinzas negro, camiseta holgada blanca y unas Nike con cámaras de aire. Demasiado mayor para llevar tantos tatuajes nuevos. Tantos, que solo pude fijarme en uno que parecía un dibujo de la performance de Abramović tirando de un arco y Ulay de una flecha. Quizá era un arquitecto o un comisario de arte o un diseñador gráfico o el amor de mi vida. Sentada con mi madre y mis tíos de Nueva York, la mirada de ese hombre solo me abandonaba cuando hablaba con los chicos que lo acompañaban. Hablaba en gallego en un lugar donde hablar gallego está mal visto porque es de gente de la mar, de la aldea o de nacionalistas. Hablaba gallego y lo hablaba bonito, despacio, lo hablaba con las manos y con la fuerza de su mandíbula cuadrada, falábao coma se puidese mastigar cada palabra. Yo le contaba a mis tíos que a Diana le habían llevado el coche al depósito, y lo miraba de reojo, que el fin de semana perdí el bolso en una fiesta, me encantaba su cara, que estuve en comisaría hasta las siete de la mañana porque necesitaba las llaves para no despertar a mi madre y, por alguna razón, no dejé de contar miserias y de mirarle a los ojos. Quería hacerles reír, al menos mientras él estuviese en la mesa de al lado cubriéndome el pecho de arañas.

Antes de subirse a un furgón con los chicos, me miró una vez más. Me avergoncé inmediatamente después, pero le sonreí y lo hice con todos los dientes apelotonados en mis ganas de que bajase, de que se volviese a sentar cerca de mí y de que dejase que lo viera un poquito más, solo un rato más. Quería aprenderlo de memoria e imaginármelo el resto del verano. Pero el furgón arrancó.

De camino a mi parada del bus, mi madre me contaba que hay que ver qué bien está tu tía, que a Frida le di una croqueta, pero solo una, ¿eh? No le dije pero mamá, sabes que no puede comer esas cosas, y no se lo dije porque pasó por nuestro lado el furgón y ahí estaba él, mirándome fijamente y yo con la sonrisa tiesa. Las arañitas podrían haberme hecho sangre si hubiesen sido reales.

Mientras recorría la alameda y no lo encontraba, me burlaba de mí misma, era ridículo llevar seis años huyendo de esa villa y acabar enganchada a su suelo sucio y meado buscando a un desconocido al que había visto la noche anterior. Yo siempre quise urgente, buscaba amores que se atragantasen de ganas, que hirviesen, que no diesen tiempo a nada más que a querer. Un amor con gusto a la levadura del corazón de una palmera recién horneada. Como las del Forno de Compostela, previo cuidado, todavía no las comáis porque están tan recién hechas tan recién salidas del horno que os podrían fermentar dentro y haceros daño. Y Diana y yo nos las comíamos inmediatamente porque una dice cuidado y la otra entiende ahora justo ahora, una dice espera un poco y la otra escucha que mejor ya-ya-ya antes de que se enfríen. Un amor de los que sobra mucha cama porque se apelotona todo en el mismo lado. Ese amor que te deja los labios hinchados un día entero y que te convierte las piernas en flan cuando paseando con Frida y mirando el móvil, sientes cien higos abiertos respirando a tu lado y levantas la mirada y te da la risa nerviosa porque ahora ya sí, ahora está pasando:

—¿Dónde podemos tomar algo aquí?

—Anda, ¡hola! Creía que ya no te iba a ver más —me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja y de ese mechón salieron las arañas que se colaron por la boca y me llenaron el corazón o las tripas o los muslos porque era todavía más guapo de cerca.

—Hola, ¿dónde tomamos algo? —me hablaba muy serio, como si conocerme se tratase de algo importante—. Me llamo Jaime, por cierto.

En un bar, donde las mesas de Estrella Galicia tenían el logo tapado con cinta aislante, me contó que él también vivía en Pontevedra, que era compositor de atmósferas, que acababa de cerrar un restaurante

clandestino en su casa, que su hija estaba en Madrid probando suerte, que estaba leyendo a Deleuze, que adoraba a los perros. Y yo a él que me fui por amor a Andalucía y que volví por aburrimiento, que trabajaba en una agencia de marketing, que vivía con mi mejor amiga, que mi padre había muerto hacía cinco meses. El hombre más atractivo al que había visto nunca estaba sentado frente a mí, con todo su cuerpo inclinado a lo que le contaba como si necesitase cada una de mis palabras para seguir respirando. Me prestaba toda su atención y yo le escuchaba pensando en cuándo podría besarlo.

—¿Cuántos años tiene tu hija?

—Pues va a cumplir veinticinco.

—Como yo. —Intenté hacer un cálculo rápido de la edad que tendría él.

—Nunca he hecho esto —nos señaló a él y a mí.

Le di un trago a mi cerveza para perder el turno de palabra. Acarició a Frida, se dejó lamer.

—Eres tan interesante.

—¿Yo? Tú tienes mucha más trayectoria.

—¿Estás insinuando que soy mayor que tú?

Una carcajada. Otro trago. Comprobó la pantalla de su móvil y lo volvió a guardar.

—¿Y no te gustaría vivir sola?

—Sí, supongo, pero vivir con Diana también es genial.

—Claro. —Volvió a sacar el teléfono—. Oye, ¿me das tu número? No me gustaría tener que volver a pasar toda la tarde en Beiramar buscándote.

01:06

Me gustas

01:07

Reconozco que no apostaba que alguien en tan poco tiempo pudiese hacerlo... además ya habia renunciado a ello!

Pero eres tan alegre y dulce… y atractiva! aunque parece que te da vergüenza serlo

01:07
No soy nada pelota, te lo aseguro. Pero contigo…

Olía a sábado y el móvil se calentaba en mi mano. A finales de agosto el casco antiguo de Pontevedra se llena de satén, lino y perlas, de pijos con solo cuatro de los siete botones de sus camisas abrochados, de grupos de hombres que gritan su alegría por encima de la de cualquiera, porque pueden, porque por qué no. También de peñas taurinas y de vino derramado. Y yo, en los conciertos, siempre sola y siempre hacia el final. *Tú que vienes a rondarme, arrímate aquí.* Y yo, tan pequeña entre todo ese jaleo, pisando papeletas de tómbolas que sortean una mini moto, el olor a churros, la música y el alcohol pegado a mis vans rotas, tan pequeña y con tanto frío en las manos, esperaba. *En los aposentos del universo estás tú que me esperas*. La noche anterior solo habíamos tomado algo y cuántos nervios me cabían ya en los ojos. *Mi piel se llena de chispas que saben a flores y a lenguas*. Recibí una ubicación. Dejé de esperar.

Era sábado y fui, con las dos copas que me encharcaron las piernas, con los pies nerviosos, con una voz diciéndome qué haces, a dónde vas, quién es. Sintiendo que me estaba saltando algunas normas que me había impuesto a comienzos de verano: eso de estar sola, eso de no aburrirme con nadie más, eso de solo música, solo películas, solo libros. Eso de solo Diana. Era sábado y fui, siguiendo las indicaciones de Google Maps. Mis pies sabían ir, pero mis nervios no y mis nervios siempre ganan, eso lo sé desde los seis años cuando me perdía en El Corte Inglés, con once cuando me hice pis en casa de mi tía mientras operaban a mi padre, con diecisiete cuando me rompí en el baño durante Selectividad porque no valía para aprobar un examen de matemáticas ni para ir a la universidad ni para mudarme a Compostela ni para conocer gente ni para sonreír sin ganas ni para cambiar de piso cada curso. Y encontré a mi madre en El Corte Inglés y mi padre presumió de cicatriz y aprobé matemáticas y descubrí que

se me daba bien socializar, simplemente no me gustaba, como las mudanzas. Pero mis nervios ganan, duelen en el estómago, hielan mis dedos, me hacen nudos en el pelo. Era sábado y fui, comprobando mi cara en la cámara del móvil. Intentando caminar en línea recta por esa calle tan céntrica, con todas mis inseguridades enredadas, peinándome el pelo con los dedos. Las estrías, las tetas, las caderas, este top, peina que te peina, el vello, la barriga, joder, los pinkies, me peino. Me esperaba en su portal. Su pelo negro y gris, su mandíbula cuadrada, un polo negro, unas gafas de montura transparente, distintas a las del día anterior. Ese olor a madera con mermelada o a higuera. Un hola, Marina, dos besos, un estás muy bonita, un mechón detrás de la oreja, una intención de darme la mano que finalmente no. Subí con él unas escaleras que crujían, crujían, crujían y, aun así, olían a silencio. El edificio es de mil novecientos veintiocho, todos estos neones los puse yo, y mira el techo. Del techo colgaban cordeles rojos con llaves. Odio no encontrar un adjetivo diferente a mágico, pero es que ese portal era jodidamente mágico. Tendría que haber ido a buscarte yo, con lo tarde que es y tú por ahí sola. Subí las escaleras que me llevaron a la casa más bonita que había visto nunca y en la que deseé vivir. La noche anterior también había mencionado a Hölderlin y a Arendt, la noche anterior me había contado que ya no tenía que estar en Beiramar y que fue igual, por si me encontraba, subí porque le conté que uno de mis sueños era tener una habitación llena de vinilos y él respondió que su habitación estaba llena de discos. ¿Bebiste mucho? No, solo dos copas. ¿Y estabas sola? Sí, a mis amigos no les gusta la misma música que a mí. Me sonrió y mis manos cada vez menos frías, aliviando los nudos, con una hoguera en el ombligo quemando la espera. En el salón un sofá rojo. El pasillo no crujía, las paredes eran altas como secuoyas. Posé mis ojos en cada estancia que estaba a mi alcance. Tenía una biblioteca con cientos de libros. Y una, dos, tres chimeneas. ¿Cómo se encienden? Con bioetanol. Al fondo, la habitación, después te la enseño. La espera. Era sábado y me senté con él en dos sillas de la biblioteca. Son las *Egg*, ¿las conoces? No las conocía pero le dije que sí.

—Casi me quedo dormido esperando a que me escribieras, pensé que no querías volver a verme —se inclinó hacia mí y me sonrió—. Estás

preciosa.

Consulté la hora en el móvil.

—El concierto acabó tarde, no me di cuenta, ¿me voy y nos vemos otro día?

—Ni de broma, necesitaba verte de nuevo. Ayer me costó mucho dormir, me sorprendiste mucho, Marina. Tan joven y tan inteligente. Tan…

Dejé que hablase porque yo solo quería pensar en lo poco que tuvo que pasar para que yo estuviese ahí sentada en esa casa, con sus ojos azules o verdes. Él me decía algo de mi madurez y yo imaginaba mis libros entre sus libros, decía algo de lo atrevida que fui aceptando su invitación y algo de que justo cuando me había rendido apareces tú y yo pensaba ¿todo esto es verdad, se ha leído todos estos libros y me está hablando a mí?

—¿Qué estudiaste para trabajar en A Ponte?

—No recordaba haberte dicho el nombre de mi empresa.

Se rio y, como no me respondió, seguí:

—Empecé estudiando Filosofía pero acabé haciendo Periodismo.

—Dios, es que eres para mí.

—¿Cómo sabías que trabajo en esa agencia?

—¿Te enseño mis discos?

—¡Sí!

—¿Me das un beso?

Y le di un beso o le di quinientos.

Pasamos la noche juntos y despiertos. Desnudos y con nuestras piernas enredadas, como para no perdernos, como para que no se fuese lejos o que yo no pudiese moverme y encontrar señales que anticipasen el aburrimiento. Quería estar pendiente de mi propio cuerpo, de sus movimientos y rugosidades, pero Jaime me dibujó el mentón con un dedo y me dijo: quiero quererte. Y de debajo de mi piel salieron todas sus arañitas y rodearon mis pezones y subieron por la garganta y también a las mejillas y sentí que ojalá, que ojalá algún día. Será cuestión de tiempo, dije. Y él me colocó el mechón de pelo detrás de la oreja y repitió: quiero quererte. Y yo no dije pues ojalá me quieras, Jaime. Pero lo pensé.

Le dije a Diana: ¿te acuerdas del tío que no dejaba de mirarme? Pues ayer me acosté con él.

—¿Cómo, cómo, cómo? ¿Qué me perdí? —Desdobló la camiseta que acababa de doblar—. ¿Qué pasó con Samir?

—Nunca hablamos sobre si íbamos en serio o no y, cuando se fue a pasar el verano a Marruecos, poco a poco dejamos de hablar. —Cogí la camiseta que Diana había lanzado por la emoción de un nuevo chismorreo coital y la doblé con cuidado.

—Joder, todos creíamos que encajabais superbién. Pero, a ver, cuenta.

—Me voy a preparar un colacao, ¿quieres uno?

Diana se dejó caer sobre la silla y suspiró un mal día en el trabajo. Diana ayúdame con esto, Diana los informes de prevención laboral, Diana hay que entregar los guantes a las auxiliares, Diana cómete una mierda. Calenté leche en su taza favorita, le trituré con los dedos las galletas digestive y me senté con ella.

—Toma.

—Pero, a ver, entonces, ¿te lo volviste a encontrar?

—Al día siguiente salí a pasear con Frida por la alameda, a la misma hora, y estaba allí. Me invitó a tomar algo y, joder, es que parece hecho para mí, tía. Tiene un montón de discos, controla un montón de sociología y de filosofía, es atento, cuidadoso…

—¡Bua, cabrona, es como de película! Cuéntamelo todo, pero ve más despacio.

—Pero ¿no es un poco de psicópata que vaya a buscarme y que me pare sin conocerme de nada?

—Bueno, él también puede pensar lo mismo de ti. —Diana me robó la galleta que tenía en la mano—. No te hagas la tonta, que tú también fuiste a buscarlo.

—Ya, ¿y sabes que te dije que parecía un poco mayor?

—A ver, enseña foto. —Saqué mi teléfono y le enseñé su foto de perfil del WhatsApp—. Te pega que flipas, Marinador.

—Sí, ¿no?

—Pero un poco papi chulo sí que es, se nota que es mayor pero está bueno.

Mis veinticuatro y sus cuarenta y cinco no parecían un impedimento para acariciarme la mano sobre la mesa de un bar cualquiera o para arroparme con su brazo por mis hombros mientras paseábamos por el centro de la ciudad. Tampoco lo era para presentarme a cualquier conocido con el que nos cruzáramos y que también me doblaba la edad. Yo, en lugar de morirme de vergüenza cada vez que alguno me confundía con su hija, me quedaba más atrapada en un universo de palabras que siempre lo halagaban a él, a su trabajo, a su hija y, ahora, a su novia también. Jaime me acariciaba y me acariciaban el puñado de arañas, Jaime me besaba y se me llenaba la boca de ramas de canela, Jaime me llevaba por un pasillo de hombres que eran poetas, escultores, djs, médicos, arquitectos, y yo me sentía más segura que nunca. Ahora era interesante. La más atractiva.

Yo quería que me quisieran tanto como para que no hubiese un ojalá sino un ya, nada de cuentas atrás, solo un ahora mismo. Que un quiero verte significase en quince minutos estoy ahí. Que un quiero dormir todas las noches contigo resultase una llave para entrar en la casa más bonita del mundo. Un amor al que no dedicar canciones porque al estar tan pegadita a ese amor, tan tan dentro de él, no tuviese tiempo para elegirlas ni para echar de menos. Y Jaime era todo eso, era prisa era afán era un descontrol tan grande de las ganas que a veces rozaba lo irresponsable. Teníamos urgencia, como si llevásemos el contador de una bomba pegado al pecho, tic tac tic tac tic tac. Tic tac tic tac y sesenta y dos kilómetros cada noche desde su trabajo en Compostela hasta su casa en Pontevedra para hacerme cenas mejor emplatadas que en cualquier restaurante. Me hablaba del tamaño ideal de los platos, de la importancia del cristal, le echaba helado de fresa a la ensalada. Tic tac tic tac me iba a buscar a casa en ese coche largo largo que era el coche favorito de mi padre, un Bentley. Tic tac

tic tac y yo sentía que tenía seis años otra vez y una bolsa de chuches que no se acababa nunca. Me quería tan rápido y con tanta fuerza que a mí me daba la risa y no me daba tiempo a escribir ni a leer ni a escuchar música ni a pensar en papá porque todo era amor amor amor y planes para alargar el amor. Yo seguía sus pasos agarrada fuerte de su mano y pensaba que qué felicidad más tonta, que qué suerte que al final tenía yo razón y la clave estaba en sentir como si todo estuviese a punto de explotar.

Lo que menos me gustaba del amor era tener que pausarlo. De lunes a viernes, de nueve a siete, me guardaba los nuevos olores, nuestro lenguaje, los sabores y las texturas para poder ir al trabajo. Lo metía todo calentito en los bolsillos y dejaba que latiese ahí dentro mientras yo volvía a ser redactora en una agencia de marketing digital. El trabajo no era muy exigente y se me daba bien, así que cada día me sobraban algunas horas para entrar en la Rockdelux y la Pitchfork y lamentarme por otras vidas laborales alternativas. En mi adolescencia, me sentaba en el comedor y dejaba que pasasen sobre mí las horas y las canciones que todavía siguen pegadas a mí como animales viejos. A veces, encendía el único ordenador de sobremesa que había para toda la familia y transcribía las letras de mis grupos favoritos para subirlas a las webs de letras y acordes. Las de El Niño Gusano eran mis preferidas, no las entendía pero me hacían reír. Media vida, pero media vida entera enterita entera, viviría aplastada entre el sofá y una pila de vinilos. Y la otra media, en los conciertos y las ganas de hacer crónicas de todos ellos. Alguna vez envié crónicas gratis por si me las publicaban, pero nunca me respondió nadie. No hablaba sobre la limpieza del sonido, la distorsión, los riff de guitarras y los punteos, yo escribía sobre el esternón, la nostalgia, la amistad y sobre colgar en el tendal camisetas de grupos.

Es muy probable que fuese la más sosa de la oficina. Nunca entraba en conflictos y me metía en cualquier proyecto que me propusieran. No era por conformismo, era por no atragantarme con el presente. Estaba convencida de que alguno de nuestros clientes se daría cuenta de mi talento. Quizá de mi potencial. Que, al entregar un artículo, me

diría alguien: Marina, eres excelente, vente a nuestra empresa que te pagaremos más, tendrás mejor horario, te valoraremos, a nosotros sí nos importa lo que puedes aportar. Eso esperaba yo mientras circulaban los briefings, las redacciones de mil quinientas palabras, las keywords y las metadescripciones sobre kombuchas. Llevaba seis meses allí y ya era de las veteranas.

Teníamos una mesa de pimpón, café de cápsula, un bote de nueces y, algunos días, cuando entraba una chica nueva, nos invitaban a sushi. Todo era blanco y reluciente, como un caniche. Éramos seis chicas y dos chicos. A nuestras jefas —hermanas gemelas siempre vestidas de blanco o de azul marino— les parecía mal, fatal, que fuésemos tantas mujeres. Necesitamos más hombres, esto está descompensado, no hay equilibrio, demasiadas chicas, sí, demasiadas. Pero nunca contrataban a más hombres.

Durante mis primeras semanas en la agencia creía que me gustaba Rubén. Rubén era como Diana, pero sin ser Diana. Era alegre, rápido y me hacía sentir cómoda. Siempre me tocaba el pelo y se mordía el labio. Es suave, decía. Y brilla mucho. Hablaba tanto de mí conmigo que creía que le gustaba y entonces creía que a mí también me gustaba. ¿Cómo no me iba a gustar? El amor antes de Jaime funcionaba así. Tú me haces caso, yo te hago caso, tú me pellizcas, yo te pellizco, tú me quieres, yo te quiero. Lo importante era darse cuenta de que la otra persona te hacía caso, te pellizcaba, te quería. Lo de Rubén duró poco. Cuando llegó Noa, con el pelo naranja, Rubén hizo rodar su silla hacia ella, coló los dedos entre sus rizos y le dijo que se sentase a su lado. Le dijo, a ella también, que tenía el pelo más bonito del mundo. Ya no le gustaba a Rubén. Y a mí él, al parecer, tampoco.

Pero cuando empecé a llegar a la oficina después de pasar las noches con Jaime y ducharme en su casa, dejé de ser la más sosa. Al menos para Martín, que encontró en mis coloretes el entretenimiento que necesitaba para pasar más rápido la jornada de nueve horas.

—¿Dónde estuviste ayer? —y pegaba su silla a la mía hasta hacer chocar los reposabrazos.

—¿Dónde estuve de qué?

—Algo te pasa últimamente, se te nota.

—No se me nota nada porque no hay nada que notar.

Olfateaba a mi alrededor como un sabueso:

—Hueles distinto.

Guardar el amor nuevo en el bolsillo, disimularlo debajo del pelo o en el olor de la ropa, hacía que no se desgastase nunca. Intentaba esconder ese amor tan brillante en las notas que Jaime me metía en la mochila del portátil, en los mensajes que le enviaba desde el baño, en las galletas que me preparaba para tomar con el té. Era un amor pequeño pero macizo. No lo compartía. No quería que nadie lo viese para que nadie lo estropease. Hasta que una tarde, sin que hubiésemos quedado, Jaime me esperó a la salida del trabajo. Me quedé al otro lado de la puerta de cristal. Martín me miró, lo miró, se le escapó una o minúscula por la boca, así que es él, y se fue. Jaime había destapado el amor de golpe, sin previo aviso. Ahora, todas mis compañeras y Rubén me veían darle un beso pegadito a la comisura y preguntarle ¿qué haces aquí? Y lo veían a él colocándome un mechón detrás de la oreja mientras me susurraba mereces que te sorprenda cada día, ¿no te gusta?

A la mañana siguiente, Martín no me dio los buenos días. Pegó su silla a la mía y habló bajito bajito como si estuviésemos contándonos secretos debajo de las sábanas.

—¿No es un poco mayor para ti?

—Qué va, si debe de ser de tu edad.

—No me jodas, es mayor que yo, cabrona.

—Tiene cuarenta y cinco.

—Capulla, tengo treinta y nueve. Pero, en serio, ¿veinte años más? —se volvió hacia su pantalla, clic-clic-clic con el ratón—. No sabía que eras así.

—¿Así cómo?

No respondió. Hizo un gesto con la mano de que daba igual.

—Los de mi edad son unos niñatos —respondí, pero seguí pensando ¿así cómo?

Mi padre dijo una vez: ahora que mis tres hijos están bien colocaditos, puedo morir tranquilo.

Pero ahora yo tenía otro trabajo y otro novio.

Una tarde, la del 23 de septiembre de 2017, soplé las velas con el número dos y el número cinco. Estaba feliz y cuando estoy feliz me dejo sacar fotos, repito tarta, canto, veo los álbumes que guarda mi madre por hijos o por años, y no me busco granos en la frente y juego al fútbol en el pasillo con mi sobrino y digo preparo yo el café y, por lo general, lo preparo fatal porque no me gusta el café pero la felicidad es contagiosa y mi hermana y mi cuñada uy uy uy este café está buenísimo, Marina. Estaba feliz porque acababa de mudarme con mi mejor amiga y empezaba algo con un hombre que me había arrancado el aburrimiento del pulmón izquierdo y del pulmón derecho y que era guapo a rabiar. Mis hermanos ya no discutían en cada comida desde que papá había muerto y me gustaban todos los regalos. Siempre me gustan todos los regalos. Aunque sean sombras de ojos que jamás utilizaré, aunque sea una camiseta que dice *Stop making drama*, aunque sea un peluche de un perrito con los ojos enormes y me recuerde a la hija de mi novio. Aunque sea el primer cumpleaños en el que no tengo diez sms de mi padre ni dos tartas porque no supo decidir cuál llevaba más chocolate.

Jaime había sido el primero en felicitarme, a las doce en punto se sentó encima de mí, las sábanas aún arrugadas, y me acarició todo el cuerpo como si fuese un animal suave. Pensé: nunca más tendré que ver porno. Por la mañana, temprano, me despertó con sabores a zumo de pomelo, a bagel casero con semillas de amapola y a fresas cortadas. Mi primera vez desayunando en la cama, la primera vez que me preparaban el desayuno. ¿Cuándo preparaste el pan si pasaste la noche conmigo? Me mordió un hombro y susurró: ¿te duchas conmigo? Y me duché con él. Esa mañana decidí que me encantaba ver cómo se aclaraba el pelo hacia atrás y cómo pasaba sus manos por su cuerpo como si supiese que yo nunca más tendría que ver porno.

Bajo el agua, su mandíbula por fin se suavizaba. Sus tatuajes mojados. Sus ojos azules o verdes o de algún color de terciopelo. ¿Puedo unirme a tu fiesta de cumpleaños? No, mejor no, no te importa, ¿verdad? Solo llevábamos viéndonos un mes y medio, no le importó. La mañana pasó mimosa y lenta y, antes de irme a casa de mi madre, apareció con un regalo grande que dejó en el que meses después sería mi vestidor. Dijo: lo puedes abrir si vuelves esta noche y duermes conmigo.

Después de mi tarta favorita y una partida al monopoly en la que mi hermano no tuvo piedad, volví a casa para invitar a Diana a cenar. Pero Diana, Dianita, Didi, Dino, Diniña había preparado una fiesta sorpresa con todos nuestros amigos. Con mis dos amigas, ella y su hermana Andrea, y con los demás, esos amigos de Diana que compartía conmigo los fines de semana o en ocasiones especiales. No había globos, Diana sabía que me dan miedo, ni guirnaldas, Diana sabía que me dan vergüenza ajena, ni platos o vasos de papel, Diana sabía que me da grima la textura. Sí había cervezas, patatas, empanada y el brownie que me preparaba Andrea todos los años. Por una vez, por mí, todos comieron vegano. Repartí besos, ay qué sorpresa, conté cuántos éramos, gracias por venir, jo, y quiénes éramos, un dos tres cuatro cinco seis siete, solo faltaba Samir. Jaime me escribió: ¿lo estás pasando bien?, yo también quiero estar en tu fiesta, ¡el año que viene no me la pierdo! Que no estuviese era la mejor manera de engañarme quitándole importancia a un amor al que yo misma le iba pegando una a una todas las plumas.

Diana disfrutaba más de la fiesta que yo, organizaba y reorganizaba como solo una leo puede hacer en el cumpleaños de una libra, diría ella. Siéntate aquí, Marina. Estaban los de siempre, menos Samir, aunque ya había vuelto de Marruecos. No pintaba nada en mi fiesta después de nuestro lío de verano, supongo. Diana seguía: Iván, tú aquí a mi lado, Diego, tú con Andrea en estas dos sillas. Samir y yo nunca cortamos porque no nos dio tiempo a tomarnos en serio. Iago y Julia, vosotros en la otra cabecera y yo aquí, al lado de mi Marinador. Cuando Samir volvió a Pontevedra yo ya estaba con Jaime, me invitó

a su primera exposición pero no fui, no sé por qué, no tuve tiempo, no me apeteció.

En nuestro salón sonaba Avicii por petición popular. Con ellos nunca ponía la música que me gustaba, pero esa tarde Iván llevaba una camiseta de Joy Division y me acerqué al ordenador para poner *Disorder*. Me miraron sin rechistar, era mi día. Iván bailaba con los hombros sin levantarse de la silla, yo movía los labios, Iván aprobaba con la cabeza mi lip sync, *I've got the spirit but lose the feeling*. Diana nos grababa bailando con el ritmo perdido.

Después del brownie, los regalos. Unas vans nuevas, el primer álbum de Camellos, el nuevo libro de Ken Follett que cambié por uno de Vivian Gornick. Siempre me gustan todos los regalos, pero. Jo, no hacía falta, gracias, gracias. Fotos, más fotos. Otro mensaje de Jaime: espero que lo estés pasando muy bien.

@diana_misinha92 te ha etiquetado en una foto
@ibanbanbanu te ha mencionado en una historia

Y sonó el timbre. ¡Voy yo! Y fui a la puerta en dos zancadas sin saber a quién quería esperar. Cuando quise descolgar el telefonillo Diana ya se me había adelantado. Sube, sube. Mariciela, tú a tu sitio. Y yo me paré antes en el espejo de la entrada, me coloqué bien la falda con los nervios en las manos, sin saber por quién se me helaban. Diana no tenía el número de Jaime y no pintaba mucho en una fiesta de veinteañeros, ¿no? Volví a mi sitio, Iván me dijo qué fuerte lo de mi camiseta, ¿no? que me la compró mi madre en el H&M, ¡no sabía que era de un grupo! Vi entrar unas manos con un regalo enorme y detrás del papel kraft llegó Samir. Oh, Samir. Julia se cambió de silla para clavarme el codo y ¿cómo que *oh, Samir*? A mí me hablaron de otro, uno mayor, yo creía que con este ya no, zorra.

Esa noche acabamos todos en el bar de Iago y Diego. Yo reía y contaba mis regalos en bucle. Una paleta de sombras de ojos, para mí, que jamás me he pintado nada más que el eyeliner, una camiseta que me pondré para dormir, un peluche con los ojos enormes que me recuerdan a las fotos que vi de Jimena. ¿Jimena? ¿Jimena Torres?, gritó Iago desde el otro lado de la barra, ¡estaba en mi cole!, esa es la

hija de tu novio, ¿no? Está buena. ¿Tendría que haber invitado a Jaime? Huí a pedir una copa, Samir estaba pidiendo otra y le di de nuevo las gracias por el cuadro que me había regalado. También le pedí perdón por no haber podido ir a su exposición. En medio de los cubatas, de las palomitas, de las zapatillas pegándose al suelo y de Diana imitando a Beyoncé, Samir y yo empezamos a hablar como si nuestro verano no hubiese acabado y todavía estuviésemos hipando las borracheras de todos los sábados de junio y julio. Necesitábamos todo ese barullo alrededor para sentirnos a gusto, pero nuestro verano se acabó en julio y se acabó otra vez el 23 de septiembre, cuando Iago se me acercó:

—¿Tu novio no va a entrar? —señaló la terraza del bar.

Me giré y todas las mesas estaban vacías. Me volví hacia él con el ceño fruncido.

—Te juro que estuvo ahí un buen rato, pensé que lo sabías, se debió de ir ahora mismo.

Salí del bar, busqué en todas las direcciones. No estaba. Me giré otra vez para ver a Iago, no lo conocía tanto como para saber si me estaba gastando una broma.

—¿Le habrá dado vergüenza entrar?

—Ya, pero es raro, ¿no? De verdad que estaba ahí sentado, al lado de la ventana.

—¿Le tendría que haber invitado? —creía estar susurrando, pero Iago me escuchó y levantó los hombros.

Me abracé la barriga para sostener los nervios. Le escribí, ¿estás en la zona vieja? No estaba en línea. Volví dentro. Julia me cogió de un brazo y tiró de mí hacia la mesa donde estaban todos. No hay mensajes nuevos. ¡Un aplauso para la cumpleañera que sigue bebiendo Licor 43 con veinticinco años! Me volví a reír, me pidieron otra copa que no sé si tomé. Aunque fuese verdad, aunque él hubiese estado, no había nada malo. Yo solo estaba hablando con mis amigos en mi cumpleaños, ¿y por qué iba él a estar sentado ahí sin avisarme? Samir sacó su teléfono y me dijo ¡una foto juntos! Vi una vez más el móvil, sin mensajes. Una foto en plano picado que nos sentó muy bien. Otra poniendo morritos. Otra pasando su brazo por mi espalda. No hay notificaciones. Mi móvil en el bolsillo me mordía. Mierda, no sé qué

me pasa, si alguien tuviese que enfadarse sería yo. Tenía que distraerme. Eh, Samir, no te enseñé mi último artículo, ¿no? Y desbloqueo otra vez el móvil y no hay mensajes. Le enseño «10 tips para ser feliz» y se ríe, se ríe a carcajadas porque siempre ríe por todo y porque sabe que odio lo que me hacen escribir. Cierro la página. Cuatro mensajes nuevos.

No he salido, estoy en la cama viendo una peli. Me debiste confundir con otro

Samir abrió el artículo en su móvil y estaba leyendo cada consejo en alto:

—Uno: Pasa tiempo con tus amigos y tu familia.

Disfruta de la noche con tus amigos, cuando vuelvas lo seguimos celebrando

—Dos: Descansa y practica la meditación.

Y te doy tu regalo

—Tres: Equilibra corazón y cabeza.

Jaime adjuntó una foto desde su cama viendo *El apartamento*. El nudo se me deshizo de golpe. Volví a unirme al grupo, Diana me estaba mirando fijamente. Le sonreí. Me cogió una mano, qué fría estás, ¿todo bien? Pues claro, ¡es mi cumple!

A las dos y media de la mañana buscamos otro local en el que seguir bebiendo. Le escribí: vamos a ir a otro pub, ¿te despierto o duermo en mi casa y nos vemos mañana?

3:34
Me ha visto todo el mundo menos tú

Estoy delante del ayuntamiento, ven si quieres despedirte!

Salí corriendo. Cuando lo alcancé apartó su mano de mi mano y siguió caminando:

—Marina, lo siento, yo ya pasé por esto, ya tuve tu edad, no estoy para aguantar estas mierdas.

—¡Para! —intentaba seguir su ritmo pero me quedaba unos pasos por detrás—. ¡Jaime, para!

—He estado media hora sentado detrás de ti y ni te has dado cuenta. Te has pasado toda la puta noche hablando con tu ex. Porque era tu ex, ¿no?

—¿Por qué te sentaste fuera en vez de entrar y saludar? Es un poco raro. Además, estaba con todo el grupo, no solo con él.

—Mañana te aviso para que cojas tus gafas y la ropa que dejaste.

—¡Jaime, si ni siquiera fue mi novio!

Y se fue. Me quedé plantada en medio de plaza de España con veinticinco años y los dientes tiritando de frío y malestar. De camino al pub donde estaban todos le mandé mensajes hasta que me bloqueó. Tendría que haberle invitado al cumpleaños, tendría que haberle presentado a mis amigos, tendría que haberme ido antes a casa, tenía razón, él era más maduro, más serio, no le divertían esos planes, él tenía una empresa, una casa, un coche, una hija.

—Tía, ¿dónde te habías metido? ¿Estás bien?

—Se enfadó.

—¿Qué?

De golpe, todas las copas que había bebido se hicieron notar. Y la música del local, el sudor, el vestido cada vez más pegado, la gente cada vez más apretada.

—Me dejó.

—¿Cómo que te dejó?

—Necesito ir al baño.

—Vamos —me cogió de la mano y me llevó a la cola—. ¿Por qué se enfadó?

Las risas de las otras chicas, la canción de las Spice Girls, la licra mojada en mi espalda.

—Tendría que haberle invitado a mi cumple. Hasta estaba Samir.

—No se me ocurrió invitarlo, lo siento. Es que no me encajaba mucho en la fiesta y no conocía a nadie, no sé. Lleváis muy poco tiempo.

Mi turno. Diana se apoyó en la puerta para que cerrase bien, me agarró el bolso y me ayudó a subirme el vestido.

—Dile la verdad —me pasó un pañuelo de papel—, dile que organicé yo el cumple y que no caí en invitarlo.

A las diez de la mañana me escribió: puedes venir a por tus cosas. Salí de casa con unas mallas, una sudadera, las lentillas secas y los ojos sin desmaquillar. Cuando iba a timbrar ya me abrió la puerta, me cogió de la mano, subí los dos pisos casi sin tocar el suelo, entramos en su casa, dio un portazo, me agarró por los hombros y me encajó entre su cuerpo y la mesa de la biblioteca. Me acercó su boca, la mordí y no la solté. Se desabrochó el pantalón y cerré los ojos tranquila. Seguíamos juntos.

Me despertó con un plato de pasta y un ibuprofeno.

—¿Has dormido bien?

—Muy bien.

—Tienes tus cosas en una bolsa al lado del sofá.

—¿Cómo?

—Lo siento, pero esto se ha acabado, Marina. Necesito cerrar esto.

—¿Estás de broma? —apoyé el plato en la mesilla de noche y tragué la bola de rigatoni que acumulaba en un moflete.

—Eres muy especial, de verdad. Soy yo, que no valgo para empezar una historia. No te valgo, lo siento.

—Jaime, acabamos de dormir juntos después de un polvo.

—Nunca recibí tanto, pero no puedo estar pendiente de una niña que sale todos los fines de semana de fiesta. Yo ya no estoy para eso, quiero algo serio.

Mi padre decía mucho: Si el mal tiene remedio, ¿de qué preocuparse? Y si no tiene remedio, ¿para qué preocuparse?

O a lo mejor lo decía mamá.

Caminábamos despacio por el casco antiguo, me apretaba fuerte la mano y me miraba a los ojos.

—¿Estás a gusto?

—Estoy a gusto.

—¿Me das un beso?

Le di un beso. Solo se escuchaba de fondo el camión de la basura y a alguien bajando una verja. Jaime apoyó su mano en mi espalda para que apurase el paso y nos acercamos a la puerta del restaurante que estaba cerrando. La mujer, ya con la verja por la cintura, al verlo, nos hizo un gesto con la mano para que pasásemos por debajo y la cerró del todo en cuanto entramos. Nos señaló una mesa con cubiertos para dos. Parecía que entrábamos en sus planes de un lunes a las once y media de la noche. Bajó la luz, y la sala se quedó iluminada por el tintineo de unas velas colocadas por todo el restaurante. Una banda de jazz, que no había visto hasta ese momento, comenzó a tocar, nos sirvieron champán rosado, que yo confundí con vino blanco, y un camarero nos pidió las chaquetas y el bolso para guardarlos.

—Pero, ¿y todo esto? ¿Sabían que veníamos? —me quedé de pie junto a la mesa, no sabía si podía sentarme sin permiso en un sitio tan elegante.

—Claro, yo siempre lo tengo todo controlado —movió suavemente mi silla para que me sentara.

—¿Reservaste un restaurante entero? —yo fruncía el ceño confundida, él sonreía, hacía poco más de veinticuatro horas que me había dejado.

—Lo he reservado y ambientado. Todas estas sillas, mesas, manteles, platos y velas son míos, hasta los uniformes del personal. Me gusta cómo cocinan, pero lo que había en el restaurante está todo guardado, la atmósfera no estaba a tu altura. —¿A mi altura? Se sacudió el pelo

para mantenerlo despeinado, se remangó la camisa vaquera, colocó el teléfono boca abajo sobre la mesa y cogió las gafas para leer el menú que él mismo había diseñado—. Yo, por ti, haré siempre lo que haga falta, sobre todo si es para celebrar tu veinticinco cumpleaños, aunque sea con dos días de retraso. Feliz cumpleaños, cielo.

¿Cielo? Su primer cielo y si yo fuese algo en ese momento sería un palomo con el buche bien hinchado. Si él comía con las manos, yo comía con las manos, si él cogía el tenedor, yo cogía el tenedor. ¿Ya está? ¿Ya había pasado todo? ¿Ahora empezábamos en serio? La mujer salía de la cocina como el cuco de un reloj para seguir dejando platos y preguntarle a Jaime, y solo a Jaime, qué nos parecía la comida. Me acordé de esa pedanía de la que había vuelto con tanta prisa que dejé atrás libros, ropa y un novio que me quería. El sitio más cercano al que podíamos ir a cenar estaba a media hora en coche e íbamos las noches que él libraba, sin ni siquiera tener que hablarlo, para pedir siempre lo mismo en la misma mesa al mismo camarero con la misma camisa manchada. Si tardé en dejar la sierra y volver a casa fue porque me pesaba dejar atrás al chico que ya había presentado a mi padre. Al único novio que había llevado a casa y que papá, que nunca más podría conocer a ningún otro, adoraba. Lo adoraba porque era bueno, porque quería ser alcalde, porque era alto, porque comía queso. Todavía no había sacado las cosas de la bolsa que me había llevado de la casa de Jaime y estaba ahí, con él y con mis mofletes llenos de alfalfa y aguacate. Había hecho cambiar todo un restaurante para que estuviera a mi altura. Sea cual fuese mi altura, a alguien, a él, le importaba. Me sentía abrumada y muy viva, más que viva, con un sapo en el corazón por estar ocupando esa mesa, con él, con la servilleta de tela sobre los muslos y fingiendo que me gustaba mucho el vino.

—Wok de verduras con dos salsas suaves. ¿Qué tal estaban las alcachofas confitadas?

Cuando la cocinera nos dejó a solas, Jaime me colocó el mechón de pelo por detrás de la oreja, me acarició la cadera y me preguntó sobre mis años en la universidad. Mientras le hablaba de la humedad, de los

profesores, de la comida, me acaricié el mismo lado de la cadera que me había tocado él. También le hablé de mi padre apareciendo por sorpresa en Compostela con bolsas llenas de mis galletas favoritas.

—Te llevabas muy bien con tu padre, ¿no?

—Mucho, me divertía un montón con él. Y siempre me apoyó en todo.

¿Siempre me apoyó en todo? Papá me dijo que si me matriculaba en diseño de moda, no me pagaría la carrera, papá se enfadó cuando me cambié de Filosofía a Periodismo, papá se alegró cuando se me infectó el piercing de la oreja, papá decía que nada de novios hasta acabar la carrera. Papá me regaló mi primer móvil cuando mis amigas iban por el segundo. Papá rezaba por mí para que aprobase Lógica II y papá me daba dinero para que me pagase las clases particulares, por si Dios necesitaba refuerzos. Papá me ayudó a hacer los trabajos de campo para Antropología Simbólica. Papá no quería que me fuese a vivir a Compostela pero papá cogía el coche cualquier día de la semana y aparecía allí y me invitaba a la tarta de chocolate en El Corte Inglés.

—A mi padre le encantaba Pontevedra, desayunaba siempre en el Rías Baixas.

—¿En serio? Yo desayunaba mucho ahí.

—¿Te imaginas que lo conoces? Que lo conocías.

—¿Tienes alguna foto de él?

Tenía decenas de fotos de papá guardadas en mi teléfono.

—Este es.

Era.

Papá en la mesa del comedor de casa dándole vueltas a la cucharilla, con el azucarero destapado al lado. Mamá sonriendo en la cabecera de la mesa. Papá con sus cejas tristes y su nariz larga, con su camisa azul por fuera del pantalón. La cocina detrás de ellos, con la tostadora vieja, la que tenía capacidad para seis tostadas, no como la de ahora que es solo para cuatro y sobran dos. Los botes de especias, el portarrollos de papel de cocina sin papel de cocina. Papá dándole vueltas a la cucharilla antes o después de quejarse de lo malo que estaba el café. Papá mirando a alguien que no sale en la foto y que debía ser mi hermana. Papá oliendo a limón con miel y a azúcar en el

bolsillo de la camisa, escondite de las galletas que jamás reconocería haber comido.

Jaime hizo zoom en la pantalla:

—¡Claro que nos conocíamos! Lo vi muchas veces tomando el café en la barra. Parecía muy gracioso y amable.

—Seguro que él también te vio alguna vez, llamas la atención.

—¿Eso piensas?

—¿Crees que alguna vez te vio?

—Claro que sí, siempre nos saludábamos. Coincidíamos mucho. ¿Llamo mucho la atención?

—¿Y él también te saludaba a ti?

—Sí, sí, claro, yo era un habitual, como él.

—Estoy flipando. Joder, estoy flipando —apoyé mi mano en su muslo, mi primera mano en su muslo fuera de casa—. ¿No te parece increíble?

Jaime miró mi mano, me miró a mí, me sonrió y apoyó la suya sobre la mía.

—Pues sí, es increíble —apretó mis dedos entre los suyos. —Como habernos conocido de esta forma, justo ahora que tú acabas de volver y yo me iba a ir.

—Es que qué suerte, joder, ¡qué coincidencia, qué suerte! —Solté su mano para sujetarme los párpados y frenar las lágrimas.

Papá conoció a Jaime, conoció a Jaime antes de que lo conociese yo. ¿Le habría gustado? Le habría encantado. Papá le habría dicho hazte tarjetas de contacto, que tengo muchos amigos, eso de *instagram* qué carallo es, a mí dame una tarjeta de papel con tu nombre y tu teléfono, qué es eso de *onlain*. Y entonces papá le habría hablado del novio de su hija a todo el mundo, y su amigo Luis lo habría contratado para dar una fiesta en su nuevo chalet. Sushi para los invitados a los que apenas conoce, pulpo á feira para amigos como mi padre, un piano que tendría que ser cargado en un furgón entre diez hombres, un tipi para los hijos de segundas nupcias, luces de neón con frases como *good vibes only* como *you only live once* como *love is love*. ¡Saca ese licor café! Chssss, aquí hoy bebemos whisky Macallan, Andrés. Hombre, Luis, por favor, qué nivel. Y un brazo que es de papá sujetando otro brazo que es el mío, y que nos aparta a una zona

con menos jaleo: piojita, ¿os vais a casar, verdad? Es muy trabajador, todo esto que preparó es arte puro, ¡arte puro!, y no me importa si no os podéis casar por la Iglesia, que eso no te preocupe. Dos años después yo con un vestido blanco corto, con un velo hasta los hombros, con un ramo con peonías, eucalipto, astrantia, crisantemos, margaritas y limonium rosa, metido en un bolso de mano, con un anillo prestado de mamá, con unas sandalias viejas de alguna mujer que las vendió a una tienda de segunda mano y con una vida nueva. Unas ondas en el pelo suelto, los labios rojo fuego diría yo, rojo Chanel, diría Jaime. Otra vez un brazo, esta vez hacia un altar en un bosque, el brazo de papá fino como una ramita, pero fuerte, dispuesto a soportar a un pajarito como yo y llevarme, un paso detrás de otro y de otro y de otro hasta Jaime. Jaime en el altar, más guapo que nunca, más árbol que nunca, con sus ondas caóticas pero estudiadas, con un reloj de bolsillo colgando del pantalón. Papá, ¿y ese reloj? Papá se acerca a Jaime y le dice cuídamela, eh, cuídamela. Papá se acerca a mí y me da un beso de gnomo: sí, el reloj es el mío, se lo regalé. Y la tercera lágrima saliendo rápida rápida. La primera fue al verme en el espejo vestida de novia, yo que leí tantas veces a Lorca, la segunda al ver a mamá en el banco tan de azul, tan bonita, tan mamá. La cuarta será cuando papá levante la copa y diga: mi piojita ya no es una niña, ahora es una mujer, pero siempre será mi piojita, tan lista y tan guapa como su madre.

Se baja el telón y papá no pudo, papá está muerto. Si en ese momento fuese yo algo, sería papá dándome impulso con su mano en mi espalda para empezar algo serio con Jaime.

—Pero, entonces, ¿crees que soy muy llamativo?

Dos días después todavía tenía el corazón con las branquias supurando olores muy dulces. Tenía yo que tener mucho cuidado al tocar las cosas porque se podría pringar todo con miel, dátiles, cerezas, pasas. No sé, no sé qué había dentro de mí, si de verdad eran frutas o eran hormigas o eran arañas con los bigotes muy largos dándome miedo y haciéndome cosquillas, pero con todo eso dentro de mí, iba a salir de casa.

—¡Diana, salgo! —Diana estaba en la ducha cantando fuerte a Beyoncé.

—¿A dónde vas?

—Voy a comprar algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas, no sé, cosas que me hacen falta. Ropa y tal.

—¿Pero no vienes?

—¿A dónde? —me pegué a la puerta del baño para escucharla bien entre *Single Ladies*.

—Al plan que propuso Dani.

—¿Qué plan?

—Tía, nos envió un WhatsApp invitándonos a su piscina. Vamos ahora todos para allá con cervezas y patatas.

—Ah, no me enteré —sí me enteré—, pero no puedo ir, ya hice planes.

—¿En serio? ¿Vas a ver a tu sobri?

—Quedé con Jaime cuando vuelva del trabajo.

—¿Otra vez? Os veis todos los putos días, podrías venir con nosotros.

—¿Mañana pedimos pizza y vemos Gran Hermano juntas?

—¡Sí, sí, sí!

Con Diana contenta, salí a comprar las cosas que necesitaba: vino, qué vino, no sé, el más caro, bueno, el segundo más caro, por favor, un vestido nuevo, cosas para el piso y algo de comida en una tienda gourmet. Quería prepararle algo especial a Jaime aprovechando que Diana no estaría en casa.

Cuando volví, Diana había dejado el olor de su colonia por toda la casa y Beyoncé sonando en el altavoz. Lo apagué. Abrí todas las ventanas, aspiré, fregué, encendí velas de bayas de grosellero negro recién cortadas, me depilé con mucha atención, me puse el vestido nuevo, negro, corto, como todos los que tenía, pero por ser nuevo era más bonito. Eyeliner hasta el cielo. Y, uf, casi olvido meter en la nevera el vino, el tercer vino más caro de la tienda. Preparé una tabla (que tuve que comprar expresamente) de quesos veganos y frutos secos. Pasé la lechuga de la bolsa al bol (que tuve que comprar expresamente también). Corté los dátiles en cuatro. Los tomates

cherry en dos. Las uvas también en dos. ¡Frida, que el tomate te sienta mal! Las ocho y media, un mensaje de Jaime que dice me retraso un poco, cielo. ¿Le gustará la cebolla cruda? ¿Me tendrá guardada como Marina sin más? ¿Tendrá más Marinas guardadas? ¿Se habrá liado alguna vez con otra Marina? Las pasas, las nueces, las aceitunas verdes. Es mi primer Jaime, bueno, el segundo si cuentan los besitos con el de Madrid en la Warner. ¿Se suele fijar en chicas más jóvenes que él? ¿Se habrá dado cuenta de la cicatriz del piercing que tuve en el ombligo? Con dos dedos quité una a una las aceitunas y las sustituí por olivas negras. ¿Se dará cuenta de que me plancho el pelo? Yo nunca salí con alguien tan mayor, pero apenas noto la diferencia. ¿Se notará en las fotos? Rábano, aceite, vinagre y sal. A las nueve menos cuarto me senté en el sofá, pletórica, esperando a Jaime.

Abrí la app del banco. Tres meses saliendo con él y tratando de seguir su ritmo estaban haciendo mella en mi cuenta. Cerré la app. Frida apoyó su cabecita en mis piernas. Puse música en el móvil y esperé.

Cuando ya se había retrasado cincuenta minutos, me escribió diciendo no sé qué de un aeropuerto. Me retoqué el eyeliner, me coloqué bien el sujetador, me acaricié las piernas por si en esta espera creció algún pelo, pero estaban suaves como un albaricoque y seguí esperando hasta que, una hora y media después, sonó el telefonillo y Frida dio un salto y corrió hacia la puerta. Descuelgo el telefonillo, abro, saco el vino y la ensalada de la nevera, enciendo más velas, no sé si es una horterada pero es lo que hizo él en el restaurante y me lo piden las hormigas o las arañas o el palomo con el buche como una pelota de golf, qué sé yo, ¿pongo jazz en el altavoz o dejo a Morrissey? Quiero escuchar a Morrissey pero creo que a él le gustará más el jazz. No tenemos lámparas, así que dejo encendida la luz de la habitación de Diana para ambientar la casa, por eso de las atmósferas. Me miro al espejo, me coloco el sujetador de nuevo, pongo mi melena por delante de los hombros y abro.

—Perdona el retraso, cielo —me besó y me colocó un mechón detrás de la oreja, Frida se fue a su cama sin saludar ni despedirse.

—No te preocupes, ¿mucho trabajo?

—He estado con los chicos en la nave diseñando algunas cosas nuevas y, cuando ya cogía el coche para venir —sus ojos en las velas, en la tabla de quesos, en la ensalada, en el vino carísimo, en la luz suave—. ¿Y esto? Qué bonito, Marina. Está todo precioso. —Me agarró de la cintura y me besó fuerte—. Nunca me habían preparado algo así.

Qué bonita la sorpresa, y metía sus dedos por mi pelo. Me gusta mucho el jazz, y con sus manos me apretaba más contra él. Siento haber llegado tan tarde, y sus manos recorrían mis muslos. Qué suaves, dijo. La ensalada empezaba a humedecerse en el bol.

Era fuerte y bajo como un olivo. Sus dedos pasaban delicados por mis labios, fuertes en mi nuca, picudos por mi espalda. A veces era bruto, pero nunca egoísta, no tenía prisa, siempre me admiraba con calma. Mis poros se dilataban con el paso de su aliento. Me quitó una mano de encima para apartarse el pelo de los ojos. Era tan guapo. Cada vez que lo desnudaba me encontraba un lunar nuevo, una marca, un tatuaje. Las hojas de la ensalada se encogían en el bol.

Cuando ya toda mi cama olía a tierra mojada, Frida se subió y se acostó entre nuestras piernas flojitas y temblando como gelatina. Me apoyé en su pecho, acariciándole cada dibujo:

—¿Qué me decías, que cuando cogías el coche para venir surgió algo?

—Me llamó Mercedes para pedirme el favor de que la llevara al aeropuerto. Lo siento mucho, no sabía que me habías preparado todo esto. Me ha encantado.

—¿Pero eso te lo paga? ¿Es un servicio más que das como diseñador o es por amistad?

—Compositor. No, no lo cobro. Es un favor a una muy buena clienta.

—¿Llevarla al aeropuerto?

—Facturo mucho dinero al año gracias a ella.

—Ah, no sé, es un poco raro eso.

—Me gustas mucho, Marina.

Sonreí. Mis dedos seguían las figuras.

—Nunca me había gustado tanto alguien.

—¿Y la madre de tu hija?

—Fue distinto, éramos muy jóvenes. —Su mano apareció en mi culo.

—¿Cuántos años teníais?

—Fui padre con veinte años, ella tenía veintiuno.

—Eras más joven que yo, qué locura.

—Pero contigo es diferente. Eres dulce, inteligente, detallista. Eres independiente y muy valiente.

—¿Valiente?

—Muy valiente, no te has hundido con la muerte de tu padre y te da igual lo que piensen de mí tus amigas.

—¿Mis amigas?

Se tumbó encima de mí con mucho cuidado, se acercó a mi cara, se pegó a mi boca y creo que dijo te quiero.

Cuando se fue, la ensalada estaba podrida en la mesa del salón.

Tengo: una perra, un novio, una amiga, una madre, dos hermanos y un padre muerto.

Siempre que me hablaba de algo serio, Jaime sujetaba mi mano izquierda y pasaba sus dedos por cada uno de los míos. Meñique, anular, corazón, índice, pulgar. Desde los nudillos hasta las uñas, cada falange se hacía espuma con el paso de sus yemas cariñosas. Me acarició los dedos cuando me habló por primera vez de su hermana pequeña, mayor que yo, a quien adoraba. También cuando me contó que en la mili le llamaban maricón por leer a escondidas. Cada vez que recordaba las comidas de su madre, un plato tapado por otro boca abajo para mantener el calor cuando volvía del colegio de curas: destapaba el plato y una pechuga de pollo sobre un trozo de tortilla, destapaba el plato y las sobras del cocido que no comieron los clientes del bar familiar, destapaba y empanada de raxo, queso con membrillo, filloas con miel, castañas asadas. También acarició los dedos de mi mano izquierda la tarde que me contó lo que había pasado con la madre de su hija. Me acariciaba con tanta suavidad que sus dedos le temblaban al pasar por encima de los míos. Fue muy duro, decía, fue muy duro.

—¿Qué pasó?

—Marta lloraba muchísimo, no sé, tendría depresión o algo. Ya no se cuidaba nada. Estaba siempre desarreglada, empezó a engordar y se sentía fea, así que iba del trabajo a casa y no quería salir. —Quitó la vista de mis manos y revisó mis ojos con un movimiento muy rápido de los suyos—. Y me controlaba. Estaba obsesionada con vigilarme. No entendía mi trabajo, no entendía que podía pasar un día entero fuera o un fin de semana montando y desmontando un congreso o un cumpleaños.

—¿Un cumpleaños? ¿También organizas cumpleaños?

—Sí, pero no son cumpleaños cualesquiera. —Levantó un poco la pierna y cogió su teléfono del bolsillo trasero—. Mira, el año pasado

fue el dieciocho cumpleaños del sobrino de Mercedes. Djs, barras de cócteles, foodtrucks… Otro rollo.

Su trabajo lo interrumpía todo. Relacionaba cualquier cosa, por muy importante que fuera, con su trabajo. Un beso, una ducha juntos o una conversación sobre su exmujer podían tener que ver con un escaparate, una fiesta dentro de una piscina vacía o un cumpleaños en un pazo. Pero era normal, nos estábamos conociendo y nos queríamos impresionar, yo también le hablaría de mi trabajo si me gustase. Jaime tenía documentados todos los montajes con vídeos y fotos y le encantaba enseñarlos. Los manteles de la fiesta, el corte de la tarta con los colores de la bandera de España, fotos de un plato de lonchas de jamón en forma de flor, sillones en medio de la finca del pazo y muchas adolescentes con vestidos largos de la mano de adolescentes de traje y corbata. Cuando yo me hice mayor de edad, me disfracé de Donnie Darko y comí muchos Risketos. Ni siquiera había estado en una boda así. Le devolví el teléfono sin acabar de verlas.

—¿Por qué lloraba tanto?

—¿No me dices nada? ¿Qué te parece, te gusta la composición?

—Sí, claro, estaba increíble. El cumpleañero debió alucinar. Eran como muy españoles, ¿no?

A Jaime le dio la risa. Se echó el pelo hacia atrás y volvió a coger mi mano.

—Marta estaba mal. Y me culpaba de todo. De estar demasiado tiempo sola, de las malas notas de Jimena, de sus contestaciones… Ya no éramos un equipo. Estaba yo solo tirando de ella y de nuestro matrimonio.

Ya no me miraba, se aferraba a mis dedos largos.

—Cuando vio que iba en serio con lo del divorcio, cuando me vio bajar al garaje para meter las maletas en el coche, me siguió y me dijo que si cruzaba la puerta de casa se iba a matar ahí mismo. Yo ya le había dicho muchas veces que lo nuestro no funcionaba, lo habíamos hablado. Ella lo sabía, pero se hacía la loca, estaba más cómoda así, fingiendo que todo iba bien.

Meñique, anular, corazón, índice, pulgar. Cada vez un poco más fuerte.

—Se dio cuenta de que lo del suicidio no funcionaba y empezó a machacar a Jimena. Dijo que iba a encontrar a la mejor abogada y que me la iba a quitar. La metió en mil extraescolares para que apenas pudiese verla, los fines de semana iba a campamentos y decía que el próximo curso lo haría en Londres.

—¿Y si se hubiese suicidado?

—La conocía muy bien, sabía que no lo iba a hacer.

Se me arrugó el pecho, se me asustó, se me quedó mudo. No soportaba imaginar a Jaime pasando por lo mismo que mi tía Amparo. Durante meses, su marido la había amenazado con tirarse por la ventana si se iba de casa. Entre puñetazos, le hacía creer que era mala, que era cruel, que era despiadada si lo abandonaba. Quién te va a querer como yo te quiero, Pariño, qué voy a hacer sin ti, si eres lo único que tengo.

—Jimena estaba fatal. ¡Era una cría de doce años! Una tarde que la tenía que llevar de vuelta con su madre, rompió a llorar y dijo que no quería irse con ella. Yo le explicaba que tenía que volver, pero se sujetó a mis piernas llorando y no paraba de decir que quería quedarse. Al verla así no pude. No podía llevarla con su madre.

Una mañana que él estaba en el bar, mis padres fueron a por tía Amparo y a por sus dos bolsas de ropa. Estuvo durmiendo en mi habitación durante mucho tiempo, en la cama gemela en la que antes dormía mi hermana. Yo era feliz teniendo compañera de cuarto otra vez mientras tía Amparo se apuntaba a clases de costura, mientras limpiaba las casas de algunas vecinas, mientras salía a comer churros con mi madre, mientras se reía un poco, a veces, mientras estuvo aprendiendo a ser feliz.

—Nos mudamos a este piso, le hice la habitación como ella quiso, le llené los armarios de ropa nueva y empezamos de cero los dos. Conmigo Jimena era más libre, su madre la asfixiaba con extraescolares, yo preferí que disfrutase. Pero es muy duro ser padre y ser madre a la vez.

Meñique, anular, corazón, índice, pulgar. ¿Qué tontería era esa de ser padre y ser madre? Abrí un poco mis dedos para que él relajase los suyos, que parecían ya una trampa para ratones.

—¿Y qué pasó después?

—La madre desapareció. Su madre, sus abuelos, su tía… Todos le hicieron el vacío a la niña, ¡tanto que la querían! Lleva más de diez años sin saber nada de ellos. Ni siquiera le abrió la puerta para coger su ropa y su peluche favorito.

Jimena, que tenía mi edad, dormía siempre con su oso de peluche.

—Le compré todo lo que le hacía falta y todo lo que quiso, menos el oso. Una tarde, mientras mi exmujer trabajaba, entramos en su casa y lo cogimos. No iba a dejar que mi niña pasase las noches sin el peluche con el que había dormido desde que tenía dos añitos.

Sonreí. Supongo que mi padre habría hecho lo mismo por mí y mi muñeca Katuxa, aunque ni mi madre ni mis tías habrían desaparecido sin más. Relajó por fin sus dedos entre los míos. Los moví para que la sangre volviese a circular o para que no se me notara la inquietud.

—¿Te hice daño?

Quise decir que no.

—No.

Mi tío nunca se tiró por la ventana, se casó con otra mujer diez meses después.

Jaime estaba ligero, estaba contento, me había contado lo peor que le había pasado en su vida. Lo abracé, se apartó, sus ojos tenían purpurina, me colocó detrás de la oreja el mechón de pelo que siempre se me ponía delante de la cara, me dijo: qué suerte tengo contigo, joder, tú siempre me entiendes, eres un jodido angelito, no te merezco. Agarró de nuevo mi mano y se levantó del sofá sin soltarla. Sabía lo que iba a pasar porque el amor también se huele y su amor siempre empezaba por las encías. Su mano llevó a la mía por el pasillo de madera y velas hasta llegar a la última puerta, la de su habitación. Y no me dio tiempo a ver su cama enorme y su planta de dos metros en una esquina ni su colección de discos ni la cera de cien velas derretida en la mesa de la derecha, ni la bañera antigua del fondo que en realidad era otra chimenea, ni la única foto que había, una polaroid en la que salía yo y que estaba apoyada en la lámpara de su mesilla de noche. No me dio tiempo porque en cuanto el pomo se bajó mi cuerpo entero estaba ya en el colchón y yo solo podía ver el rosetón del techo y el pelo salado de Jaime muy cerquita y Jaime ya no se tapaba las canas, ya no se las tapaba porque solo existían sus labios, mis

clavículas ahogadas, sus manos mis muslos su sudor mis pezones su saliva mis temblores sus susurros mis ojos vacíos. Su cuerpo moviéndose tan rápido que podía ver sus tatuajes en mi piel. Los gemidos del cabecero. Mis dedos retorciendo las sábanas. Su boca acercándose a mi oído para decirme algo que recordaré cada mañana en la ducha. Su cara cayendo entre mis pechos. Mis manos calmando la respiración de su espalda.

Ya tumbados uno al lado del otro, mirando al techo, con las piernas cansadas y el lunar de mi cuello latiendo, el tiempo volvía a moverse tranquilo y podía fijarme en la planta, en los discos, en las velas, en la bañera, en la foto. Solo entonces desaparecía el olor a encías y nuestro amor descansaba. Nos investigamos las pieles el uno al otro, como monos acicalándose. Me acarició el pelo y colocó mi mechón detrás de la oreja. Me dijo: me gustan tus lunares, me gusta tu voz, me gustan tus tetas, me gusta que seas tan inteligente. Y siguió: yo ya no sentía, no creía, pero has llegado tú y dúrame mucho, cuídame. Otra vez las arañitas corriendo. Quería ver todo lo que le gustaba de mí, pero solo podía pensar en que yo sí lo entendía, yo sí lo cuidaba, yo sí lo quería.

Al llegar a casa, aprovechando que Diana no estaba, busqué en Facebook a la exmujer de Jaime. No fue difícil encontrarla. Pontevedra no es muy grande. Sabía los apellidos de Jimena y algún dato más que me había contado Jaime, como que era encargada de un Zara y que era un año mayor que él. Tampoco era la primera vez que buscaba a una ex.

Lo primero que pensé de Marta es que no estaba gorda. En todas salía sola o con compañeras de trabajo. Con una sonrisa enorme, como sus ojos. Puse la cámara de mi móvil en modo selfie y me fijé en los míos. Eran mucho más pequeños que los de ella. Era la más bajita de todas en las fotos de grupo. No había ni rastro de Jaime, pero todas parecían de los años en los que estuvieron juntos. Tenía muchos comentarios en cada publicación, de sus amigas, de sus tías, de su madre. No daba la sensación de que estuviese desequilibrada o de que fuese capaz de abandonar a su hija. Estaba tan concentrada observando a Marta comiendo un helado con una cucharita verde

fluorescente, Marta embarazada soplando las velas con la cara llena de merengue, Marta sujetando la Torre de Pisa, Marta, o los pies de Marta, a punto de mojarse en la orilla, Marta con un jersey muy parecido al mío; tantas Martas y tan diferentes a Jaime, que no escuché las llaves y me asusté cuando vi a Diana en la puerta del salón.

—¿Haciendo horas extra?

—Ven, acércate.

Diana se puso a mi lado y le enseñé a la Marta morenísima que llevaba una falda estampada por debajo de las rodillas, un top con mucho escote y unas sandalias planas de cuero.

—¿Soy más guapa que ella?

Abrió mucho los ojos, las cejas, un poco la boca, puso los brazos en jarra, me miró de arriba abajo:

—¿Pero tú estás tonta o qué?

—A ver… qué te cuesta decírmelo.

—Tía, le das mil vueltas. Pero no te compares, hazme el favor, que no tenemos quince años.

Cuando Jaime se fue, quise interrogar a Diana:

—¿Te cayó bien?

Metió una pizza en el microondas.

—Ya tienes la cartera que necesitabas, ¿te gusta?

Todavía tenía en las manos la cartera que me acababa de regalar Jaime. Le daba vueltas entre mis dedos. Al verla no me gustó mucho, pero me gustaba que Jaime la hubiese elegido para mí.

—¿Te cayó bien o no?

—¿Recuerdas cuando te comiste una pizza grande borracha en el Galipizza y la vomitaste antes de que nos fuéramos? Esa noche creo que me meé de la risa.

—Eso te pasó a ti, no a mí, parva.

¡Clin! El microondas nos asustó, aún no estábamos familiarizadas con su timbre.

—Ayer dijiste que necesitabas una cartera y hoy aparece con una de Bimba y Lola, ¡de Bimba y Lola! Es que no te pega nada. Cuando dijiste que querías cambiar tu habitación, al día siguiente te la decoró con sus cosas y puso un montón de fotos suyas por las paredes. Otro día dices que te apetece cenar nachos y vienes con dos kilos de totopos que no sabemos ni dónde guardar.

—Pero eso es muy bonito, ¿no? Es detallista.

—No sé, tía, parece un padre en vez de tu novio. —Cortó la pizza en cuatro y la repartió en dos platos—. Un padre chungo.

—Qué exagerada, tía. Estamos acostumbradas a salir con chicos con los que tenemos que ir a cenar el menú del kebab. Pero esto es otra cosa.

—No te pases, que a mí Carlos me llevó una vez a La Tagliatella, y nunca me la lio en mi cumpleaños.

Eso dolió, pero Diana se acurrucó conmigo y con Frida en el sofá, nos arropó con una misma manta y el salón empezó a oler a comida recalentada. Sí, me gustaba vivir con Diana, me gustaba la cartera y me gustaba Jaime.

Todavía es diciembre cuando me preocupa que alguno de mis hermanos nos vea por la calle. Sobre todo, mi hermana. Y entre los ochenta y dos mil quinientos cuarenta y nueve habitantes de Pontevedra está ella. Bea. Quince años mayor que yo y hablándome siempre desde el futuro. Porque cada una de sus historias era un presagio de lo que me sucedería a mí. Estudiar mucho, salir de fiesta, intentar no enamorarse, trabajar cuanto antes, trabajar mucho. Ser independiente, Marina, ser independiente. Ver películas que no entendería hasta mis veintipocos. *Fresa y chocolate*, *Las aventuras de Priscilla*, *Birdcage*. Y bailar frente al espejo con Diana Ross y Cher. Presagios, presagios, presagios. Mi padre, con la boca llena de pan mojado en yema de huevo, siempre me decía: tú como tu hermana, tienes que acabar una carrera. Y yo, que no entendía los problemas de un coche sale de Madrid y otro sale de Sevilla, cómo iba a poder estudiar semejante dolor de barriga de folios. Mi hermana salta como agua en aceite cuando alguien hace crac. Y eso también es un presagio. O una promesa. Al parecer, se nos da muy bien hacer crac, pero se nos da mejor estar para nuestra familia. Eso dice ella.

Con el invierno llegaron los frijoles negros, el vino tinto, las chimeneas encendidas y la sensación de tener, por primera vez fuera de casa de mamá y papá, los huesos calientes. También llegaron los paseos cada vez más largos. No había nada de malo en que nos viesen pero podía coincidir que estuviésemos en medio de una discusión, y sería difícil explicar que había tantas peleas como reconciliaciones. Qué suerte la mía que fuese mi hermano, catorce años mayor que yo, y su mujer, los primeros que nos vieron. Alberto se paró y saludó a Jaime primero. Ah, ¿os conocéis? Claro, estuve en su casa cuando era un restaurante clandestino. Te recuerdo, sí, lo recuerdo perfectamente —no lo recordaba—, oye, pues tenemos que comer juntos, ¿no? Y

probamos el nuevo Michelin que han abierto. Esa palabra fue suficiente para enamorar a mi hermano. Mi hermano, que con quince años se fue de acampada con sus amigos a la fiesta del albariño con la ropa en perchas y, cuando vio que no tenía dónde colgarlas en la tienda de campaña, llamó a mi padre para que lo fuese a buscar. Mi hermano, que colecciona art toys pero no le gustan los estudiantes de Bellas Artes. Mi hermano, que me hacía sándwiches mágicos para merendar y, cuando descubrí que lo mágico consistía en meterlos en el microondas, no me decepcionó para nada. Lo quise un poquito más. Mi hermano, que es el primero que se ríe de sí mismo y eso lo hace invencible en las comidas familiares. Fue tan fácil como ir a un restaurante pijo que solo uno de los cuatro nos podíamos permitir.

Con mi hermano ya de nuestro lado, me atreví a visitar a mi madre para hablarle de Jaime.

—Mamá, tengo que contarte una cosita.

Mamá dejó caer sobre la encimera una bola de masa, poofff, la despegó y la dejó caer una vez más, poofff. Espolvoreó harina sobre el mármol. Odiaba cocinar.

—Xa empezamos. ¿Qué pasó? —Dividió en dos la masa.

—Ah, te traje flores.

—No me líes, qué pasó.

—Que sepas que Berto ya dio su visto bueno.

—Visto bueno a qué. —Cogió el rodillo y también espolvoreó harina sobre él.

—Conocí a un chico.

—¿Y tu hermana le dio el visto bueno? ¿Huele a quemado? —Corrí a apagar el fuego donde se pochaba el pisto, bluf, bluf, bluf. Unos segundos más y casi volvemos a comer empanada de cosas quemadas.

—Aún no me atreví a contárselo. Ya sabes cómo se pone.

—Razones non lle faltan.

—¡Mamá!

Mamá comenzó a darle formas redondas a las dos mitades, parando solo para subirse las gafas que ya no tiene con el antebrazo. Hacía un

mes que se había operado la vista, pero es como quien tuvo flequillo toda la vida y se lo sigue peinando con los dedos, supongo.

—A ver, quién es.

—Se llama Jaime.

—¿A qué se dedica?

—Es compositor de atmósferas.

—¿Qué dices? —dejó por unos segundos el rodillo, necesitaba toda su atención para entender la profesión del nuevo problema de su hija pequeña.

—A ver, es decorador, pero para gente pija.

—Ah bueno, eso ya me gusta más, ¿con eso se gana bien? —desde la muerte de papá, todo le preocupaba un poco más—. Te vas a llevar un trocito de empanada, ¿no?

Mamá vertió sobre una de las mitades el pisto y con la otra mitad lo tapó. En ese momento la cocina comenzó a oler a la de la abuela Maruxa, que cocinaba tan bien que odié las lentejas ya de mayor, cuando murió y las empezó a hacer mamá.

—¿Qué estudia? ¿O ya encontró trabajo?

—Es un poco mayor que yo.

—¿Cuántos años tiene? —mamá fue cerrando la empanada con los índices y los pulgares.

—Cuarenta y cinco.

—Ya sabía yo que no se lo querías contar a tu hermana por algo, ¡Mariniña, por Dios!

—Ma, acuérdate de hacerle un agujero en el medio. —Me miró como si ella no hubiese visto ya decenas de vídeos en YouTube de cómo hacerlo—. Pero Alberto me dio su visto bueno, mami, y ya sabes que es muy exquisito.

—Outro con pouco sentidiño. ¿Qué diría tu padre, nena? Si tiene la edad de tu primo Ramón, ¡que podría ser tu padre, nena!

—¡Bo!

—Coge ese trocito de masa que me sobró y haz una P para diferenciarla de la de zamburiñas. ¿Está divorciado, tiene hijos, dónde vive?

—Sí.

—¿Sí qué? ¿Está divorciado? —Metió un dedo índice en el centro de la empanada y formó un agujero. Yo lo coroné con un trocito de masa en forma de O alrededor.

—Está divorciado y tiene una hija.

—Nena, ¿no puedes estar con alguien de tu edad y no meterte en jaleos?

—Que no, mamá, ya verás. Además, los de mi edad son muy inmaduros.

—¿Cuántos años tiene su hija? Ábreme el horno.

—Como yo. Pero pincha con un tenedor toda la masa, para que la empanada respire.

—Es verdad, pásame un tenedor limpio. Bueno, por lo menos ya está criada.

Saqué el móvil del bolsillo y grabé una historia de mi madre picoteando la empanada. Tenía tres mensajes de Jaime: *Como va todo con tu madre, Me quiere matar?, Te paso a buscar cuando acabes?*

—Mira, tengo una idea, ¿por qué no quedamos para comer con él y lo conoces? Te va a encantar. Además, lo conoce todo el mundo, si tuviese algo malo ya lo sabríamos.

@patrvskyti ha reaccionado a tu historia

—Mucho te gusta a ti el artisteo.

—¿Comemos los tres mañana?

@daynat88 ha respondido a tu historia: qué buena pinta, qué envidiaaaaa

@madam2rombos ha reaccionado a tu historia

—Comeremos, qué remedio. Pero ahora espera a que se haga la empanada y te llevas un trocito.

Al día siguiente quedamos para comer los tres juntos. Me puse una camisa con muchísimos colores porque a mamá no le gustaba que vistiera de negro. A mamá, cuando se llamaba Bea y no mami ni Bea la mayor o Bea Madre, porque no existía una Bea pequeña, no le

gustaba vestir de negro y lo arrastra hasta ahora, porque le olía a pena, porque delante del espejo se veía como una bolita de pimienta negra, como un punto final, porque cuando murió su padre era muy pronto para trabajar y mantener a sus seis hermanos, pero tuvo que hacerlo. Y nunca más volvió a vestir de luto. Ni por sus suegros ni por mi padre ni por nadie. Y a mí me veía llegar a casa como una sombra y siempre me decía ay, filla, por Dios, ¿no tenías nada más negro en el armario? Mamá, cuando solo era Bea, ya practicaba la sonrisa más tranquila del mundo para los mil Mami, Mami, Mamiiiiii que le caerían después, uno encima de otro sin tiempo a ordenarlos, Mami, Mami, Mami, y cuando ya los dos pequeños estaban a un curso de ir a la universidad, llegué yo con más Mami, Mami la Súper Pop, Mami un mp4, Mami una game boy color, Mami un tamagotchi, pero qué es un tamagotchi, recoge esos calcetines. Mami ya debía de ser muy inteligente antes, mucho antes de sentarse en la mesa del comedor a explicarnos la vida dentro de un libro, porque la vida la tiene ella dentro de las manos. Mamá me tuvo con cuarenta y un años y un médico le recomendó que abortase, que en un embarazo tan tardío el bebé corría mucho riesgo de nacer con alguna enfermedad mental. Mi hermano dice que el pronóstico se cumplió. Yo de verdad que lo quiero igual.

Ese día que me puse colores, mamá se puso guapísima para comer con nosotros. Cuanto más lejos va, más guapa se pone. Cuando va al médico, a un Ikea, a Portugal, a El Corte Inglés de Vigo. Si va a un hospital a visitar a alguien. Si va a un tanatorio. A los cementerios no, ni siquiera va, supongo que porque se pareció a la pimienta negra muy pronto. Jaime nos esperaba puntual y con americana. Dos besos para mamá, uno en la frente para mí. Mamá sonrió. Nos llevó al mejor restaurante de la ciudad, donde todo el personal le saludó con admiración. No nos dieron la carta, Jaime se preocupó de que tuviesen todo un menú preparado con platos personalizados. Se preocupó tanto por agradar a mamá que se olvidó de informar que yo no como animales, porque cuando Jaime se centraba en una persona y le prestaba tanta atención que la aislaba del resto del universo, solo podía centrarse en una persona cada vez. Así que de entrantes:

carpaccio, foie gras y gambas en dos cocciones. Mamá feliz porque no tuvo que elegir. Yo comí pan de la casa con aceite de oliva.

—Así que eres interiorista.

—Creador de ambientes —me apuré a corregir a mamá.

—Compositor de atmósferas —aclaró Jaime.

—¿Y qué compones exactamente?

—Tiendas, restaurantes, salas de reuniones para empresas importantes, zonas de coworking —Mamá no entendió la palabra coworking, pero no dijo nada—. También hago cosas para la diputación, les gusta mi estilo. Tengo una nave con más de 200 sillas, con esculturas, mesas, una barra de bar de madera de nogal, dos foodtrucks…

—¿Y te ayuda alguien?

—Sí, tengo cuatro chavales contratados.

Plato principal: para mamá cordero, su comida favorita, para él lubina, para mí improvisaron unas verduras a la plancha con flores de calabaza, eneldo y lavanda.

—¿Y tu hija ya acabó la carrera?

—Sí, ha estudiado ADE. Un defecto lo tiene cualquiera.

—No, hombre, eso está muy bien. Esta fue de Guatemala a Guatepeor. —Siendo la pequeña, estoy acostumbrada a que se escuden en mí para estrechar lazos—. Oye, nena, ¿no piensas comer más? Llevas diez minutos mareando las verduras en el plato, por lo menos cómete esas flores.

Mamá se colocaba bien el colgante de la B de oro y sonreía. Si mamá sonríe, todo sucede en cámara lenta y puedo vivir mejor, tranquila, feliz. Aprendí a querer dramáticamente, con exageración y con la prisa de a quien se le agota la vida, la noche que me salté el padrenuestro y fui a ver qué hacía ella en su habitación cuando a mí me mandaba a dormir. Estaba llorando. Nunca antes en esos diez años de vida mía la había visto llorar y yo me metí en la cama con ella. Me rodeó con un brazo. Mamá, qué te pasa. Y, sin dejar de ver la película, me contó que Jane Eyre había abandonado Thornfield justo cuando se iba a casar con el señor Rochester.

—¿Y tu niña tiene trabajo? —Mamá heredó los miedos y las preguntas de papá.

De postre: arroz con leche para mamá, New York Cheesecake para él. A mí me ofrecieron fruta. No quise.

—¿A ti te parece normal lo mal que come esta niña?

—Mamá…

—Bueno, está bien que la gente joven tenga inquietudes y defienda sus principios, ¿no? Todos hemos sido un poco rebeldes. —Jaime me acarició la cabeza echándome el pelo hacia atrás—. Además, esta tarta la probarás, ¿verdad, cariño?

Jaime se quitó la americana y se remangó la camisa. No escondió los tatuajes, no hizo falta. A mamá le gustaba la atención de Jaime. Sus detalles. Sus gestos. Que se preocupase por lo que ella quería comer, por el punto de sal que a ella le gustaba. Le encantó volver a ser Bea y no solo mamá, y que alguien le preguntara por su vida fuera de la maternidad y la viudez. Y yo estaba allí, callada, viéndola tan contenta, sentada con ellos, que olvidé que Jaime me había ofrecido una tarta que llevaba leche y huevos. Y a él también se le olvidó. Creo. A veces se me ponen ojos de vaca y no escucho nada. O escucho mucho pero entiendo poco. Y me voy a un baño y me miro al espejo y me veo cara de antigua y pienso que qué poco me queda para morir y que qué claro tengo que moriré sola. Cuando se me ponen ojos de vaca el cuerpo se me agarrota y me cuesta mucho sonreír. Se me despedaza el poco mundo que he creado, como si fuese de arena y viniese una ola o llegase papá dando chancletazos haciendo el tonto en vez de quedarse quietito debajo de la sombrilla con mamá. Y me pregunto si tiene sentido algo. Estudiar aquello, trabajar de esto otro, mudarme, esa relación que fue tan bonita tan lejos tan difícil, o esta otra que rueda tan rápido que tengo miedo a que se resquebraje por el camino y vaya soltando pedazos y que todos los pedazos sean míos. Como la canción que dice que pudo ser un amor del montón, pero todo el montón era mío. Se me llenan los mofletes de nostalgia. Nostalgia anticipada, porque aún no sé qué echo de menos, qué me falta, qué me sobra si yo no tengo nada. ¿Cuánto hay que perder para no tener nada? ¿Un padre? Un padre perdí, apunte ahí usted. Cuando se me ponen ojos de vaca me cuestiono todo tanto que repito mi nombre varias veces para no olvidarlo. Lo hacía con seis años, lo hago con veintisiete y lo hice durante la comida con veinticinco. Veinticinco

años de ojos de vaca que solo una carcajada de mamá logró borrar. No sé por qué se rio, pero Jaime también se reía con ella y me apretaba fuerte el muslo con sus dedos. Yo estaba allí, pequeña, no teniendo nada que hacer porque ya había hecho lo que quería y lo que creía que querían de mí. Una relación estable con un hombre serio y responsable. Sentar la cabeza. Volver al norte. Estar quieta un rato. Comer de todo. Comer flores.

Después del café, Jaime quiso que acompañásemos a mamá a su coche. ¡Hombre, cuánto tiempo! A Jaime lo paraba todo el mundo. ¡Buenos ojos te vean! ¿Qué tal la niña? Mamá me cogió del brazo y me susurró: es igualito a tu padre, no puede dar un paso sin que se pare con alguien. A mamá le gustó ese carisma, que fuese tan atento y que no hubiese tomate crudo en ninguno de los platos de la comida. Y si a ella le gustaba, a mí me gustó un poquito más. A Jaime también le gustó la calma de mamá. Me dijo que le encantó conocerla porque así sabía cómo sería yo de mayor. A mí no se me ocurrió pensar que cuando yo tuviese setenta años él llevaría, probablemente, diez años muerto. Sí pensé que qué bonito y que qué suerte la mía si de mayor me parezco a mamá. A partir de esa comida, a mamá nunca le faltaron flores en su salón. Un mundo de flores. Qué detallista, Jaime. Esto parece un jardín. Ay, este Jaime, cómo es.

Cuando llegué a casa, mamá me había enviado un WhatsApp pidiéndome que le diese las gracias a Jaime por la comida. Cuando llegué a casa, fui a por el tupper de la empanada para matar el hambre.

También se ganó a Bea. Nos la encontramos cargada con altavoces, pancartas y banderas del orgullo porque su asociación había cambiado de local. Jaime le prometió que, con sus furgones, las ayudaría con la mudanza y que les donaría mesas y sillas. Lo hizo. Jaime parecía tener siempre en su cabeza el perfil de Facebook de cada persona para saber exactamente qué decir y qué no. Incluso en qué idioma hablar. Con mi hermano, castellano. Con mi hermana, gallego. Y yo solo podía sentirme un gorrión a su lado e hinchar el pecho.

Se me ponía cara de realidad próspera o de pronóstico acertado con cada persona de mi familia que se dejaba conquistar por Jaime. Jaime hacía que no tuviese que gustar, sino que la otra persona quisiera

gustarle a él. Y a mí toda esa sensación de no tener que ir con cinturón de seguridad me provocaba que Jaime me enamorase más y más. Nadie ponía un pero y a mí se me mezclaba la adrenalina con la calma. Jaime hablando de su hija tan independiente y trabajadora, Jaime hablando de política como si fuese el horóscopo y tuviese que complacer a todo el mundo, Jaime hablando de sus trabajos, enseñando fotos de sus decoraciones. No, son composiciones. Jaime enseñando fotos de sus composiciones. Jaime hablando con mi hermano del siguiente restaurante con estrellas Michelin al que íbamos a ir y a mi hermana de la importancia del lenguaje inclusivo.

Antes de llorar, dejé la mochila del portátil en el suelo, me tiré encima de Jaime, que estaba tumbado en el chaise longue, le llené la cara de besos que sonaban a chicle, me quejé por todo el trabajo que tenía en la agencia, ¡me pidieron empezar de cero el briefing, un viernes!, y le dije que menos mal que esa noche saldría con Diana y sus amigos. No hubo una pausa, solo un cambio de respiración, unos ojos enfocándome como si ya no me reconociesen y unas manos quitando mi cuerpo de encima. Se removió en el sofá y ya. La tormenta se coló por las ventanas y las puertas y no hacía frío, no hacía nada de frío, solo sentía el calor del arrepentimiento que se me quedó embarrado en los mofletes, en el pecho, en las rodillas. Hasta que no empezó a hablar, ni siquiera sabía qué estaba pasando. ¿Por qué te gusta tanto salir, por qué no te quedas conmigo esta noche, por qué sales tanto de fiesta si te conté que mi última ex bebía mucho y lo pasé fatal con ella? Diana no quiere que estés conmigo, ¿no? Abrió la puerta de casa y se fue, lo seguí escaleras abajo. Si a mí no me gusta que salgas, si sabes que no seré capaz de dormir hasta que me digas que ya estás en casa, si yo no quiero acompañarte porque soy muy mayor para estar con tus amigos. No pude decirle que no entendía nada, que desde que estaba con él no salía tanto y que si salía mucho no pasaba nada, que qué coño tenía que ver Diana. No me dio tiempo porque rompí a llorar.

La primera vez que lloré delante de él, se sentó en uno de los primeros escalones del portal, se tapó la cara con sus manos anchas, bonitas y tatuadas y pude escuchar cómo estallaba su voz contra los dedos:

—No, tú también no, por favor.

¿Yo también? ¿Yo también qué? Silencio. Pensaba: ¿a qué viene esto, Jaime? Decía: perdón, no sabía que te molestaba. Pensaba: ¿eres de

esos a los que les molesta que su pareja salga? Decía: pero si apenas salgo con Diana desde que estoy contigo. Pensé: joder, no esperaba esto de él. Dije: prefiero estar contigo.

La primera vez que lloré por él, aprendí que llorar tenía un castigo: el silencio. El silencio y echarme la culpa a mí como quien lanza un balón medicinal contra el pecho.

Jaime desapareció y Diana me pasó a buscar a las diez aunque le dije que me encontraba mal. No le conté nada, pero nos conocimos cuando yo usaba adaptador en los lápices y ella cordón en las gafas. Sabía que tenía algo roto por dentro. Salimos.

2:30
Como vas? Lo pasas bien?

Bebimos.

3:47
Me encuentro un poco mal, Marina, pero no te preocupes

Bailamos.

3:48
No no vengas, de verdad

4:02
No me vuelvas a llamar
Te pido por favor que no volvamos a hablar

Lloré en el baño del pub.

4:05
Esta vez es definitivo. Se acabó

No le conté nada a Diana y dormí en nuestro piso, con Frida acurrucada a mí o quizá yo a ella. A la mañana siguiente, Diana me esperaba en nuestro sofá oliendo a café y a galletas digestive.

—Me da mal rollo.

Me froté los ojos, vi en mis dedos que no me había desmaquillado bien.

—¿Qué?

—Jaime. No sé. —Se le cayó media galleta en el café y bajó la vista a la taza para recuperarla—. Desde que estás con él, estás apagada y ayer te pasaste la noche pendiente del móvil.

—Creo que chocáis porque os parecéis.

—¡Una mierda! No me gusta, no me gusta cómo te habla ni cómo te trata.

—¿Cómo me trata?

Diana se levantó para ir a la cocina. Fui tras ella. Siempre estaba yendo detrás de la gente.

—Desde que estás con él estás menos con nosotros. Casi nunca duermes en casa.

—Pero eso ya lo hablamos, es normal cuando tenemos novio, ¿no?

No sé si Diana iba a seguir hablando, porque Jaime me llamó en ese momento. Estaba en la cafetería de debajo de nuestra casa. Me vestí rápido y ahí estaba, esperándome con dos regalos que parecían dos vinilos, con una porción de mi tarta favorita y cara de te quiero.

Soñarás que siempre será primavera y que no tendrás que llorar como los adultos. Soñarás con que tu abuela te sigue peinando con sus dedos torcidos cada tarde después del cole y después de las lentejas. Soñarás con que la persona más bonita de Compostela sea la misma que la que te llame *miquiña mía* y no alguna de las de tu facultad que huelen a licor café y a tabaco y a apuntes de Locke y Hume fotocopiados. Soñarás que los consejos de tu madre estarán por encima de los temblores de tus piernas en las crisis de ansiedad. Soñarás con poder llegar siempre a fin de mes sin que las notificaciones del banco te muerdan el pecho. Soñarás con que vengan bien dadas.

Unas monjas escribieron unas cartas de motivación antes de entrar en el convento. Esas hermanas eran tan longevas que, en 1986, alguien que estudiaba el alzhéimer decidió recorrer Estados Unidos y analizar a seiscientas setenta y ocho monjas, con sus cerebros y sus cartas. Al parecer, el recuento de palabras positivas en sus epístolas y diarios era altísimo, y esa era la explicación de sus largas vidas. El optimismo. La felicidad. La ilusión. Resultó que, unos años después, en Madrid, un señor nos cobró doscientos euros a cada asistente por explicarnos esto frente a un proyector con fotografías de jugadores de baloncesto y de señoras con cofia. Y nos dijo: ahora, coged un papel y un boli y escribid el momento más feliz de vuestra vida.

Cogí un lápiz. ¿El día que nació mi sobrino? La verdad es que no. Yo tenía catorce años, él me pareció feísimo y vi por primera vez a mi hermana con bragas desechables. ¿Cuando aprobé selectividad? Ni de coña. Me mudé a Compostela y las caras de tristeza de mi madre y mi padre cuando me llevaron al piso compartido con cuatro chicas más me dejaron el pecho con mil picotazos por los que aún hoy se me escapa el aire. ¿Cuando encontré huellas de dinosaurio al lado del cementerio de Beiramar? La ilusión duró hasta que mi hermano me llamó imbécil profunda. Cuando se casó mi hermano y bailé con su amigo guapísimo y gay. Y gay. Pensé pensé pensé hasta que fruncí tanto la boca que casi me sale bigote. Los demás no paraban de escribir. ¿Era posible haber llegado a los veinticinco y no tener un Momento Más Feliz de mi Vida®? ¿Qué estaba escribiendo Jaime? Solo se me ocurrían los momentos más tristes. Papá cuando dejó de hacer fuerza para respirar. Berto sujetando la mano de papá. Mamá frente a la habitación del hospital, ya vacía, con cara de tortuga vieja, sintiendo su hogar roto. Bea llorando canicas en el sofá del tanatorio.

La rabia caliente que dejó papá en mi pecho y que me haría matar de sed a cualquiera que quisiera pisotear a mi familia.

Estiré hacia arriba las cejas para guardar las lágrimas en el cerebro. Una de mis jefas, no sé cuál, la de azul marino, me había convencido para que me apuntase al curso, pagándolo yo, porque te vendrá bien, ya sabes, un aire fresco a tu redacción de contenidos si le das un enfoque más positivo a todo. Jaime quiso acompañarme porque Mercedes le había dicho que ese gurú era muy bueno, que cambiaba el enfoque neurolingüístico.

—Jaime, ¿qué estás escribiendo? —pregunté intentando disimular la vergüenza de no haber sido nunca muy feliz.

Tapó su hoja, agachó la cabeza llegando casi a la mesa para que la voz le sonase más bajita:

—El día en el que nos conocimos.

—¿Qué?

—El día en el que nos conocimos.

Lo había entendido pero.

Pero me pellizcó una mejilla y siguió escribiendo con su boli de tinta roja.

Jaime, antes de conocerme a mí, llevaba más de veinte años siendo padre, ¿qué hacía escribiendo sobre el momento en el que nos conocimos? ¿Por qué sobre mí y no sobre Jimena? El especialista en lenguaje positivo interrumpió a mi ceño:

—Ahora, por favor, contad las palabras positivas que hay en vuestro texto y decidme cuántas tenéis.

—El día en el que fui madre: diecisiete palabras positivas.

—El día en el que fui padre: veinticinco palabras positivas. —Guau.

—El día en el que conseguí un inversor para mi startup: quince palabras positivas.

—El día que viajé a Tailandia y cambió mi forma de entender la vida: treinta palabras positivas.

Yo cerré mi libreta y me inventé una cifra que no llamase la atención:

—Prefiero no contar el motivo, pero veinte palabras positivas.

Jaime acercó a mí su cara, su cara con su boca atenta, con sus ojos verdes, definitivamente eran verdes, con su pelo de sal. ¿Sobre qué

escribiste, cariño? Su olor a carballo mojado. Su mano ancha y morena en mi muslo. Mi mano en mi otro muslo palpando la carne. Su nariz perfecta apuntando hacia mis lunares. Quise mentirle: sobre el día en que nos conocimos. Y le mentí. Y me dio un beso rápido. Y me sentí mejor.

Además de no ser la más positiva, tampoco era la más extrovertida ni la más simpática. Ni siquiera la más lista. Así que mi participación en ese curso pasó desapercibida. No fue el caso de Jaime. En el descanso estaba rodeado del resto de asistentes. ¡Qué divertidos tus tatus! ¿En este pone Marina? ¡Me chiflan tus gafas! ¡Ay, qué original tu trabajo! Y jijijí y jajajá y yo escondida entre la máquina de agua y la mesa de mini croissants, mini napolitanas y mini palmeras. ¿Cuando con doce años me regalaron una PlayStation? Tampoco, jugaba más mi hermano. Pues, no sé, el día en que el profesor de Infografía que tanto me gustaba me invitó a su casa. No, me rajé y menos mal que me rajé. ¿Cuántos mini zumos se pueden beber hasta que el *break* se acabe? Una de las mujeres cogió con sus manos las de Jaime para ver mejor sus tatuajes. Supongo. Estaba tan triste buscando un momento feliz que ni me molestó esa cercanía. O no mucho. Las manos de Jaime componían atmósferas. Las del filósofo que nos hablaba de monjas preparaban un té. Las manos de mi abuelo hacían redes para pescar y las de mi abuela hacían empanadas y tortillas de pan. Las manos de mi madre tac tac tac escribían a máquina y las de mi padre movían muebles para aquí y muebles para allá. Las de mi hermana pasaban las horas entre apuntes. Las de mi hermano sujetaban el mando de la tele. Luego llegaron las mías, cuando lo que iban para aquí y para allá eran coches en lugar de muebles y mi madre aprendía a teclear en un ordenador de sobremesa. Mis manos empezaron a llenarse de regalos para compensar las ausencias por tanto trabajo pero, y esto era innegociable, los fines de semana mis manos se apoyaban en la barriga de mi padre para que me contase más historias.

—Pescaba con mi primo Constante, ¿te acuerdas de él? Sale en algunas fotos. Íbamos en una barca verde con tres remos. —Recostado en el sofá, me subió a su barriga redonda y blanca.

—¿Con tres remos?

—Una tarde, en vez de coger la barca, robamos una lancha a motor y fuimos más lejos.

—Papá, ¿eras un ladrón?

Mi madre, desde su sillón, negaba con la cabeza, con desaprobación, se subía las gafas y seguía pelando los hilos de las judías que caían en el barreño azul sobre sus rodillas.

—Estábamos en la ría de Vigo y Constante me dijo que dejase de silbar, que le daba dolor de cabeza. Pero yo no estaba silbando, ¿sabes qué era? —Negué con la cabeza—. ¡Era una sirena que había perdido la cola!

—¡Pero si tú no subiste ni a una barca a pedales! —Mi madre dejó las judías para poder esconder los dientes llenos de risa.

—¿Las sirenas silban? ¿Pueden vivir sin cola?

—Las sirenas cantan. —Sacó del bolsillo su reloj, lo abrió y lo volvió a guardar—. Mañana a esta misma hora las vas a escuchar tú.

Mi madre se rindió, dejó en el sillón la forma de su culo, apoyó el barreño en la mesita del salón, se sacudió la blusa con las manos, se aupó las gafas y le dijo a mi padre que ni sirena ni sireno que ¡quién la va a consolar cuando se dé cuenta de tus trapalladas! Pero yo no sabía qué era consolar.

Las sirenas cantan y a mi padre y a su primo Constante una sirena sin cola les cantó. No tenía cola porque se la comió un perro, dijo. Y gracias al canto de la sirena, mi padre y Constante pescaron peces para un año entero. Por eso ahora no como mucho pescado, dijo, porque comí tanto ese año que me encharqué. Me volví al sillón de mamá para ver cómo entornaba los ojos hacia arriba, pero ya estaba en la cocina cociendo los huevos para acompañar a las judías.

A la mañana siguiente papá y yo ya estábamos en el barco que iba de Cangas a Vigo, aunque el trayecto en coche era más rápido, a nosotros nos hacía más ilusión ir en barco. Cuando pasamos por el punto exacto en el que él estuvo con su primo, me dijo que pegase muy bien la oreja a la ventana. Es verdad, papá, la escucho, canta precioso.

—¿Habrá recuperado su cola? —Uno de mis mofletes y media nariz se quedaron estampados en el cristal.

—¿Sabías que las algas son los pelos de las sirenas?

Si se pudiera morir de risa, yo me habría muerto mil veces por culpa de papá.

A mamá le compramos un pañuelo en El Corte Inglés y nos fuimos al Mercado da Pedra, pedimos pulpo sin picante. ¿Podemos ir luego a la playa a por un pelo de sirena? Tarta de chocolate. ¿Crees que volveremos a escucharlas? Un café manchado. ¿Manchado de qué? ¿Vamos a coger pelos, papi, porfi? Palomitas para el camino de vuelta en una mano y en la otra un puñado de algas que llegaron a casa verdes y pegajosas. Si se pudiese morir de enfado, mamá se habría muerto mil veces.

El recuerdo de una de las historias inventadas de papá: cuatro palabras positivas.

Tumbados en la cama del hotel, después de contarle la historia de mi padre de la que me había acordado viendo sus manos en otras manos, Jaime me abrazó y me besó la frente. Un capullo de flor deshaciéndose sobre mi sien. Pero yo quería raíz y tierra. Hundí mis dedos en su pelo negro y blanco, busqué su lengua, cogí su mano y la apoyé en mi cadera, atrapé sus dedos con la goma de mis bragas, busqué su cuello, me esquivó. Como si al haber hablado de papá, él nos estuviera observando y quisiera dar buena imagen. Me esquivó y volvió a abrazarme hasta dormirse. Jaime era el yerno perfecto hasta sin tener suegro.

Cuatro palabras positivas. Voy a morir jovencísima.

Aprovechando nuestra visita a Madrid, Jaime organizó una cena con su hija para hacer la presentación oficial. Primero, se tatuó mi nombre, después, me presentó a su hija. Perlas en las orejas, mechas californianas, ropa clara, la palabra *Serendipity* tatuada encima de un codo y *dreamer* en una muñeca. Así era la hija de Jaime y, la verdad, no me la esperaba diferente. Hablaba como si le salieran las palabras por la nariz o como si se le cayesen las eses o como si odiase su propio acento. Cuando no estaba respondiendo whatsapps, su sonrisa forzada era contagiosa y parecíamos dos monos asustados intentando no chillar.

—A las nueve vienen a buscarme Pau y Migui para ir a Le Boutique.

—Jime, ¿puedes hacerme caso, por favor?

—Vale, pa, vale. ¿Qué quieres?

—Te estoy hablando de mi chica. —Me señaló con orgullo.

Me habría escondido detrás de mi móvil yo también, pero Jimena soltó una carcajada, me agarró un brazo y me dijo:

—Pues ya tienes que tener ganas de aguantar a mi padre.

Entendí que ese sería el juego con el que nos entenderíamos. Burlarnos de Jaime sería la forma más fácil de acercarme a ella. Ella también había cumplido veinticinco años, pero parecía que solo teníamos en común a su padre.

—Por cierto, papi, ayer me escribió mamá porque me llegó una carta a su casa —le enseñó el mensaje y Jaime lo leyó en alto. A Jimena le habían puesto una denuncia por hacer botellón en la calle y la notificación llegó al domicilio de su madre.

—¿Ya intentaste acabar de ver una peli con él sin que se quede dormido? —volvió a dirigir su atención hacia mí.

—Bueno, si nos da tiempo a elegir una ya me conformo.

—Seréis zorras —añadió él, y los tres nos reímos como si fuese habitual estar sentada frente a una chica con la que podría haber coincidido en el instituto y que muy probablemente habría sido la que me hubiera hecho bullying. Pero no, estábamos hablando de su padre, de mi novio.

Nunca había tenido un novio con hijos, con veinticinco años nadie tenía hijos todavía y yo ni siquiera quería tenerlos. ¿Cuál se supone que tenía que ser mi papel? ¿Éramos amigas? ¿Jaime esperaba que fuese su madrastra? ¿Jimena me odiaba? ¿Podría no odiarla yo a ella?

Por la mañana, cuando salí de una ducha casi tan grande como cualquiera de los apartamentos en los que había vivido, Jaime me esperaba al lado de la cama con un desayuno del servicio de habitaciones. Nunca me había imaginado desayunando churros en albornoz y en un hotel de cinco estrellas.

—¿No es raro que la madre de Jimena le haya escrito por una denuncia después de tantos años sin saber de ella? Me dijiste que no tenían relación, ¿no?

—Ya te dije que está loca, es una mujer depresiva e inestable. A veces le escribe por chorradas como esa.

—Quizá intenta acercarse más a ella, ¿no? ¿Su abuela o sus tías nunca la llamaron? —mordí un churro tratando de no mancharme ni de hacer gestos raros ante la mirada atenta de Jaime—. No sé, supongo que está buscando excusas para hablar con ella.

—No sé cómo puedes desayunar esto y tener ese tipazo. —Me pellizcó la cintura por encima del albornoz.

Me miré de reojo en el espejo del fondo de la habitación, tocándome la zona exacta que había pellizcado.

—¿Quisisteis tener a Jimena o fue sin querer?

—Cariño, ¿tú por quién me tomas? Yo estaba muy enamorado, pero tenía tu edad, era un crío. Ya te dije que aquello no tenía nada que ver con lo que siento por ti. Es que, joder, ¡mírate! Además, tú me entiendes, te gusta lo que hago, me apoyas. ¿Tú sientes lo mismo por mí que lo que sentías por Mohamed?

—¿Por quién?

—El artista ese con el que estuviste antes de conocerme.

—¿Samir?

—Eso, Samir —tiró del cinturón de mi albornoz para acercarme a él —. No te enfurruñes que era una broma, cosita, no recordaba su nombre.

Y me besó como solo él podía besar, con lenguas de siete gatos. Y me puso una mano en la cadera para aferrarme y me puso una mano entre los pechos para moverme y no recuerdo qué hacía yo. Yo sabía que salir del amor era como salir de una catástrofe aérea porque se lo leí a Peri Rossi, pero no sabía yo lo difícil que era hablar del amor sin que a una se le llenasen los mofletes de miga de pan y se le pegase el calor a la piel como un pijama de franela. No sabía yo que el amor podía ser suave y saber a breva. Después del amor en esa habitación yo no recordaba quién era Samir ni Rubén ni Pablo Rosales ni Damián.

Y después de caminar de la mano por el Barrio de las Letras y de sacarnos fotos en los espejos del Rastro, después de ese viaje a Madrid, lloré un lunes entero por si algún día todo eso desaparecía. Por si acaso, se me pusieron los ojos rosa pastel cuando me di cuenta

de que no solo sabía hablar de aburrimiento, y que lo que más me coloreaba las orejas era recordar la primera vez que me dijo te quiero y que yo no entendí si me había dicho te quiero u otra cosa y sonreí. Por si acaso, sonreí. Y esperé a que llegase otro y otro y otro te quiero que sí entendí, y guardé algunos pero otros los desgasté de tanto recordarlos. Creía yo que el amor era una catástrofe aérea pero el amor era empacharse con los churros que no había comido.

Mi padre me dijo en el hospital: tienes que tener más carácter, como tus hermanos, si no, ahí fuera te van a comer.

Team building, dijo, engagement, y un poco de design thinking, wellbeing, ya sabéis. Al parecer, nuestra empresa estaba preocupada por nosotros o quería convencernos de que estábamos muy bien trabajando ahí y no en otro sitio, así que contrató a un coach. No nos hacía falta, en Pontevedra no había mucho trabajo y la mayoría de nosotras éramos demasiado jóvenes e inexpertas para quejarnos. ¡Hay que salir de la oficina! ¡Tenemos que pasar tiempo juntos! Viajaremos a Mallorca para pasar un fin de semana ¡felices, en equipo!

Era el primer fin de semana que no iba a dormir con Jaime después de muchos meses y me picaba todo el cuerpo. Diana se encargaba de cuidar a Frida. Me tocó dormir con Noa y estaba incómoda, me quería ir, escribía a Jaime: me quiero ir de aquí. Le mandaba fotos, vídeos, le contaba los discursos sobre que éramos una familia, sobre la importancia de hacer horas extra y le describía los pareos y las pamelas de mis jefas. Y, otra vez: me quiero ir de aquí. Jaime, cuando contestaba, lo hacía con emojis. Yo insistía, le contaba que tenía las tripas encogidas, que la cama era pequeña y que estaba pegada a la pared, que Noa dormía como si estuviese en su casa, con su pijama de Piolín y el olor a polvos de talco. Un emoji de una cara triste. Me sentía insegura, diminuta, fuera de lugar y Jaime ya no estaba en línea. Me empecé a encontrar mal de verdad. Cinco mensajes de Diana. Frida en el sillón, Frida en su cama, Frida en el parque, Frida panza arriba, Frida feliz.

El segundo día en Mallorca empezó con un brunch en un chiringuito. Grabé los bagels, la fruta y el mar y se lo envié a Jaime. Mis jefas aparecieron vestidas idénticas, con dos pareos blancos atados como un vestido, gafas de sol gigantes y sandalias que, según Noa, eran las Oran de Hermès y costaban más de la mitad de nuestro sueldo mensual. Martín me susurró:

—¿No tienes ganas de santiguarte desayunando al lado de estos dos monaguillos?

Quise aguantarme la risa pero me salió disparada entre los dedos.

—Marina, estás muy blanca —dijo mi jefa.

—Siempre fuiste muy morenita, ¿no? —mi otra jefa se sumó a mi jefa.

—Bueno, es que al salir de trabajar a las ocho de la tarde, ya no puedo ir a la playa.

Martín escupió el batido de espinacas que intentaba tragar. El coach tenía la boca llena de salmón con crema de queso y no dijo nada. Saqué el móvil de nuevo: Jaime, qué ganas tengo de que sea mañana. Me quiero ir de aquí. *Leído*. ¿Por qué no contestaba?

—¿Quieres que te echen o qué? —Martín todavía intentaba masticar el mejunje verde—. Oye, ¿qué te pasa? Es verdad que tienes mala cara, y estás todo el día con el móvil, pareces mi sobrina enganchada a la tablet.

Estaba acostumbrada a recibir constantemente sus mensajes, sus fotos, sus ubicaciones, sus llamadas. Quería enfadarme, llamarlo como hacía él cuando era yo la que tardaba más de cinco minutos en contestar, quería echarle en cara que estaba pasando de mí, que qué era tan importante que no podía ni preguntarme cómo me sentía en esa mierda de viaje. Pero no sabía cómo enfadarme con Jaime sin que todo se volviese en mi contra. La noche antes de irme, me metí en el baño compartido de la habitación y noté un dolor de mil dentaduras al sentarme en el retrete. Volví a sentir ese dolor al sentarme en el avión. Escribí a Jaime: en menos de dos horas te beso. *Leído*. Ni siquiera sabía si iba a ir a buscarme al aeropuerto.

Por supuesto que Jaime me estaba esperando en el aeropuerto, con un ramo de tulipanes morados y un abrazo que hizo que volviese a recuperar mi tamaño habitual, y con un nidito de palabras que me hicieron olvidar su indiferencia durante el fin de semana. Seguro que no pudo escribirme porque tuvo mucho trabajo. Y, al sentarme en el coche, volvieron las agujas en la vulva, o los dientes o los cuchillos.

—Creo que voy a tener que ir a urgencias, Jaime, me duele muchísimo —me señalé la zona con vergüenza.

—¿Por qué te duele ahí? ¿Qué estuvisteis haciendo?

—Te escribí durante todo el fin de semana contándote lo que estuvimos haciendo.

Pero no había tiempo para el dolor ni para los enfados, Jaime sonrió, me acarició el muslo, me prometió una tarde inolvidable y me llevó a casa. El salón estaba lleno de ropa nueva, un brownie y más flores.

—Pruébatela.

—Es que me duele bastante esto —con el dedo índice dibujé círculos en el aire sobre mi entrepierna.

—Venga, cariño, ¿qué te cuesta? Fui hasta Santiago a elegir todo esto para ti.

Me dolía al agacharme, me dolía al sentarme y me dolía al levantarme, pero me desnudé para probarme la ropa, seguro que no pudo escribirme porque estaba planeando y eligiendo todo esto tan bonito. Me probé los pantalones de pinzas. Jamás me había puesto unos. Cuando quise abotonarlos, me cayeron hasta las rodillas. Me fijé en la etiqueta, dos tallas más que la mía.

—¿Te quedan grandes? —Jaime estaba a mi lado, viéndome en el espejo—. Qué raro, a ojo me parecía tu talla. Pues compré todo de la misma talla.

—Uso la S.

—¿Cómo vas a tener la misma talla que Jime?

¿Cómo iba yo a tener la misma talla que su hija?

¿Mi cuerpo era tan distinto al de Jimena? ¿Parecía tan grande al lado de ella? Me volví a desnudar para ponerme mi ropa pero Jaime y su lengua por mi nuca y Jaime y sus manos por mis muslos y Jaime mordiendo mi cuello y Jaime con sus pantalones por los tobillos. Ya no tenía que enviarle más mensajes. Ya estaba aquí con sus dientes pequeños y sus ojos cerrados y los míos muy abiertos y el olor a perfume caro y a aceite de trufa. Quería concentrarme en todo eso, pero el dolor no me soltaba. No puedo, no puedo. ¿Por qué no puedes? Me duele muchísimo. Lo hago más despacio. Y yo sudando y yo temblando y yo llorando. Tranquila, voy despacio. Hasta que grité de dolor.

—Me duele mucho, Jaime, no puedo, ¡joder!

—¿Pero por qué te duele tanto?

Papá se enfadaba cuando tenía tos, ¿por qué tienes tos? Nunca entendí esa pregunta, ¿por qué se tiene tos? Papá, que había sido padre por tercera vez con cuarenta y siete años, papá que tenía una hija adolescente a sus sesenta años, me preguntaba ¿por qué tienes esa tos? Me decía uy, no me gusta nada esa tos, ¿eh? Y yo me aguantaba la risa y la tos para no escupir los Frosties. Papá me preguntaba de dónde salía esa tos porque no se atrevía a preguntar nena, ¿tú fumas? Nena, ¿te voy a tener que castigar cien años sin salir porque estás fumando a escondidas y por eso tienes esa tos del demonio que no me gusta nada? Yo nunca fumé en mi vida, pero papá nunca lo supo porque papá nunca me lo preguntó.

—¿No será una enfermedad de transmisión sexual? —Jaime se quitó de encima.

—¿Qué dices, Jaime? ¿A qué coño viene eso?

—Pues ya me dirás qué te pasa. Te vas de fin de semana y vuelves con dolor ahí, no sé.

Quería enfadarme pero solo podía sentir los labios ardiendo. Dos horas después, un médico de urgencias me decía tú tranquila y echa el culito para delante, y se ajustaba los guantes y me quitaba un quiste.

Durante los primeros días Jaime no fue a trabajar, me compró antibióticos, chocolates, geles íntimos, un pijama de mi talla y una lamparita para leer en la cama. Me preparaba los desayunos, las comidas y las cenas y me daba yogures siempre en bol, nunca en el envase. ¿Te vas a comer todo eso? Y me besaba la barriga y las caderas. Veíamos las series que yo decía, las películas que yo quería y, durante una semana, dejó de sonar la música clásica y el jazz en casa y solo se escuchó lo que me apetecía a mí.

En una de sus noches de cuidados pidió comida china para los dos. Ven, prueba de mi bao. Le di un mordisco. Sentí la carne desmenuzándose entre mis muelas. Sentí una textura que hacía años había olvidado. Estaba masticando nervios y músculos. ¿Esto es carne? Se rio. Los antibióticos te están destrozando, mi amor, necesitas proteínas, tienes la cara chupada. No sabía qué hacer con ese trozo de animal en la boca, lo tragué y corrí al baño. No tuve que hacer nada,

ni siquiera llegué al váter, me apoyé en el lavabo y lo vomité del asco. Quise enfadarme, lo intenté, pero dijo que su amigo, el médico, había visto mi analítica y que tenía una anemia muy preocupante. No quiero tenerte que ingresar, cariño. Me acordé de aquella habitación del hospital, del gel hidroalcohólico clavado a la pared, de la televisión de pago, de la silla rota para el acompañante, de mi padre intentando quitarse las vías, llorando, preguntando por mi madre, de mis hermanos vacíos de tanto dolor y de un miedo que fue más grande que el miedo a la muerte. El miedo al dolor de los demás.

De la mesa colgaban los mismos milímetros de mantel por los cuatro lados, copas en lugar de vasos, servilletas de tela y no de papel de cocina, música, no tele, la receta de los fettuccine con salsa alfredo vegana, no el yakisoba de bote que comíamos más de lo que podíamos reconocer. Todo lo que estaba aprendiendo de Jaime, yo se lo regalaba a Diana las pocas veces que nos veíamos. Jaime torció el gesto. Te voy a echar de menos, dijo. Son solo unas horas, tonto. Pues aprovecho para cenar con unos clientes, dijo.

Estaba todo listo cuando llegó Diana oliendo y sonando a Diana, ¡Marinador, buenos ojos te vean!, soltó el bolso sobre el sofá y fue a su habitación a ponerse el pijama. Diana no soporta llevar ropa de calle en casa, en cambio, yo me quedo con la ropa puesta hasta la hora de meterme en la cama, como anticipándome a una llamada, a una ambulancia, a un trasplante urgente. Diana se reía de mí cada vez que me veía tirada en el sofá con los vaqueros, el jersey y las zapatillas pisando la alfombra. Creo que le molestaba, que le parecía antihigiénico, pero aun así yo no me cambiaba. Intento pensar si alguien más de mi familia no se quita la ropa hasta la hora de dormir. Mi padre se ponía el pijama. Mi madre no. Mi hermano sí se ponía el pijama. Mi hermana no. Diana se sentó a la mesa con su pijama verde con una muñequita en el pecho que sujetaba una cesta llena de manzanas. Nuestro mantel era de lino, porque lo compré yo. Si lo hubiese comprado Diana, sería un hule porque se ensucia menos. Ella es práctica. Yo más abstraída, me solía decir Diana. ¿Abstraída de qué? Abstraída de la realidad, decía, de las cosas feas.

Diana observó la mesa e intentó no reírse.

—¿Y esta elegancia? —acarició el mantel aguantando la risa.

—No sé, me apetecía. ¿Te gusta?

—Uy, con copa y todo —la alzó para ver la marca—. ¿Es nuestro aniversario?

—Eres tonta.

Le serví una copa del quinto vino más caro del supermercado. Un ribera, porque a ella le gusta el tinto. Fui a por la pasta y volví con la pimienta negra y el cebollino golpeándonos la nariz. Sonrió.

—Voy a por sal.

—Pero si aún no la probaste.

—Voy a por sal.

Diana se manchó el mentón, la nariz, el pijama. Le saqué una foto y se la mandé a Andrea. Ninguna notificación. Coloqué el teléfono boca abajo. Saber que Jaime no me estaba esperando en casa me relajaba y me permitía disfrutar más de la cena. Comer animales delante de Jaime, y vomitarlos después, ya se había vuelto una costumbre. Pero con Diana podía volver a ser vegana durante unos minutos. Ella ya había acabado y yo todavía mareaba los nidos de espaguetis, no lograba olvidar el trozo de carne en el bao de Jaime.

—Por cierto, Dani está buscando piso en Pontevedra mientras prepara unos exámenes.

Dani era amigo de los amigos de Diana. Pero no tanto de Diana. Y mucho menos mío.

—No le compensa alquilar nada porque será muy poco tiempo. —Se sirvió otra copa de vino—. Cree que dos meses, como mucho.

En las últimas fiestas a las que fui, Dani se me acercaba al oído y me preguntaba si podía beber alcohol estando casi casada. Me agarraba de un brazo y me decía que cómo era vivir con alguien de la edad de sus padres. Apoyaba su mano en mi espalda y se reía diciéndome que había estudiado con su hija en el mismo instituto, que está muy buena, ¿te llama madrastra?

—Había pensado en que, como tú nunca estás aquí, podía utilizar tu habitación durante esas semanas.

Dani se atrevía a reírse de mí y de mi relación con Jaime y supe que no era el único, pero sí el que lo hacía a la cara. Yo ni siquiera disimulaba que me molestaba, pero a él no le importaban mis caras de asco ni que me diese la vuelta y me acercase a cualquier otra persona,

deseando irme a casa de Jaime, abrazarlo bajo el edredón y no verlos nunca más.

—Él no estaría aquí durante el día, estudia en la biblioteca, así que tú podrías seguir viniendo cuando quieras. Solo usaría tu habitación para dormir. Si te parece bien, claro.

Mi habitación, llena de fotos de Jaime, con mi ropa, con mis sábanas, con mi olor. Con mi baño con mis cuchillas de afeitar, con mi acondicionador antiencrespamiento, con mi toalla de mano con mis iniciales bordadas por mamá. Con mi alfombra de baño con una gota de sangre seca de regla que nunca logré quitar.

—Pues no sé, es un poco raro, ¿no?

—No sé, nunca vienes a dormir. Es por hacerle un favor y aprovechar esa cama.

—¿Pero Dani? ¿Te llevas tan bien con él como para vivir juntos? —Diana levantó los hombros—. ¿Y pagaría algo?

—No lo había pensado, como tú nunca... Pero podría pagar la mitad de tu parte. —Diana buscaba mis ojos pero yo los escondía en los restos de fettuccini de mi plato.

Di la vuelta al móvil. Ninguna notificación. Todavía eran las once de la noche. Me parece una idea de mierda, Diana, una puta idea de mierda. Yo quería vivir sola, yo estoy pagando mi parte, yo quiero tener un plan b, un sitio en el que siempre tener algunas de mis cosas. Y si el imbécil ese busca habitación, que busque una libre, ¿por qué tengo que pagar la mía y dársela a él? ¿Qué chorrada es esa? ¿A qué viene? Me encantaría haberle dicho eso, pero dije:

—Me tengo que ir, me está esperando Jaime.

—¿Ya? Bueno, tú piénsatelo estos días y me dices.

Salí a la calle con Frida y empecé a caminar sin saber muy bien qué hacer. ¿Qué le importa que no duerma ahí nunca? ¿Cómo que dejarle a Dani mi cama durante meses para que estudie? ¿Por qué tengo que pagarle yo el alquiler a nadie? ¡Y menos a ese! Me acerqué a la casa de Jaime, timbré pero todavía no estaba. No le escribí. Busqué las llaves en el abrigo, nunca había entrado en su casa sin él. ¡La mitad de mi parte! No entiendo nada. ¿Es por Jaime? ¿Tanto le molesta que vaya en serio con él? ¿Estaba celosa? Tres horas después llegó Jaime, me había quedado dormida en el sofá, con Frida en mis brazos y el rímel

corrido de la rabia, de Diana, de Dani, del cansancio, de enfadarme tanto y no poder decirlo nunca. Cariño, ¿qué ha pasado? Y me levantó y me abrazó y, al oler su cuello, sentí que ya estaba todo bien. Iba a estar todo bien. Con él nadie me podría hacer daño, me sentí en casa y le dije te quiero te quiero te quiero y él sonrió y me dijo cariño y yo a ti pero qué coño ha pasado. Y esa noche, desde la cama de Jaime, escribí a Diana y le dije que Dani, o quien fuera, podía quedarse en mi habitación y pagar toda mi parte. Va a usar mi armario, escribí, y mi baño, y supongo que tendrá que desayunar y comer, escribí también. Puede quedarse, yo la semana que viene recojo todo lo mío. Enviado.

Tía, pero no hace falta que recojas tus cosas, le digo que pague tu parte pero tú ven igual

Deja aquí algunas cosas si quieres

No quise.

No estaba triste, estaba enfadada porque Diana había preferido a otra persona antes que a mí. Porque prefería vivir con Dani que vivir sin mí. Y porque creía que solo era yo, y no ella, la que cada vez tenía menos ganas de que estuviésemos juntas y porque era a mí a quien ya no le gustaban sus planes y era a mí a quien ya no le hacían gracia las bromas de sus amigos y porque era yo la que ya no quería comer siempre yakisoba, falafel y ruffles. Estaba enfadada porque Diana solo había pensado en ella, o en ella y en Dani, pero no había pensado en mí. Pero triste no estaba. Se lo conté todo a Jaime, acurrucada con él en la cama:

—O sea, que te ha echado. Ha tenido los cojones de echarte de vuestro piso. Pagaste cada mes, cada factura, compraste sillas nuevas, qué más le da dónde duermas, te ha echado, directamente, y que te jodan.

Me miró con los ojos llenos, me abrazó fuerte como para que no desapareciera, me agarró la cara con las dos manos:

—Te vienes a vivir conmigo.

Jaime me ayudó con la mudanza. Estaba entusiasmado. Guardó los vinilos en tuppers enormes para que no se estropeasen.

—Menuda amiga, que te deja tirada para vivir con un tío.

Envolvió mis sartenes con protectores de fieltro.

—¿Y dices que os conocéis desde primaria? Yo es que alucino.

La alfombra, la ropa, las fotos. Sus fotos.

—¿No podemos dejarle la alfombra a Diana?

—No, la alfombra te la regalé a ti, no a ella, que se compre una. No le voy a regalar nada a la que te dejó de patitas en la calle. Que se la compre su rollito.

Y dejamos a Diana sin alfombra, sin sillas y con una planta muriéndose en el salón.

Tengo: una perra, un novio, una madre, dos hermanos y un padre muerto.

Esto es como las lentejas, o las comes o las dejas. Eso me dijo mi madre cuando la llamé llorando después de darle a Diana las llaves del que ya no era nuestro piso, era el piso de Diana y Dani.

—Pero mamá.

—Nena, o hablas con ella o lo dejas pasar. Pero deja de llorar, o chorar todo son mocos.

Supongo que mamá tenía razón, no servía de nada llorar. Y Jaime tenía razón, Diana no era ni tan buena ni tan amiga.

Salvo por mi enfado con ella, instalarme en el piso de Jaime fue genial. Tener todas mis cosas juntas y no ir de un piso al otro a buscar ropa, libros o comida para Frida me alivió. Jaime despejó una de las habitaciones y la convirtió en un vestidor para mí. A Frida le compró una cama, aunque, cada vez que estábamos juntos en el sofá, Frida le gruñía y se acurrucaba entre mis piernas. Está celosa, decíamos, y nos besábamos como padres primerizos. Me regaló un tocadiscos y encargó un mueble a medida para mis vinilos. Si le decía que quería investigar un rato para escribir un artículo, me despejaba una de las enormes mesas de su casa y me regalaba la mejor libreta y el mejor lápiz, serás una gran periodista, decía. Si quería leer, encendía una de las chimeneas y todas las velas que recorrían el suelo del pasillo. Si me apetecía un brownie, no importaba lo cansado que estuviese, esa noche toda la casa olía a bizcocho. Ya no sabía cuándo lo que me daba llevaba huevos o leche, pero cuando más lo necesité, me cogió de la mano muy fuerte y me llevó cada viernes a mi restaurante favorito en Compostela y cada sábado a pasear por Oporto. Me quería con tanta fuerza que a mí me daba la risa y no me daba tiempo a escribir ni a ver películas ni a escuchar música porque todo era amor amor amor y planes para alargar el amor. Y yo me decía que ojalá no sea verdad eso de que solo existimos cuando el amor nos mira. Pero

también me decía yo es verdad, es verdad porque siempre me duele la cara de reír y mira cómo se me llenan los bolsillos de sopa cuando me siento a comer en la mesa larga de mi madre, la buena, la que está en el salón y no en la cocina, y él tiene la atención y el cariño de todos. Yo seguía sus pasos agarrada fuerte a su brazo y pensaba que qué felicidad más tonta, qué suerte. Menos cuando decía algo que no le gustaba, entonces parecía que se olvidaba de quererme y yo pensaba más en mi padre y en mí.

Desde que vivíamos juntos, me acostumbré a salir corriendo de mi oficina, dar un paseo rápido a Frida, coger a prisa el próximo tren a Santiago y ayudar a Jaime. Las pocas horas libres que me quedaban después de trabajar, las ocupaba en él y su trabajo. Lo perseguía con la lengua fuera de un lado a otro. No podía hacer mucho, no cargaba cosas pesadas ni tenía carnet de conducir, pero le gustaba que estuviese ahí, cerca de él. Cuando dejábamos un sitio listo y llegaban los clientes, Jaime me apretaba la mano como si fuese una pata de conejo que le daba suerte.

—Me escribió un chico que va a abrir una agencia de marketing y quiere entrevistarme. Leyó mis artículos y le gusta lo que hago.

—¿Qué es lo que le gusta?

—Pues mi frescura, las referencias que meto, no sé, lo que hago.

—Vamos a ver, ¿y no prefieres centrarte en tu proyecto? —Jaime bajó la temperatura del coche, hacía frío.

—Para eso necesito ahorros. Además, me dijiste que no tenía sentido hacerme autónoma todavía.

—Un día quieres dejar tu trabajo y montar algo serio por tu cuenta y otro, quieres seguir aceptando trabajos en agencias de mierda. De verdad que no te entiendo.

No dije nada.

—Además, ya te dije que te voy a ayudar yo con el dinero. Pero todavía tienes mucho que mejorar, se nota en tus frases que no tienes mucha experiencia, que quieres destacar con comparaciones fáciles. —Aceleró un poco el coche—. Cuando tenga menos trabajo te ayudo, te lo prometo. Contrato a alguien para que te haga una web y lo que haga falta.

Siguió hablando de los halagos que recibió por el jardín artificial que montó en un salón privado, de nuevos contactos, de moquetas, del tejido de las sillas. Y yo sonreía, sonreía mientras releía el mail del chico para deshacerme de las palabras de Jaime y volver a sentir que lo que hacía era bueno.

Tuve mi primer blog con catorce años. Traducía y analizaba letras de canciones y discutía a través de los comentarios con treintañeros puristas del indie. Fui la primera de mi familia que consiguió una beca. Me conocían en la única sala de conciertos que había en Pontevedra, desde los quince me dejaban entrar gratis y sin tutor legal. Supongo que les daba ternura que fuese a todos los conciertos sola. O pena. Era la única en la facultad que iba a las grabaciones del programa de radio sobre indie latinoamericano. Pero ahora. Ahora me estaba quedando atrás. Empezaba a leer libros de autoras de mi mismo año. Los integrantes de los nuevos grupos que escuchaba eran más jóvenes que yo. Diana ya no heredaba los coches de sus padres, se había comprado uno nuevo y yo no tenía ni carnet. Me quedaba atrás y no sabía ni en qué. Ya no era la más lista de la familia, ya no era tan pequeña ni tan graciosa, ya no celebraban mis ocurrencias, mis diplomas, mis muecas. Ahora esperaban de mí que siempre fuera la que aspiraba los mocos con fuerza pero sin llorar. La que no se enteraba de nada, ¿se enteró? No, no estaba. Porque nunca estaba. No estaba cuando mi hermana anunció que se quería divorciar, ni cuando mi hermano tuvo el accidente de coche, ni cuando la tía Amparo apareció con el delantal salpicado de sangre y un ojo morado. Se esperaba de mí que fuera la que timbraba algún que otro domingo. La que abría la puerta de casa y aparecía con una matrícula de honor. La que abría la puerta de casa y tenía la cabeza rapada. La que volvía con una mochila, con otra ruptura, con una perra. La que abría la puerta de casa y se iba. Otra vez. A dónde. Quería romper la tradición silenciosa que había en mi casa, una que decía que era mejor que todos estuviésemos cerca y aburridos que lejos unos de otros. Que a ninguno nos gustaba vivir en esa villa, pero era nuestra villa. Que me pagaron una carrera, un alquiler y un máster para ganar mil euros al mes y no pasaba nada. Que papá murió y mejor no hablar de él. Hoy no. Mañana, ya veremos. Mañana tampoco.

—Creo que voy a aceptar el trabajo. Tiene peor horario así que no podré seguir viniendo a Compostela, pero total apenas te ayudo y tú siempre estás pendiente de tus clientas y yo tengo que ponerme en una esquina y esperar hasta que te despidas.

El primer grito que se rompió dentro del coche estalló sin avisar. Sin un intento de explicación ni una mirada amarga. Comenzó a acelerar el coche, tanto que me tuve que agarrar a mi puerta. Después no oí nada, solo un pitido, y niebla, mucha niebla. Un portazo que hizo temblar el coche. Me quitó el teléfono de las manos y lo reventó contra el suelo del garaje. Empezó a caminar y lo seguí.

—No voy a casa, así que deja de seguirme.

—¡Pero si no te dije nada! ¿Por qué me rompiste el puto móvil? ¿Estás loco?

—¡Que te vayas!

Un señor paseaba a su perro sin quitarnos los ojos de encima. Solo pensaba en no llorar y en decir algunas palabras que se me iban cayendo de la boca: perdón, lo siento, olvídalo, tienes razón, vámonos, nos van a oír. Y las de él: desagradecida, eres una cría, qué te crees, solo quiero ayudarte, ¿es tanto pedir? Mi cuerpo se agrietaba y no podía seguirle el ritmo. Entré sola en casa. No me fui. No cogí un taxi para volver a Beiramar. No fui a buscar a Diana. Fui a su casa y me arrodillé para acariciar a Frida y llorar y hurgar hurgar hurgar para intentar entender qué había pasado, cuáles habían sido las frases, los gestos, los movimientos que le habían hecho estallar.

Supe que Jaime llegó por los gruñidos de Frida. Yo aún estaba despierta, en la cama, y me puso una caja sobre los muslos. Era un teléfono. El último modelo de iPhone. Nunca había tenido uno, pero no quería dejar de estar enfadada. O triste.

—¿No te gusta? Creía que te haría ilusión tener este teléfono, ¡es el nuevo!

Estaba tan rota que no tenía fuerzas para crujir ni un poco más. Dije lo siento, dije me gusta mucho, dije me vendrá muy bien para el trabajo. Sus enfados eran tan fuertes que rompían los míos. Dije de verdad, muchas gracias, no tenías por qué.

—Marina, ¿tú me quieres?

Los riñones me hirvieron de golpe. ¿Que si te quiero? Claro que te quiero. Te quiero porque yo me aburría mucho antes. Te quiero porque siempre quise un amor urgente que. Te quiero porque me gusta nuestra casa. Porque me cuidas. Te quiero porque no me imagino sin ti. Te quiero con miedo, a veces.

No dije nada.

Creo.

Al día siguiente, se cumplió un año de la muerte de papá, mamá seguía diciendo que no estaba, como si se hubiese ido un momento. ¿Quieres hablar con él? Un momentito, que bajó a por el periódico. ¿Renovar su cuota de la Cruz Roja? Sí, claro, si es socio desde hace treinta años. ¿Un destornillador? Ahora mismo. Pero era mamá la que hablaba, era mamá la que pagaba las cuotas y era mamá la que prestaba sus herramientas. A papá, en un año, no le había dado tiempo a convencernos de su muerte, y yo, en ese mismo año, me había enamorado, me había enfadado con mi mejor amiga y me había mudado a la casa más bonita que había visto nunca. Tantas cosas y papá muerto en todas.

Para el cabo de año no me pinté el eyeliner, me recogí el pelo en una coleta alta y me puse unos vaqueros negros, un jersey de punto negro y unos oxford negros. Yo era la bola de pimienta que mi madre nunca quiso ser. Yo no quería ir, mamá no quería ir, nadie quería ir. Pero estas cosas hay que hacerlas, tus tías dicen que cómo no lo vamos a hacer. Y fui. Fuimos. Y Jaime se puso una americana, me ajustó bien la coleta y no me soltó.

La iglesia de Beiramar es como Beiramar, fea, con la misma gente de siempre y gris, pero no gris el color, gris la humedad que te llena la nariz y te da náuseas. Ese gris. Y en la misa, todos estábamos grises porque a mí me había muerto mi padre, pero a mi madre le había muerto su marido y a mis tías su hermano pequeño y a esos señores de atrás su amigo y su socio. Todavía no sabíamos qué hacer con su ropa ni qué nos queríamos quedar cada uno. Me concentraba con fuerza en todo lo que había en su armario, lo tocaba, lo olía, lo recordaba con esas camisas, esos trajes. Los pantalones de pana. Tocar. Oler. Recordar. Para que me doliese mucho cuando ya no estuviese más toda esa ropa en casa, para poder describir una, cinco, cien, mil veces

cómo era cuando la tenía, cuando estaba vivo, cuando papá era el que me iba a buscar a la estación o el que me compraba las galletas de cinco en cinco cajas, cuando a papá lo podía llamar y él me podía contestar. Para llevarme la pena entera a donde fuese y hundirme con ella, porque si no había pena, ¿qué me quedaría de papá? ¿El maletín? ¿Las enciclopedias? ¿El galán de noche que llevamos al trastero y del trastero a la casa del comprador de Wallapop? Y ya estábamos otra vez en los mismos bancos de madera, celebrando, ¿celebrando? un año de muerto. Felicidades, papá, llevas un año muerto.

Al salir de la iglesia, nos estábamos despidiendo todos de todos cuando Jaime invitó a mi familia a que se acercaran a casa a pasar un rato. Aún no conocéis nuestra casa. Dijo nuestra. Tenemos unas vistas a la ciudad increíbles. Dijo tenemos. Nos repartimos en dos coches porque todos aceptaron la invitación. Cuando llegaron, vi en sus caras mi cara la noche que fue sábado y entré. La casa olía a mantequilla y a frambuesas derretidas. Este es el salón, comenzó, y se encontraron con el sofá rojo, las contras abiertas a una ciudad de noche, las estanterías horizontales llenas de libros, la chimenea de bioetanol, la mesa de centro, que era una caja en la que se transportaban cuadros, pero con ruedas y cubierta de copas de vino, aceitunas, frutos rojos, mermelada, una tabla de quesos, nueces, muchos panes con muchas semillas. No entendía cómo había preparado todo eso si se había ido conmigo, lo miré y me sonrió, lo quería tanto que no necesitaba entenderlo. Conectando con el salón, una sala enorme que utilizábamos como oficina, con dos balcones más a la misma calle. Una mesa larga con más de doce sillas. Los hizo avanzar por el pasillo, a la derecha, mi vestidor, más grande que la habitación que compartía con mi hermana en la casa de mamá y de papá. A la izquierda, la biblioteca. Mi hermana me miró de reojo, estaba orgullosa del sitio en el que vivía o del novio que tenía. Venid, venid conmigo. A la derecha, la habitación de Jimena. Abrió la puerta y todos pudieron ver su edredón de osos panda, su peluche, su colección de frascos de colonia.

—Ay, cuánto la tienes que echar de menos —dijo mi madre—. Tu única niña tan lejos de casa.

—Bueno, Madrid queda a dos pasos —me apuré a decir sonriendo a Jaime.

—Por suerte, se vuelve en un par de semanas, ya se cansó de vivir allí.

—¡Anda! ¡Qué bien! ¡Qué alegría! Muy bien, muy bien —dijeron mi madre, mis hermanos, mis cuñadas.

Se me encogió la tierra de los ojos, no me había dicho nada antes. ¿Tenía que alegrarme? ¿Ahora seríamos una familia? ¿Pasaba de vivir con mi mejor amiga a vivir con otra chica de mi edad? Y, siguiendo un poco más, el baño. ¡Es rosa! Sí, es rosa. A la izquierda, el vestidor de Jaime. Mi hermano preguntó ¿puedo echar un ojo? Y mi hermano entró y contó todos los pares de Hoff. Más tarde, desde su casa, me enviaría un mensaje con la estimación en euros que hizo de todo el calzado de Jaime. Al final del pasillo, su habitación. Nuestra habitación, dijo. Y siguió con la cocina, con el comedor que nunca pisamos, con la galería que utilizaba la asistenta para planchar. Yo misma estaba impresionada. Esa casa a veces era una casa de muñecas y otra era un laberinto.

Cuando volvimos a la otra punta, al salón, mi familia estaba más fascinada que nunca con Jaime. Cenamos juntos, hablamos del nuevo bebé que estaba a punto de llegar a la familia, de Eurovisión, del trabajo de Jaime, de que yo no contestaba los mensajes de Diana. De papá, no hablamos.

Cuando nos despedimos en la puerta, mamá me abrazó contenta, ahora sabía que su hija estaba en un buen sitio con un buen novio y un buen padre.

No fue difícil odiar a la hija de mi novio. Su voz de sonajero, esa manía de entornar los ojos cuando hablaba mal de sus amigas, su cuerpo tan pequeño entre mis brazos cuando se empeñaba en abrazarme, la manera de masticar la carne haciendo el ruido de cien hojas secas, su olor a Nenuco y a pomelo abierto. Y si nos parecíamos en algo, si nos apetecía ver la misma película o pedir pizza o si ninguna de las dos entendíamos a su padre, también la odiaba. La odiaba la odiaba la odiaba. Odiaba que la casa ya no estuviese a nuestra disposición y que las manos y las lenguas tuvieran que esconderse en un solo cuarto, solo por la noche, por si acaso, solo si no está despierta, solo si no se dejó la puerta de la habitación abierta, solo si no le apetece ver una película con nosotros y se queda dormida en medio de los dos. Por si acaso. Odiaba que rompiese nuestras cosas: yo ya no iba todos los días a Compostela, ahora él volvía antes a casa para que, los dos, fuésemos a buscarla cada tarde a su trabajo. Odiaba que Jaime la tratase como si tuviese doce años y tener que ir a buscarla como si estuviese en la guardería. Odiaba que le hiciese tantos regalos como a mí. Odiaba las miradas de la gente cuando paseábamos los tres juntos y Jaime, en medio de las dos, nos ponía un brazo por los hombros a cada una. Odiaba que a él le gustase eso. Odiaba que a ninguno de los dos les pareciese raro. O mal.

Solo me permitía fingir que la quería cuando la necesitaba. Confabular contra Jaime y burlarnos de él nos ayudaba a ponerle límites. Cuando Jaime quería llevarnos otra vez a un sitio elegante y caro y nosotras queríamos pedir pizza con los bordes gorditos, nos convertíamos en la misma niña malcriada. Cuando Jaime pretendía comprarse una camiseta sin mangas o se hacía otro tatuaje sin sentido, éramos puro veneno. Cuando Jaime quería viajar escuchando otra vez a Erik Satie, desconfigurábamos la radio del coche y solo la

arreglábamos para poner cualquier otra cosa, aunque fuese lo que le gustaba a Jimena. Si se notaban mucho esos veinte años de diferencia entre él y nosotras, Jimena y yo quemábamos cualquier puente y lo dejábamos solo.

Y si era cariñosa, si me ofrecía su rímel o paseaba a Frida cuando yo salía tarde de la oficina, yo no le perdonaba lo chirriante, lo pijo, lo desastre. No era capaz. No quería quererla. Desde que había vuelto de Madrid, muchos de sus trastos seguían en mi vestidor y ni ella los quitaba de en medio ni Jaime pretendía decirle nada. Todas sus bolsas y maletas en mi espacio, que ya no era tan mío, y ella abriendo las cajas según la ropa que necesitase y lo demás tirado por el suelo, por en medio de mis cosas que ya olían a las suyas y mis vísceras ardían y los dientes me tiritaban de pura rabia. Si hubiese querido, tampoco habría sido capaz de quererla.

Jimena compartía sus tabletas de chocolate conmigo a cambio de hablarme de sus ex, de las ofertas de trabajo, de las noches en Sanxenxo y a mí todo eso me daba igual. Yo quería que me hablase de su madre.

Solo con Martín me atrevía a quejarme de ella. En las horas que pasaba en la oficina, a su lado, le contaba lo mucho que odiaba que escuchase la música tan alta cuando se iba a la ducha, que siempre cogía mi champú y mis cremas sin permiso, que Jaime la malcriaba. Martín nunca me callaba, pero se reía de mí. ¿No usáis los tres el mismo champú? Menuda familia pija. ¿Te hará un dibujo por el día de la madre? ¿Te estás celando de la hija de tu novio?

Tengo: una perra, un novio, una hijastra, una madre, dos hermanos y un padre muerto.

Algunas mañanas tenían restos de rímel en la almohada y susurros de Jaime que olían a café con agave. Qué guapa te despiertas, qué risueña, qué suerte despertarme a tu lado. Y una caricia que hace reír y una caricia que hace temblar y una caricia que muerde los labios. Y unos ojos, una lengua, una nariz correteando por los muslos, por el ombligo, por el pecho. Hasta que la última caricia vuelve cansada a la mejilla. ¿Salimos de la cama? Y salimos de la cama. ¿Compartimos ducha? Y compartimos ducha. Cuando las mañanas eran lentas y estaban así de llenas, era domingo. Cuando hasta los huesos de las caderas tenían las líneas de las sábanas, la raya del pelo estaba descolocada, los pechos salían por fuera de los tirantes de la camiseta y el edredón estaba pegajoso, era domingo. Y, los domingos, yo me aburría como una ostra.

Me aburría por las tardes, cuando el amor cambiaba y había que compartirlo con su hija. Por las mañanas paseábamos con Frida hasta la hora del vermú, él tomaba un vino rosado y yo uno blanco, mientras la gente salía de la misa de una él criticaba los outfits de los feligreses y yo sonreía sus crueldades. Era tan guapo. De vuelta a casa, una parada en la panadería donde la dependienta ya nos esperaba con media barra de pan de zanahoria y media de pan de chía. Los domingos cocinaba yo para los dos y Jaime cocinaba solo para su hija. A Jaime le gustaba probar mis recetas veganas, aunque insistía en hacerme comer cosas que yo detestaba. Me resultaba más fácil vomitarlas que decirle que no. A Jimena le ahorré mis platos después de algunas muecas de disgusto. Durante horas él preparaba pollo a la cerveza para Jimena, Jimena, que comía un zanco y tiraba el resto. Cada domingo por la noche casi un pollo entero a la basura. Por qué no cenas el pollo. Porque ya lo comí. Por qué no lo llevas mañana al trabajo en un tupper. Porque no me gusta la comida del día anterior. Y

entonces yo le decía a Jaime ¿por qué no compras solo un zanco? Y él no me sabía contestar, le bostezaban los ojos y se acurrucaba en mi pecho. Y yo quería decirle que yo sí lo sabía, yo sabía que cocinaba un pollo entero porque creía que tenía que ser padre y madre a la vez, yo quería decirle que preparaba las dos mitades del pollo como si tuviese las dos partes de una custodia compartida. Un pollo entero porque quería que supiésemos que la cuidaba tanto como para prepararle un pollo entero, un pollo entero con una cerveza metida por el culo y un pollo entero menos un zanco enterito a la basura. Mi plato estrella consistía en garbanzos con pimentón y calabaza. Y se rebañaba hasta la última gota de salsa.

Uno de esos domingos yo estaba cocinando sola, lejos de las conversaciones sobre la habitación sin ordenar, el ex que apareció en la discoteca, los datos del móvil agotados y los dúchate de una vez, Jime, corazón, por Dios. Me gustaba cocinar con un vídeo de Youtube en el móvil y disfrutar de mi breve brevísimo ritual: abrir el bote de garbanzos cocidos, comprobar que el bote de tomate frito de la nevera no tuviese moho, cortar la calabaza con sabor a chorizo y echarlo todo en una tartera con el fuego al nivel 4 hasta el chupchupchup.

Con el pollo en el horno y los garbanzos al fuego, solo quedaba sentarse a esperar entre uno y otro y con Frida en mis muslos.

—¡¿Pero esto qué es?! —Jimena hablaba como si masticara mil cascabeles.

—¿Qué pasó? —Mientras Jaime se lo preguntaba, Jimena ya me estaba acercando su móvil.

—¿Cómo dejas que publique esto?

Esto era un selfie de Jaime con los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia el cielo y la boca entreabierta, como si estuviera en éxtasis. Era horrible, tenía razón.

—Esto es para traumatizarse, Jaime —le enseñé la pantalla del móvil.

—¿Qué le pasa a esa foto? Estaba disfrutando del sol, de la luz, de la naturaleza. ¿Qué os pasa, os estáis aliando en mi contra? —se abalanzó sobre mí y me abrazó—. ¡Jime!, ve a sacar el pollo del horno, venga, sírvenos por una vez tú la comida, arrea. Y tú —me miró—, como no dejes de reírte, no te llevo al festival.

—Pues yo no te llevo al bautizo de mi sobrino.

—No lo lleves, está cada día peor. No sé por qué te gusta mi padre, Marina.

Jimena se colocó los calcetines por encima del pantalón del pijama de osos panda y se fue. Jimena fue caminando contenta, que era su única forma de caminar, y yo fui detrás de ella para encargarme de mis garbanzos. Jimena sacó la bandeja del horno con el pollo, pesaba, pesaba un pollo entero con una cerveza vertida en el culo. Joder, macho, cómo pesa esta mierda. Yo soplaba a una cuchara y probaba la salsa de los garbanzos. Quema-quema-quema. Corrió hacia la mesa de madera para apoyar la bandeja, quema-quema-quema, la soltó y agitó las manos intentando quitarse de encima el calor. Se me hizo una bola en el estómago. Escuché a Jaime por el pasillo. Quise decirle, Jimena, corre, levanta la bandeja de ahí, Jimena, apura, que vas a quemar esa mesa de madera tan cara que tu pa y los gritos de Jaime cayeron por toda la cocina. ¡Pero qué coño haces, Jimena! Y la bandeja del horno volando en sus manos y por encima de nuestras cabezas para acabar apoyada en la vitrocerámica. ¡Pero a ti qué coño te pasa por la cabeza, joder! Lo siento. ¡Es que pareces tonta, joder! ¿Tú no ves que la mesa es de madera? Te he dicho que perdón, papá. Los ojos de Jimena eran agua. Los garbanzos ya hacían chupchupchup. Mis ojos también. La voz de Jaime era de piedra. Su cuello estaba rojo, sus venas le rasgaban la frente y el cuello. Yo ya no veía la cuchara. Chupchupchup. Frida se pegó a mis piernas con el rabo escondido.

—¡Todo el puto día preparando el pollo y la niña no es capaz de hacer nada bien! ¡Es que no me lo puedo creer!

Jimena rompió a llorar.

—¡Parece que hay que dártelo todo hecho! —Jaime pasaba la mano por encima de la madera—. ¡Todo gira en torno a ti! ¿No te das cuenta?

Empecé a recordar cada trozo de carne que estuve masticando porque me tienes realmente preocupado, Marina, porque te quiero y no quiero verte ingresada algún día por anemia, porque si no no me sigues el ritmo en la cama, pequeñaja, porque muchos de los restaurantes a los que me gustaría llevarte no tienen opciones para ti,

y yo quiero llevarte al fin del mundo y presumir de la mujer de mi vida, porque eres la mujer de mi vida, lo sabes, ¿lo sabes? Seguí plantada frente a los garbanzos hasta que se quemaron, pero los comí igual para llenar la boca y no llorar. No hice nada más. Los gritos se quedaron pegados a los azulejos durante días enteros. Rompió un plato. Quizá dos. No reaccioné. No protegí a Jimena. No dije de qué coño vas, Jaime. Me quedé mirando cómo los garbanzos se pegaban a la tartera con los ojos llenos. ¿De dónde salía ese Jaime que gritaba? ¿Cuánta distancia había entre mi Jaime y ese Jaime que se fue dando un portazo y que me dejó al otro lado de la casa con su hija llorando y un pollo frío?

Jimena se fue a su habitación y yo salí a la calle con Frida, dejé a Jimena llorando en su cama para poder llorar yo en el descansillo del edificio. Por la calle, me temblaban las piernas, me temblaba Jimena en la garganta. Quería pensar si trata así a su hija, ¿cómo me podrá tratar a mí? Pero Jaime me adoraba me quería me despertaba todas las mañanas con los ojos como plumas. Si trata así a su hija, a mí no. Quería pensar ¿si estuviese Diana en esa cocina? ¿Si ahora la llamase y se lo contase?

Diana siempre me compraba gominolas cuando tenía un mal día en la universidad, hasta que nos dimos cuenta de que la universidad era siempre un mal día. Llené dos bolsas enteras de chuches. Fresas, ladrillos, sandías, dentaduras. Volví a casa, puse una peli de Julia Roberts, coloqué las bolsas de chuches en nuestros sitios del sofá y fui a por Jimena a su habitación. Le aparté el pelo de las mejillas mojadas, no pasa nada, ya se le pasará, no lo hiciste a propósito. Le pasé un dedo por la cara para recogerle las lágrimas, ya sabes cómo es tu padre, está siempre agobiado con el trabajo. Me daba vergüenza tocarla, casi me dolía ese contacto físico, pero me dolía más tener tanta tristeza dentro de casa. Venga, levántate y ven conmigo. Se secó las lágrimas con las mangas, se hizo un moño con un coletero en espiral que me encantaba y fue conmigo al sofá. Me preguntó mezclando la risa y el hipo si podíamos ver una peli de Julia Roberts. Le señalé la pantalla. Se rio. Eres la mejor madrastra, dijo. Podríamos ser hermanas, pensé. Si no le dices nada a tu padre, podemos dejar que Frida se suba al sofá.

Compartimos gominolas, una manta, una Coca-Cola y un miedo que para mí era nuevo. ¿Si hubiésemos sido hermanas la habría querido más que ahora? No pude prestar atención a la película. Jaime me escribió: te quiero mucho, necesitaba salir un poco de casa, siento haberme ido así. Repasaba la escena de principio a fin, me paraba cuando él entraba en la cocina, intentaba entenderlo. No reaccioné. No le dije de qué coño vas, Jaime. No me fui. A mí no me hizo nada. Es verdad que le hemos dicho veinte veces a Jimena que no apoye nada en la mesa. Eso es verdad.

Por la tarde, Jaime llegó como llegaba a las citas con sus clientes: rozando la euforia, atractivo, con todo el cuerpo alegre, con su olor a madera cara. Nosotras tres seguíamos en el sofá, bajo la manta, con los ojos hinchados y hormiguitas de azúcar por la boca. Sonrió, se le llenó la cara de felicidad, dijo qué tres perras, y nos reímos muchísimo, tanto, que casi lloramos de nuevo, y nos besó las frentes. Le dije ¿dónde estabas? Y nos sacó una foto. Le dije: te perdonamos si borras esa foto horrible. ¿Cuál, la que os acabo de sacar? Y Jime se volvió a reír y yo pensé, por un segundo, si ese domingo había sido un juego para que yo empezase a llamar a Jimena, Jime.

Todo empezó esa misma noche, con el vestido blush de malla con flores bordadas que colgaba de la puerta de mi vestidor. No rosa ni pastel, blush. Estaba listo para que lo estrenase al día siguiente, en el bautizo de mi segundo sobrino. Te queda un poco raro, ¿no, cariño?

Te queda un poco raro. Esa frase se convirtió en un mantra. Me lo probé otra vez. Me miré en el espejo gigante de la entrada. El vestido no me quedaba bien, me quedaba grande como todo lo que me regalaba. Pero adoraba a Jaime. Jaime me quería con todos sus dedos y pasaba por mi piel con filamentos ásperos que sabían dónde tocar y dónde limpiar. A veces pegaba sus labios a los míos y me decía muchas cosas, todas bonitas. Yo no decía nada, solo cerraba los ojos e intentaba alargar el tiempo. Me mordía la carne de las caderas y yo me quedaba sin fuerzas y, aunque debajo de él estaba dispuesta a olvidar mi cuerpo, si Jaime me decía estás preciosa, yo entendía que tenía que mejorar. Si con sus dientes retorcía la carne de mis muslos, yo esa noche no cenaba con pan.

Quedaban apenas doce horas para el bautizo y no sabía qué hacer con este cuerpo torpe. En la Súper Pop leímos que Beyoncé solo comía tomate y que Christina Aguilera seguía la dieta de los siete colores. Lo leíamos comiendo Jumpers. No había tiempo para hacer las cosas bien. Hasta ahora, solo había echado los animales muertos que me daba Jaime, ahora necesitaba hacerlo siempre para que mi cuerpo no me estorbara.

El baño era rosa, no como mi vestido de malla con flores bordadas. Me arrodillé frente al váter, también rosa, como las yemas de mis dedos. Primero, el dedo índice hasta la campanilla. Pero no pasaba nada. Solo caían hilos de babas que recorrían mi mano derecha. Mejor el índice y el corazón. Adentro. Adentro. Más adentro. Me atraganté. Afuera. Vomitar carne era fácil, me salía solo del puro asco, pero

echar la ensalada de la cena no parecía tan sencillo. Me sequé los dedos con papel higiénico. El papel del mismo color del baño, del váter y de mi vestido si el vestido fuese rosa y no blush. Ahora tengo las yemas secas y con el aroma de este papel caro. Los mojo con mi propia saliva para que se deslicen mejor. Adentro. Frida me mira desde la puerta. Adentro. Nada de vómito. Más adentro. Afuera. Las yemas arrugadas arrugaditas como en los veranos en la piscina de mis primos los de Portonovo donde mamá me enseñó a nadar o a no morir ahogada y mis dedos se arrugaban de puro reír. Adentro. Dos dedos cada vez más adentro, buscando arrancar de mi tripa las hojas de lechuga, el tomate, las nueces, hasta los garbanzos quemados de la comida. Afuera. Tengo el cuello empapado de babas y de lágrimas. Pero no vomito. Frida me mira tumbada en la alfombrilla a los pies de la bañera. Busco en google, por primera vez:

cómo vomitar a propósito cuando te encuentras mal

Tenía toda la noche para intentarlo. Jimena estaba con sus amigas. Jaime llevando a su clienta habitual al aeropuerto. Al parecer, ella siempre vestía perfecta. Yo no. Había días que me veía delante del espejo y me besaba y me acariciaba con manos de lenguas de volcán. Otros, notaba el frío de sus ojos ascendiendo por mi cuerpo y me decía ¿vas a salir así, cariño? Está bien. Y me daba un besito en la frente.

Adentro. Adentro. Más adentro. Treinta minutos después, por fin vomito. Me sale por la boca y por la nariz. Frida se asusta, se levanta, pega su cara a la mía, intenta lamerme las comisuras. Lloro. Lloro. Lloro. Mi cuerpo está rígido y frío como el llamador dorado de la casa de la abuela. El ritual consistía en llamar tres veces y que la abuela saliese con una bolsa llena de palotes de fresa. Toc toc toc. ¡Abuela, adivina quién soy! Y la abuela con la toca de lana negra abría la puerta y tenía un puñado de palotes y un poco de alzhéimer. La boca me sabe salada y ácida. Me miro la mano derecha, está llena de saliva caliente, de hilos de hojas verdes y de espasmos. Me doy asco, pero mi cuerpo se está relajando. Se me caen los mocos. Es la primera vez que me rompo el estómago así. Sé que no está bien. No soy una niña, en

qué mierda estoy pensando. Cómo pude llegar a esto. Por qué estoy así, si soy feliz, si vivo en la casa más bonita del mundo, si tengo trabajo, si estudié lo que quise, si mi hermana me habló de Silvia Federici, de Angela Davis, de Judith Butler, de Beatriz Suárez Briones. Estoy agotada.

Era verdad eso que me dijo Matías en primero de carrera, sentados en el banco del árbol de los enamorados de la alameda de Compostela. Eso de que cambiar de escenario no hace que los problemas desaparezcan. Los mueves de sitio, los paseas por parques diferentes, los llevas a otras terrazas, los enredas en tu coletero. Miradas nuevas, sonrisas nuevas, librerías nuevas, películas nuevas. El corazón late diferente y se nota desde fuera. Siempre parece que la temperatura es muy agradable y si llueve no pasa nada. Pero ahí están los problemas, abrasándote la sangre. El alzhéimer de tu abuela, la hepatitis de tu padre, la segunda convocatoria de Lógica II. Y, de repente, ese camino que tanto te gustaba se convierte en un laberinto y las piernas apenas llegan a casa y un lunar de sangre en cada tobillo y un géiser de dolor en cada sien. Tenía razón Matías. Los problemas han llegado hasta aquí también. No respetaron los cuarenta metros cuadrados sin mampara ni lavadora por cuatrocientos cincuenta euros al mes de Santiago, les dio igual que me fuese a Madrid o a una pedanía de Huelva. Da igual que ahora me esté echando crema hidratante en los nudillos para evitar futuras cicatrices, como recomiendan en un foro. Entérate, a los problemas solo les importa morderte las sienes. Yo le dije a Matías que de eso nada, que yo sería feliz en cuanto estuviese muy lejos de casa. Y Matías se enamoró de mí y yo preferí que no y me dijo pues que sepas que no eres tan inteligente como para tener tantas migrañas.

Y romperme el estómago fue lo más fácil. Porque los problemas me encontraron también cuando volví a Pontevedra, dieron conmigo hecha una bola en el sofá de la casa de mis sueños y aparecieron en forma de agujetas en el brazo derecho en el bautizo, cuando estrené ese vestido de flores que no es rosa pero es blush. Estaba contenta con mi aliento a piña y a carbón, comí todos los platos pensando en que solo tendría que vomitarlos después.

Tengo: una barriga que es un cementerio.

—¿Los cincuenta peluches?
—Comprados.
—¿Los insectos de mentira?
—Listos.
—¿La máquina de burbujas?
—Aquí está.
—¿Velas de avellana tostada?
—Velas de avellana tostada.
—Vale, solo me falta conseguir un sillón de barbería. —Jaime cerró el portátil, apoyó los codos sobre él y se apartó el pelo hacia atrás dejando ver todo su cansancio.

Me levanté para recoger su taza y mi tazón, pero estaba demasiado entusiasmada como para dejar el tema ahí:

—¿Y la playa con arena y palmeras que quieren para la sala de los mánagers rusos?

—Tendré que hacerla, no sé cómo, pero la haré. —Jaime se despegó de sus propias manos y levantó la cabeza—. Ahora me preocupa más conseguir que los cocineros estén dispuestos a hacer tantas horas extra. ¿Me traes otro café, cielo?

Ese verano contrataron a Jaime para decorar los backstages y preparar el catering del Sentidiño Fest 2018. Y a mí, gracias a su recomendación, me contrataron como freelance para crear contenido para sus redes sociales durante esos días. Por primera vez en mucho tiempo me gustaba mi trabajo y, sobre todo, meter las narices en el de Jaime. Las exigencias de los artistas, qué era un rider, un slot, el hospitality, las hojas de ruta, las tourparty. Jaime estaba nervioso, me preguntaba por los grupos del cartel, me enseñaba las cadenas de mails, dejaba que le ayudase a redactar las respuestas, me pedía opinión sobre los menús. Era la primera vez que sus clientes estaban

más cerca de mi edad que de la suya y, si funcionaba, era la oportunidad perfecta para no depender solo de una clientela rancia y pija.

Pedí vacaciones en mi agencia para poder organizar con Jaime todo lo que le habían encargado. Durante las semanas previas al festival, fantaseábamos con montar una agencia y dedicarnos a trabajar para promotoras de música durante todo el año. Lo acompañaba cada tarde al recinto para preparar los espacios, comía con su equipo en la foodtruck, vomitaba a escondidas en los baños siempre relucientes, comiese carne o no, coordinábamos con los cocineros las intolerancias y las alergias, nos colábamos en los montajes de los escenarios. Con mi acreditación azul de *Staff* me sentía importante, ya no tenía por qué escribir solamente sobre playas caninas o cócteles con pocas calorías. Se me había abierto una nueva puerta y lo estaba aprovechando. Jaime estaba radiante. Jimena pasaba unos días fuera con sus amigas. Era verano. Las vueltas a casa en coche eran suaves. Con la ventanilla bajada Jaime me hablaba de contratos, de subvenciones, de escandallos y mira estas New Balance nuevas, ¿me pegan? Y yo le decía que sí, que sí, porque era verano y yo pasaba las yemas por mis rodillas al aire con un montón de pelos rubios y tocaba cada uno para aplastarlos, pium pium, y el frío empezaba a escalar por los tobillos, escala que te escala, como cuando era pequeña y le pedía a mamá que me tapase con su fular y papá me ponía sobre los hombros su chaqueta azul que olía a Denenes. En esas noches en el furancho las risas sabían a pimientos de padrón. Y a vino tinto en el mantel de papel blanco. Y a la tinta roja del boli de papá que dibujaba una corona, una paloma, un barco, una sardina, una flor. Estos son los Sanandresiños, nena. Protección, paz, viajes, alimento, amor. Y se hacen con miga de pan. ¿Con miga de pan? Pero tú siempre te la comes toda.

Era verano y todo volvía a estar bien.

Jaime comenzó a cambiar un poco su forma de vestir. Camisetas de grupos que no conocía, pantalones más ajustados, gorra y adiós a la cinta de la que colgaba su teléfono. La gente lo adoraba, lo buscaba, le pedía consejos. Era el creativo raro que aparecía por todos lados con sus leds de colores, sus plantas y sus kilos de serrín. Si le hablaban de

música, del line up, de cachés o de crews, se perdía, y él les respondía hablando de atmósferas, de luces, de efervescencia cultural, de strogonoff de setas. Ellos se reían. Yo me reía. A veces nos encontrábamos rodeados de un grupo que le escuchaba con atención. Si algún chico se fijaba en mí, Jaime me acercaba hacia él y me daba un beso en la cabeza. Los chicos sonreían tiernos.

Llegó el primer día del festival y estaba en el paraíso. Grababa al público, anunciaba los horarios de cada concierto, contestaba dudas por Instagram, recordaba el precio de los vasos reutilizables. Coge tu pulsera aquí. Baños adaptados allá. Zona vip. Pero la zona de catering se desbordó. La gente se había enterado de que el comedor estaba lleno de neones, de plantas tropicales, de mesas largas, bancos de iglesia y de pufs hechos con ovillos y se formó una cola interminable para entrar. Jaime me pidió que me colocase en la entrada tomando nota de las comandas a los artistas y empleados. Ajusté bien mi acreditación en el cuello y no lo dudé.

Los más amables eran los empleados de la promotora, especialmente los técnicos de iluminación y un chico que siempre iba de un lado a otro con la cartelería y los ojos hinchados. Cada vez que me veía o que se acercaba al comedor me preguntaba si estaba bien, si quería agua, una silla o una acreditación mejor. ¿Mejor? Daba igual si yo estaba sentada encima de unos palés escribiendo copies para las redes o si estaba ofreciendo de primero gazpacho de fresas y de segundo cuscús con huevo a baja temperatura, aparecía siempre con sus camisas de cuadros y con las pestañas contentas.

Después de pedirme ayuda, Jaime desapareció. Yo quería volver a ocuparme de mis tareas y lo llamé. Estoy trabajando, mi amor, en cuanto pueda me escapo a verte. Nos vemos para dar las cenas. Colgó. Colgué.

—¿Quieres venir conmigo a la parte de atrás del escenario? —El chico de los ojos saltones fumaba y echaba el humo a un lado—. Está tocando Mando Diao.

—¿Yo?

—Ya sé que eres de catering, pero te puedo colar —se sacó del bolsillo una acreditación rosa: Prensa.

—Bueno, en realidad, no soy de catering, solo estoy echando una mano. Soy periodista, estoy preparando una crónica del festival.

Mentí. Un poco. Claro que mentí. Mentí porque el festival terminaba en dos días. Mentí porque no había nadie en ese momento que pudiese decir que no era verdad. Mentí porque la realidad no era suficiente o no avanzaba tan deprisa. Mentí porque me estaba haciendo mayor y ya me valía por mí misma.

Nunca me había despertado con tanto dolor de pies y de espalda. Empezaba el tercer día del festival y atender comandas ya no me hacía gracia, ¿por qué tenía yo que aguantar a técnicos de sonido haciéndose pasar por guitarristas de bandas para que me fuese con ellos a tomar una copa? O al del jurado de Operación Triunfo que pretendía que le hiciésemos un plato especial solo para él. Con mi nuevo pase podía entrar en la zona de prensa y crear contenido, que era realmente por lo que me habían contratado y por lo que me pagaban.

Pero Jaime dio por hecho que seguiría ayudándole, estos chicos son muy exigentes, decía, tengo que estar en todas partes, ayúdame, que lo haces genial, y volvía a desaparecer. Cuando llegué al expositor donde se ponían los platos del día, ya estaba el chico con sus Ray-Ban clásicas y su barba de tres días. Me quedé detrás de él y le pregunté si dudaba con algún plato.

—No tengo ninguna duda. Sé perfectamente lo que quiero, en un rato vuelvo.

Sentí un calor mullido debajo de los ojos. ¿Eso iba por mí? No sabía dónde guardar ese golpe de adrenalina furiosa y se me infló la cara. Era moreno, alto, delgado, tenía un aro en la oreja y el pelo ondulado como Mr. Darcy, el bueno, el de la BBC. Tenía tatuadas chicas desnudas y una rosa de los vientos, los labios finos, la boca y la nariz se le torcían al sonreír, ¿y esa forma de hablarme como si yo no tuviese novio? Parecía sacado de una foto de García-Alix.

Y volvió. Y tuve que desinflar los mofletes y el pecho. De primero, la sopa de melón, de segundo, la lubina sobre rocoto verde. Señaló mi camiseta de los Smiths. Tienes muy buen gusto. Gracias, le dije. Y se

me quedó mirando, esperando, quizá, a que le dijese tú también. ¿Eres de Santiago? No, vivo en Pontevedra. Y se me quedó mirando otra vez. Le pregunté ¿y tú? Yo de Coruña, pero nos movemos tanto con los festivales que no sé ni dónde vivo.

—Me gusta tu risita.

¿Me había reído?

—Bueno, me llamo Eduardo, por cierto.

Y vi a Jaime a lo lejos. El corazón como un saltamontes. Las palmas de las manos frías y calientes a la vez. Que no se acerque ahora, que no me bese, que no me hable. Se sentó a unos metros, junto a la furgoneta donde estaban los cocineros.

—Mejor quiero la brocheta vegetal y el strogonoff de setas. —Eduardo recuperó mi atención y pasó por debajo de mis dedos un papel doblado.

Se metió en el comedor y cerré el puño con la nota dentro. ¿Quién escribe notas a estas alturas? Volví a centrarme en Jaime. Estaba hablando con alguien, ¿y si había visto la nota? ¿Y si le estaba preguntando quién era el que me la había pasado? Me acerqué a ellos, le di un beso. Hablaba sobre cómo habían puesto no sé cuántos kilos de serrín para conseguir la playa que habían exigido en uno de los backstages. Más de cien kilos de grano cero con dos. No quería leer la nota. Si siguiese creyendo en Dios, estaría rozando el pecado mortal por no tirar ese papel del demonio. Pero yo ya no creía en el Dios que me presentó papá con mimos de incienso, cedro y mirto. Si papá murió, para mí Dios también.

Ese hormigueo era solo mío, y esa nota era solo mía y esos nervios eran míos. Me empezaba a gustar ese miedo de catedral vacía. No es que quisiera nada con Eduardo, pero me gustaba esa sensación de interesarle a alguien más que a Jaime. Me gustaba tanto que no me atrevía a leerla y que se esfumase esa sensación. Si cerraba mucho el puño, Jaime se daría cuenta de que tenía un secreto. Si cerraba mucho el puño, Jaime, incluso, podría leer la nota.

—¿Estás bien? —Jaime volvió junto a mí y lo abracé muy fuerte—. ¿Y esta acreditación de prensa, de dónde la has sacado?

—Me la dio una chica.

—Pues qué bien, mi amor, te la mereces. —¿Me la merecía?—. Tengo que ir a la nave a por una tele que ha pedido no sé qué grupo para ver un partido, ¿vale? En cuanto pueda, vuelvo aquí contigo.

Abrí la nota.

Me gustaría dar un paseo contigo y hablar de Morrissey :)

Y un número de teléfono. Morrissey. Conmigo. Una nota de papel. ¿Quién coño escribe su número en una nota de papel hoy en día?

El día anterior era Marina la creadora de contenido, la novia de Jaime, la veinteañera que vivía con la hija veinteañera de su novio. El día anterior era la que escuchaba música siempre con auriculares porque a nadie en su casa le gustaba. La que escribía crónicas de conciertos que veía en Youtube hasta que le daban las tres de la mañana. La que siempre que llegaba a la oficina se daba cuenta de que se había olvidado el cargador, la manzana, el tampón, echarse perfume. Y esa noche era Marina la que encajaba en el ambiente, Marina la de la camiseta de los Smiths que tenía en la mano el número de teléfono de un chico que no era su novio. Marina a la que le gustaba tener ese papel, aunque no utilizase jamás esa información. Porque no iba a guardar nunca ese número. Despegué una esquina de la funda del teléfono y guardé ahí la nota. ¿Y si quería ser mi amigo? Yo querría ser su amiga. ¿A Jaime le parecería bien que me viese con mi nuevo amigo entre festival y festival? ¿Y si no quería ser mi amigo? ¿Y si en uno de nuestros paseos hablando de Morrissey me besaba? ¿Lo besaría de nuevo? ¿Me apartaría indignada y me limpiaría la boca? ¿Me iría indignada por atreverse a besarme y lo dejaría plantado en la punta del muelle? ¿Volvería corriendo a buscarlo y le comería la boca porque en realidad sentir unos labios diferentes me había excitado mucho, muchísimo, como si tuviese un cielo azul en la boca? ¿Podía tener nuevas rutinas domésticas con otra persona que no fuese Jaime? ¿Alguien podría desearme de nuevo? ¿Cómo serían mis muslos, mis pechos, mi ombligo en otras manos? ¿Y si se enamoraba y se lo contaba a Jaime? ¿Y si me enamoraba yo y no se lo contaba a Jaime? ¿Cómo os conocisteis? En un festival, me pasó una nota diciéndome que le gustaría hablar conmigo de Morrissey. ¿De

Morrissey? Pero qué chorrada es esa, me diría Diana. Y yo le diría ¿pero no te acuerdas que cuando vivíamos juntas yo siempre estaba escuchando *You Are the Quarry*? Y ella me diría ¿pero quién coño quiere hablar de un muerto? Yo, Diana, yo, y además no está muerto.

Jaime me despertó con un beso y un té que apoyó en mi mesilla.

—Me voy a Santiago a recoger todo el material. Vuelvo sobre las dos para comer contigo.

—Voy contigo y te ayudo.

—No hace falta, tú descansa que ya me has ayudado mucho, amor. Te quiero.

—Te quiero.

Todavía en la cama y con el té ya frío, volví a ver la nota de Eduardo. La burbuja había explotado. Guardé su número. Tiré el papel. No lo iba a ver más.

Me pasaba, a veces, que el Jaime al que yo estaba queriendo no me parecía el mismo Jaime del que me hablaban o el que me encontraba cuando estábamos con otra gente. Yo iba de la mano de un Jaime que me cuidaba, pero había un Jaime que gritaba, que paraba el coche en medio de una autopista y le decía a su hija que se bajase, que ya no la aguantaba más, que nos avisaba cuando la cena estaba lista y, si a mí me había molestado algo, no había plato ni comida para mí. Yo no quería perder de vista al Jaime que acariciaba, escuchaba y entendía, por eso me quedé al otro lado del miedo, el lado en el que yo seguía mecida por todas las flores de Jaime, dispuesta a guardar todo lo que se conservase más o menos intacto en un cajón. Queriendo y hablando tanto del querer, tanto, que podía llorar en silencio y, a veces, ni siquiera llorar, para que no se enfadase.

Creía que si Jimena se iba de casa ya no habría más gritos. Por eso, mientras buscábamos los donettes que dejan la lengua azul, le pregunté si sus amigas vivían solas o con sus padres.

—Casi todas comparten piso entre ellas o con sus novios —se encogió de hombros y siguió buscando—. Por cierto, ya me contó mi abuela que os habéis conocido. Dice que eres demasiado joven para mi padre pero que tienes cara de buena chica.

—Ah, ya… Oye ¿y a ti no te gustaría vivir sola también?

—Sí, me gustaría pero creo que mi padre se va a enfadar si se lo digo.

—¿Por qué se iba a enfadar?

—Porque lo conozco, ¿no lo conoces?

Jimena aprovechaba la exploración por el supermercado para acercarse un poco más a mí. O para que yo la entendiese un poco más a ella. Un poco más que su padre, que la trataba como si todavía tuviese doce años. O un poco más que su madre, que la dejó de tratar

cuando solo tenía doce años. Un poco más que sus amigas, que creían que tenía una vida envidiable en la casa más bonita en la que habían estado. Tenía razón. Si él le buscaba trabajo, si él la llevaba al médico como si fuese un pediatra y no un ginecólogo, si él le seguía preparando cada domingo el pollo a la cerveza, ¿cómo iba a gustarle la idea de que se fuese otra vez de casa? Cogí el carro para avanzar por los pasillos. En la lista de Jimena: pizza, pavo, queso fresco, helado de tarta de fresa. En la de Jaime: hielo perla, edamame, piñones, queso de oveja.

—Pero cuando te fuiste a Madrid no puso problemas, ¿no?

—Porque su clienta me ofreció trabajo allí en una de sus empresas, si no, ni de coña.

—¿Mercedes? ¿La que lo llama cada vez que tiene que ir al aeropuerto?

—Sí, la estirada esa.

Me quedé parada intentando masticar ese nombre. Hasta que Jimena y su mil cascabeles se agitaron:

—¡Aquí están! Si compro estos donettes, ¿me grabas haciendo el challenge de la lengua azul?

—Claro, cuando quieras.

—Oye, si algún día dejas a mi padre, yo me voy contigo, ¿vale? —siguió caminando hacia las cajas de pago.

Me dio un escalofrío, después la risa nerviosa:

—Vale.

No vale. No vale. ¿Por qué iba a hacer yo eso? ¿Por qué ibas tú a querer eso, Jimena? ¿Por qué iba a quedarme con la hija que me está desordenando el amor? ¿O lo estaba desordenando yo? Si de los tres la que apoya la bandeja del horno ardiendo en la mesa de madera eres tú, si la que deja en el baño los botes de gel vacíos eres tú, si la que hizo que llegásemos tarde al bautizo de mi sobrino fuiste tú. Y al cumpleaños de mi madre. Y al de tu padre. Al concierto de Sebastián Yatra no, ahí llegamos tres horas antes. Si algún día dejo a tu padre, dejo a tu padre, te dejo a ti, dejo a Mercedes, dejo su perfume caro, dejo su calle y hasta dejo su ciudad, pensé. Dije:

—¿Y con tu madre hablas algo?

Y entonces, con sus manos pequeñas en el aire y los labios finos como los de mi novio, fue contándome exactamente la misma historia que Jaime. Que estaba loca, que ella siempre quiso estar con su padre, que su abuela y sus tías la llamaron durante los primeros meses pero no quiso hablar con ellas porque su madre nunca le dejó coger su ropa, que tuvieron que entrar en su casa a escondidas para coger a su osito Jaimecillo.

Esa era la verdad.

Cuando, a la mañana siguiente, se lo conté a Martín deseando criticar cada una de las palabras de Jimena, se limitó a seguir tecleando y decir:

—Si tu idea es dejar de vivir con su hija, creo que va a ser más fácil que te vayas tú de esa casa que que se vaya ella.

Y esa, quizá, también era la verdad.

Soñarás que se te ha olvidado vomitar. Que estás con él en un bar y que cuentas todo lo que acabas de comer: una hamburguesa, patatas, tortilla, tarta de la abuela. Y que todo eso está en tu barriga. Te angustia. No sabes qué hacer con toda esa comida dentro de ti. Quieres echarla. Quieres romperte y arrancártela de las tripas. Necesitas irte corriendo a casa y comprobar si aún estás a tiempo para meterte los dedos y vomitar. Pero Jaime te frena para presentarte a un amigo, te lleva de la mano a la barra para pedir otro vino, te abraza. Un selfie. Mira qué bien sales. Pasan los segundos y tú engordas, engordas, engordas. Querrás llorar.

Despertarás y te pararás a pensar si la noche anterior vomitaste o no. Sí, vomitaste. Sentirás un alivio de balsa de agua rompiendo en tu cuerpo.

El sábado tengo que ambientar una cena de empresa para Mercedes. ¿Otra vez? Puedes venir conmigo. ¿Pero cuántas cenas de empresa hace esa gente? Me coloca un mechón por detrás de la oreja, ¿me acompañarás, cielo? Yo quería pasar el día con Frida, pensar un poquito en Eduardo, escuchar un poco de música. Qué mierda, pensé. Sí, le dije. Y fui, claro que fui, dije que para ayudar, pero fui por celos, porque sabía que Jaime te prestaba tanta atención que te aislaba del resto del mundo y todo era para ti, todo lo que decía, lo que hacía, todo lo que movía lo hacía para que tú lo disfrutases para que tú lo vieses para que tú supieses lo importante que eras.

Las sillas volaban de unas manos a otras desde el furgón a la sala del restaurante y Jaime con ellas, de un lado para otro, siempre dejando un reguerito de indicaciones, de carcajadas, de halagos a sus empleados, al dueño del local, a la encargada del catering. Lámparas, plantas gigantes, bolas de discoteca, mesas de cristal, un pdf con las fotos y los nombres de cada empleado para que Mercedes los memorizase, el dj con un traje en una percha porque nadie se podía permitir no ir elegante. Pantallas led con el nombre de cada plato. Cientos de cajas negras de cartón para tapar las paredes color salmón del local. También un servicio de guardarropa con burros y biombos. Diez horas después, el local alquilado, que solo tenía como atractivo la localización y el tamaño, se había convertido en otro totalmente irreconocible. El dueño no sabía qué decir ni cómo había pasado. ¿Puedo sacar fotos? ¿Puede entrar mi mujer a verlo? Jaime lo había vuelto a conseguir y grababa al dueño grabando la sala, porque nada le gustaba más que ver a otra persona fascinada con su trabajo.

Mercedes siempre era la primera en llegar, después de dos besos y un qué escándalo, qué bien ha quedado esto y un qué guapa estás, Merche, qué bien te sienta este vestido; Mercedes se quedaba de

espaldas a Jaime para que él le retirase el abrigo. A continuación, él le hacía dar una vuelta sobre sí misma. Yo, a su lado, ya había desaparecido. Yo, treinta años más joven que ella, con las tetas en su sitio, con la piel lisa lisa como un pétalo, me sentía estafada por los cánones de belleza, por las redes sociales y por las decenas de consejos de las revistas de belleza. Basta. Porque es feo llenarse de hormigón por eso. Y porque a Bea, a Diana y a las mujeres que admiro no les parecería bien que me estuviese doliendo la barriga por eso. Me las imagino sentadas en un salón muy colorido, con mucho terciopelo, con mucho humo y con mucho alcohol, juzgándome por básica, por romántica, por celosa. Tanto no habrá leído si le duele así. Dirían.

—Tú eres la chica de Jaime, ¿verdad?

—Bueno, estamos empezando —se adelantó él.

Sentí un viento rojo de rabia calentándome la piel. Mercedes se rio con toda la boca en forma de e minúscula:

—Pero si ya la he visto en muchas fotos que subes de ella a internet.

—*Internet*.

—Sí, llevamos un año juntos pero, después de su respuesta, igual me lo pienso —dije, y quise matar a Jaime.

La mujer se rio. Jaime se rio. Yo me agaché para atarme unos cordones ya atados. Tenía que distraer a mi cuerpo de tanta rabia. La odié. La odié como a cada uno de los clientes de Jaime. Odié la piedra de su anillo. Odié los juanetes que se dibujaban debajo de la piel de sus Jimmy Choo. Odié sus mechas. Odié sus carillas. Pero sobre todo odié a Jaime.

Comenzó a llegar la gente y yo a ser cada vez más invisible. Dos horas después, Jaime, como si hubiesen pasado los cinco minutos que me prometió, volvió y me pasó un brazo por los hombros como podría habérselo pasado al dj para decirle que no olvide poner la de Julio Iglesias o al dueño del local para acordar con él que al día siguiente dejaría todo impecable. Jaime me rodeó, media hora y nos vamos. Yo le quité el brazo de encima. ¿Si no podía enfadarme por esto con qué podría hacerlo?

Hora y media después lo vi caminar hacia el coche sin avisarme. Apuré hacia él. Cerró la puerta con fuerza, subí, puso el aire frío, friísimo, ¡que sea la puta última vez que me tratas así delante de gente!

Y comenzó a acelerar. 90. Frío. 100. Me coloco el pelo por detrás de la oreja. 120. Jaime, tengo frío. 130. Quita el aire, por favor. 140. Me seco una lágrima con un dedo. 160. ¿Puedes ir un poco más despacio? 170. Rebusco en mi bolso el teléfono. 180. No sé qué hacer con el teléfono y me agarro a la puerta. Por fin, me mira de reojo. 200. Jaime, ¡por favor! 220. Siento su pie derecho acelerando en mi garganta. Ya no me da tiempo a secarme las lágrimas. Un coche le hace luces. Repaso la conversación. Llevamos más de un año juntos, vivimos juntos, ¿por qué coño le dices que estamos empezando? No tienes que estar en medio de su propia fiesta hablando con ellos, tu trabajo es decorar, no ser su amigo. No dijo nada. Yo seguí: pareces el perrito caro que esas señoras ricas utilizan como complemento. Dijo: ¡Estás enferma!

Cuando el coche llegó a doscientos cuarenta kilómetros por hora, lloré y lloré hasta que nos bajamos del coche, fuimos a casa, me abrió la puerta y cerró conmigo dentro y él fuera. Frida vino corriendo a lamerme, llamé a Jaime pero ya tenía el teléfono apagado. Otra vez el silencio.

Desperté a las cuatro de la mañana con los gritos de la vecina follando. Jaime todavía no había vuelto. Frida estaba a mis pies. Entonces apareció esa idea con firmeza por primera vez. Jaime se acostaba con la vecina. Sentí asco. Tenía mil ratas royéndome la barriga por dentro. Quería levantarme, llevarme a Frida y no volver más. Quería quedarme y gritarle que me daba asco. ¿La vecina? ¿Siempre fue la vecina? Intenté recordarla. Sus saludos en las escaleras, lo mal que hablaba Jaime de ella. Su pelo rubio, sus ojos azules. Su cuerpo. Era alta, ancha, más gorda que yo. ¿A ella también le pellizcaba la barriga? ¿A ella también la llevaba a restaurantes? ¿Ella también vomitaba después?

No me fui. Lloré hasta quedarme dormida otra vez y, cuando desperté, Frida estaba hecha una bola al lado de mi pecho y Jaime tumbado a mi lado trabajando con el ordenador. Me sonrió.

—Buenos días, cariño.

Me había perdonado otra vez.

—¿Dónde estuviste ayer?

—Dando una vuelta, quería despejarme.

Volvió a su pantalla.

—¿A qué hora llegaste?

—No sé, se me apagó el teléfono.

—A mí me despertó la vecina follando.

—Esa es imbécil. Es una escandalosa.

Me apoyé sobre mi codo para verlo bien.

—Ayer lo pasé fatal.

—¿Y eso por qué?

Rompí a llorar, ¿no entendía nada?

—Joder, ¿otra vez? ¿Me tengo que ir otra puta vez para que recapacites?

Me tragué las lágrimas. Hipé. Me sequé las que quedaban por las mejillas y el cuello. No me volvió a dirigir la palabra hasta dos días después. Sabía que yo tenía razones para enfadarme, pero también sabía que podía reaccionar así. No tendría que haberle dicho nada. No quería que me contase la verdad. Quería que me quisiera.

El amor tiene muchas caras, muchos pies, muchas manos, sobre todo, muchas manos. Las de Diana son pequeñas, como un topo, dice ella, aunque les tiene miedo a los topos porque dice que se parecen a las ratas. Diana siempre apoyaba la palma de su mano en la mía para reírse de mis dedos largos o de sus dedos pequeños. Yo nunca hacía esas cosas. Eso de poner mi mano en la suya o poner mi cabeza en su hombro o agarrarme a su brazo de camino a casa. A mí me daba como miedo o angustia el contacto físico. Pero ella colaba su pie entre mis manos para que se lo acariciase. En el tren de Compostela a Pontevedra me pedía que le tocase el pelo. Si bebía mucho, me pedía un beso en la boca. Uno de sus novios se enfadaba con nuestros picos pero a mí me daba igual y a Diana más.

Entonces, si el amor tiene muchas formas y muchas manos y si las manos de Diana son tan pequeñas, quizá fue normal que me dejase caer. O que me soltase. Pero si las mías son tan grandes, si, precisamente, mis dedos son largos como lágrimas, ¿por qué se me escapó Diana? Por qué mis manos no cogieron nunca el teléfono y la llamaron y le dijeron a Diana ¿nos acabamos de enfadar? Diana, ¿estamos bien? Estamos bien, ¿no?

Ahora el amor era como un tren y yo a veces estaba dentro y otras estaba fuera diciendo adiós adiós con un pañuelo blanco como en las películas que veía papá. El día que le regalé *Madame Bovary*, yo estaba dentro del tren o del amor, porque Jaime sonreía y apoyaba su mano en mi muslo derecho.

—Me encanta, cariño, esta noche lo empiezo.

El libro quedó en su mesilla de noche y ahí sirvió de punto de apoyo de gafas, pañuelos, vasos con zumo de naranja y envoltorios de condones. Una noche desaparecieron las gafas, los mocos y los vasos y *Madame Bovary* solo soportaba el nuevo iPad de Jaime. Un regalo de Navidad de una clienta.

—¿Qué clienta?

—¿Ya empezamos, Marina?

—¿Quién regala un iPad de mil euros a un proveedor? Es un poco raro, ¿no, Jimena?

Pero Jimena solo se atrevía a torcer la boca. ¿Qué más podía hacer por mí?

Una mañana de mimos y lengüetazos de Frida, caí en que el libro ya no estaba. Y una tarde de esas en las que Jaime decía ya llego ya llego pero no llegaba, revisé la biblioteca de arriba abajo y *Madame Bovary* no estaba. Y una noche en la que Jaime dejó su mochila abierta en la entrada, revisé los compartimentos y el libro no estaba.

—¿Empezaste el libro?

—¿Qué libro?

—El que te regalé.

—Ah, sí. Sí, me está gustando bastante el estilo.

Estaba mal, estaba fatal pero durante días me fijé en los números que pulsaba para desbloquear su teléfono. Era el 1, era el 4, era el 9, era el 7, era el 3, era el 7, era el 2, era el 7 otra vez. Tuve que esperar

dos semanas para hacerlo. Jaime se fue a desayunar un sábado y olvidó el teléfono. Estaba mal, estaba fatal: 14973727. Mis manos temblaban tanto que tecleé mal la combinación. Estaba tan convencida de que iba a encontrar algo que si no lo hacía me sentiría ridícula. Y ahí estaba, iPhone desbloqueado. Fui directa al WhatsApp. Me sudaba cada milímetro de las yemas de mis dedos pero no quería dejarlo. Había conversaciones con varias clientas, también con clientes, era lo habitual, pero fui directa a Mercedes. Estaba mal, estaba fatal pero una miga más, solo una miga más. ¿Todo esto lo hacía por un libro?

Q ilusión me ha hecho jaime! Gracias por devolverme a mi adolescencia

Lo leí hace muchos años

Y una foto de *Madame Bovary*.

Su móvil desbloqueado en mis manos, una nube de segundos extraños que no pasaban nunca o se acababan todos, no es nada grave o es muy grave, ¿qué es esto? Me quedo quieta o me muevo y choco y lo vuelvo a intentar y choco otra vez como un cochecito de la feria con el banderín rascando chispazos. ¿Por qué no estoy con Diana en un sofá de Ikea comiendo las patatas de la bolsa azul yo y de la bolsa morada ella? Porque me da vergüenza hablarle y me da vergüenza que me vea tan delgada. ¿Por qué no me voy y ya está? Estaba tan nublada por la rabia y los celos que casi no escucho las llaves de Jaime acercarse a la puerta.

—Jaime, ¿dónde tienes el libro?

—¿Perdona?

—Que dónde tienes el libro que te regalé. Solías tenerlo en tu mesilla y hace días que no lo veo.

Jaime tuvo que dejar las llaves en la mesa para poder mover las manos como cuchillos:

—¿Qué problema hay con el libro, cariño? —Su voz dulce, sus gestos agrios—. Lo tengo en la nave, cuando tengo un descanso

mientras los chicos cargan y descargan furgones, lo leo. ¿Hay algún problema? ¿También tienes que saber dónde tengo cada libro?

Los segundos extraños, la rabia, Diana y Bea riéndose de mí si lo supieran, las palomas, las migas, el tren, todo, todo me pasaba por encima y me dejaba tan cansada. Tan cansada.

Al día siguiente, en la mesilla de noche de Jaime, estaba *Madame Bovary* y, encima, las gafas, un pañuelo, un vaso con restos de pulpa.

Tengo: una familia que en las comidas de los domingos me dice cuánto adelgazaste, qué guapa estás.

Nada mejor que una fiesta familiar para volver a la normalidad después de haberme dejado tirada una hora en Vigo. Le dije que había tratado un poco mal a un proveedor, que no cuidaba igual a sus clientas, las que tenían pazos en Galicia y vivían en Madrid, que a sus proveedores, los que le llevaban el pulpo, el jamón y las empanadas que sus clientas disfrutaban con tanta morriña, aunque las mejores algas y los mejores mariscos nos los traen a Madrid, ¿sabías? Una hora pensando si era mejor esperar al primer tren de la mañana o si gastarme más de cincuenta euros en un taxi para volver a Pontevedra hasta que apareció con el coche y me dijo que, a veces, me portaba mal con él y que, a veces, tenía que entender que él no era igual que los inmaduros con los que había salido. Y que alegrase la cara, que en el cumpleaños de su madre lo pasaríamos genial.

Sabía de quién era la culpa y de quién no. Sabía que eso de la culpa es feo, a veces, y que, en todo caso, si alguien la sostenía en el regazo, era yo, por no quejarme, por no decir que no, por si alguien se enfadaba, por si él se enfadaba. Que solo es un mal día, que solo es un gesto, un silencio, una mala respuesta. O solo es que siempre estoy demasiado triste. Siempre estás triste, repetía. O aburrida. Los días se metían garganta abajo, como una endoscopia, y no sabía qué tenía que hacer o si tenía algo que hacer. Si todo eso era tan normal, ¿por qué no se lo contaba a nadie? Si no pasaba nada, ¿por qué lloraba todos los días? Sabía que el único remedio dulce era que las manos fuesen quitando el hormigón, a puñaditos pero con rabia, como las malas hierbas.

Yo solo quería estar mustia, pero ahora tendría que sonreír a toda su familia. Entramos en la nave donde se celebraba y Jimena se despegó de mí para bailar con sus tías, con sus abuelos, con sus primos. Cogí una copa de albariño y me senté en uno de los sillones preciosos que

había puesto Jaime y que no pegaban nada con su familia. Escribí a mi hermana diciéndole que últimamente pensaba en que me aburría con Jaime, que no sabía qué hacer. Me respondió diciéndome que hacíamos buena pareja, que seguro que solo era un bajón, que no me rayase, que la llamase mañana. Es verdad que, si no lo enfadaba, hacíamos muy buena pareja, él era divertido y cariñoso y yo curiosa y parlanchina. Él era atento y cuidadoso y yo mimosa y nostálgica. Él era innovador y yo joven. Él era creativo y yo soñadora. Pero yo lo enfadaba mucho porque, al parecer, yo también era una cría celosa, egoísta y despistada o, más que despistada, decía, muy individualista y nosotros, Marina, somos una familia. Levanté la vista. Jaime estaba hablando con los camareros. Volví al móvil. Espera, ¿y Jimena? Jimena estaba bailando con su tía. La gente que estaba a mi alrededor no sabía ni quién era yo. Entré en el perfil de Eduardo y vi su foto. La amplié con los dedos. Me dio frío. Había pasado un año. Y calor. La foto era en blanco y negro. Estaba apoyado en una moto, descalzo, con sus gafas de sol y un cigarro entre los dedos. Guardé el móvil en el bolso. Jaime con su madre, Jimena con su tía. Escribí a Eduardo:

Podemos hablar de Morrissey cuando quieras :)

Por cierto, me llamo Marina

Lo volví a guardar en el bolso. Calor, calor, calor. Cogí una copa de vino. No, qué va, mejor no. Me levanté y me uní a Jimena. ¿Escuché vibrar algo? Fui al baño, me apoyé en el lavabo y:

Joder, que rapido me has escrito!

Te voy a pedir ya una cita para que me digas que sí en 2020

Cuando nos vemos?

Sentí un pinchazo en los muslos. O cientos. Bloqueé la pantalla. Me dio la risa. Me tapé la risa. Me fui a por esa segunda copa de vino. Cuando volví a mi sillón, ya estaba ocupado. Me acurruqué en un rincón y volví a leer el mensaje. No pienso contestar, al menos, no

ahora. Voy a esperar, eso es lo que voy a hacer. La madre de Jaime apareció con un plato con muchísimo queso. Toma, filliña, que non comes nada. Y yo cogí el plato porque no quería volver a explicarle que no como queso o, bueno, solo si me lo pide Jaime y puedo vomitarlo.

Cinco días después contesté: jajajaja. Y ya está. Cinco jotas con sus cinco aes. Así de simple y de tonta podía llegar a ser. Pero una risa fue suficiente. Vibró Eduardo en mis manos. Me estaba llamando. ¿Qué hace? Rechacé la llamada. Estaba sola en casa pero no me atrevía a meterlo tanto en mi realidad. Le escribí otra vez, me habló de su trabajo, de sus viajes, de mi camiseta de los Smiths, le hablé de mi trabajo, de Frida y de que sí, tenía novio. Pero no estamos muy bien, añadí. Me hacía ilusión que Eduardo me escribiese, pero la cotidianidad me daba pereza y no quería que me dejase de hablar.

Qué hubiese pasado en el festival si nos hubiésemos conocido más?

Y con esa frase se aceleró todo.

En los momentos en los que Jaime no estaba en casa, que se me empezaron a hacer cortos, hablábamos sin parar. En la oficina, Martín se quejaba de que ya no le prestaba atención y que estaba, otra vez, pegada al teléfono.

Eduardo y yo hablábamos de música, de nuestros trabajos, de nosotros mismos conociéndonos, de Frida, de su gata Jolene. Nunca hablábamos de que yo tenía novio, de que no me atrevía a quedar con él, de que siempre, en algún momento de la tarde, dejaba de contestar. Y así, Eduardo pasó a llamarse Edu. Y Edu me enviaba canciones para darme las buenas noches y yo se las enviaba para darle los buenos días. A cada paso que daba me planteaba qué estaba haciendo. Si tenía algún sentido, si a quien estaba engañando era a Jaime, a Edu o a mí. A veces, me escribía de madrugada, de fiesta, y yo sacaba el móvil de debajo de la almohada y leía ¿Nos vamos a ver la próxima vez que tenga que volver a Pontevedra? o ¿Me vas a conceder de una vez esa cita que no paras de esquivar? Pero es una verdad

universalmente reconocida que a una persona que escribe a las tantas de la mañana no se le puede seguir el juego. Sobre todo, si una está con su novio durmiendo al lado. A veces nos mandábamos fotos. Él siempre estaba en Madrid o en Lanzarote o en Barcelona grabando cosas. Siempre llevaba camisetas blancas o negras o camisas de cuadros rojos y negros. Yo le enviaba fotos en el espejo del baño de la oficina, en el portal de casa o en el sofá rojo si estaba sola. También podíamos pasar horas sin respondernos y ninguno se enfadaba, no pasaba nada. Esa sensación de no estar bajo una lupa era nueva. O ya no la recordaba.

Cuanto más me enfriaba yo, más cariñoso estaba Jaime. Todos los fines de semana había planes: Oporto, cenas, playas, compras. Esos días yo no tocaba el móvil para que Edu no existiese. Entre semana, durante el día, dejaba activadas las notificaciones del móvil. Por las noches, cuando llegaba Jaime, las desactivaba y Edu desaparecía hasta que las ganas me hacían valiente como para revisar el móvil con él cerca. Había dejado pasar mucho tiempo y ya no sabía cómo decirle a Jaime que había hecho un amigo en el festival. No sabía cómo podría encajar Jaime que yo tuviera un amigo nuevo si ni siquiera tenía a mis amigas de siempre.

Estábamos en la cama viendo *The Holiday*. Otra vez. Los tres. Jimena estaba en medio de los dos. Hice una foto en la que se veía a Jude Law siendo guapísimo y a Frida a mis pies. Traté de evitar que se intuyeran las piernas de Jimena. Se la envié a Edu.

Mañana voy a ir a Ponte, me da igual si al final te rajas como siempre, voy a ir igual

¿Y si alguien nos veía? ¿Y si Jaime nos veía? ¿Qué pasaría si Edu dejaba de ser un nombre recurrente en mi pantalla? ¿Y si ya no le gustaba?

—Venga, Jime, lárgate a tu cama que quiero estar con mi novia.

Y yo no quería que Jimena se quitase de en medio, quería que se quedase pegadita a los dos, que se quedase a dormir para no tener que volver a ser solo la novia de Jaime. Pero se fue y las manos de Jaime y la lengua y las rodillas y su pelo y su pecho y nada olía igual pero él no lo notaba y yo no lo decía.

Aparecí con Frida como si fuese mi escudera o mi sentido común. Se bajó de la moto y nos dimos un abrazo que lo sentí como una bomba de oxígeno. Empezamos a caminar. ¿Por dónde quieres ir? Mejor por aquí, y le indicaba las calles más feas, las menos céntricas. Eran las siete de la tarde y Jaime solía llegar a las ocho o a las nueve.

—¿Estás nerviosa, risitas? —Me miraba de reojo sin rozarme.

—¿Yo? No te flipes, anda.

Estaba nerviosísima.

—Eres más cariñosa por teléfono.

—Cállate, anda.

—¿Me vas a tratar así toda la tarde? Mira que me voy.

No me salía ni la risa. Me concentraba tanto en ser guapa que me dolía detrás de las orejas. Y me concentraba en lo bello porque si pensaba en lo cómoda que estaba caminando a su lado y respondiéndole sin miedo a enfados, gritos y silencios, me tendría que ir corriendo de puro susto.

Me dijo que tenía más ganas de conocer a Frida que a mí, que me invitaba a una fiesta que iba a hacer en su casa, que no pensase que él iba entregando notitas a todas las chicas con las que se cruzaba, que, en realidad, él también estaba nervioso y que se sabía de memoria todas las canciones que le enviaba. Acabamos en el parque que había al lado de la estación de autobuses. Un parque bastante oscuro y largo. Me flaqueaban las piernas con tantas dudas y quise sentarme en un banco, pero me agarró de un brazo, me sonrió y me besó. Podría haberme apartado, podría haberme echado hacia atrás y limpiarme la boca, podría haber montado un numerito aunque eso no me pegase mucho. Podría haberle recordado que tenía novio. Tengo un novio que tiene una hija. Tengo un novio que tiene una hija que vive con nosotros. Tengo un novio que a veces me castiga. Pero me apreté a él y lo seguí besando. Colocó sus manos a cada lado de mi cara y yo con una de las mías sujeté fuerte a Frida y con la otra me agarré a su camisa de franela y qué rico estaba ese beso y qué diferentes eran sus comisuras y su saliva y el roce de sus dientes y qué diferente eran las luces que me hurgaban por dentro, un tornado de plumas, una estampida de arañas. Le mordí el labio y los restos de tabaco. Me dejó sus dientes junto al lunar del cuello y me quejé pero me gustó y me apretó un poco más. Y, después de nuestro primer beso, se sentó y me senté con él.

—¿Podemos vernos más a menudo? Puedo venir siempre que quieras o puedes venir a mi casa, vivo solo.

—No creo que sea buena idea.

—¿No vas a cortar con él?

—No lo sé.

Y no se enfadó. Me besó otra vez. Y los besos, las caricias y los susurros contándonos lo que nos gustaba del otro se alargaron hasta que mi teléfono volvió a vibrar en mi bolso.

—Me encantó verte, fea.

—Chao, idiota.

Me dio un abrazo que fue un descanso. Acompáñame a donde aparqué la moto. Y lo acompañé.

—Chao, bonita.

—Adiós.

—Borde.

—Borde tú.

—¿Yo?

Y otra vez su mano en mi brazo y otra vez un beso que fue largo largo como los rabos de una cereza o como un regaliz o como unas vacaciones en casa. Se acabó el beso y pensé estamos muy cerca de casa, demasiado cerca. Y le dije que chao, pesado, pero lo besé otra vez y me dio igual estar a trescientos metros de casa. Solo eran unos segundos, unos besos, los últimos. Me despegué. Le dije, este es el último. Y él se rio y mis labios besaron sus dientes y mis muslos, ay, mis muslos. Los rabos de cereza, el regaliz, las vacaciones. Entonces sí me fui. Y paseé con Frida porque volar no podía.

Contesté a Jaime y caminamos, caminamos, caminamos hasta que se me quitó su sabor a chicle y a tabaco y hasta que casi pude olvidar esa sensación de tener unos labios nuevos. No quería volver a casa, pero volví. Encendí el altavoz y puse todas sus canciones en cola. No entendía muy bien qué había pasado pero quería recordar cada segundo.

risitas, tengo que volver a verte, al final no hablamos de morrissey

Me fui al espejo del baño, quería ver exactamente lo que había visto Edu. Me pasé los dedos por los costados como hizo él, sentí mis costillas. Me pasé las yemas por los labios, me pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja, revisé mis dientes, desmembré la posible belleza para saber qué le había gustado. Y me veía guapa. Estaba guapa. Me duché.

El día de mi veintisiete cumpleaños Martín me esperaba con un muffin de plátano y nueces en mi escritorio:

—Tienes mala cara.

—Muchas gracias. —Forcé una risa que se me desinfló por el camino —. ¿Desayunamos juntos? Te doy la mitad de mi muffin.

Mientras él preparaba un café de cápsula y un té, yo le sacaba fotos a la mesa con confetis en la que salía la magdalena con la vela. Añadí un emoji de un corazón y un ¡feliz cumple para mí! Lo subí a mis historias: que lluevan las felicitaciones.

Antes de abrir el correo y empezar a trabajar de verdad, fui al baño e hice todo lo que pude por echar esa mitad de muffin regado de té negro sin manchar el cuello del vestido: puerta cerrada, coletero, desnuda de cintura para arriba, ambientador, crema hidratante. Para saber qué elementos necesitaba en el ritual, en ocasiones anteriores tuve que: pringarme el pelo, manchar muchas mangas y cuellos, notar el olor denso de la comida bajando por las tuberías del retrete, escuchar a la vecina de arriba asomándose al patio al que daba nuestro baño, notar cómo mi hermana se fijaba en la piel seca alrededor de mi boca.

Felicitaciones por WhatsApp: 10

Felicitaciones por Instagram a raíz de mi historia: 12

Felicitaciones por LinkedIn: 63

Felicitaciones por Facebook: 2

—¿Cómo lo vas a celebrar?

Rompí a llorar. No me dio tiempo a verle la cara, pero sentí cómo me agarró del brazo y me llevó de nuevo al baño.

—¿Qué pasa, Marina?

Me abracé a él y lloré todo lo que no podía llorar en casa, hasta que noté su camiseta mojada y Martín me apartó para verme.

—No sé qué te está pasando, pero cada mañana vienes con peor cara y estás muy delgada. Tienes que hacer algo, Marina. —Me volvió a abrazar, apoyó el mentón en mi cabeza—. Sea lo que sea, cuenta conmigo, por favor.

El plan que había organizado Jaime era merendar en el mismo sitio que había cerrado para mí hacía dos años, pero con mi madre y mis hermanos. Y Jimena.

Cuando volví del trabajo la casa no olía a bizcocho ni a merengue y Jaime y Jimena no estaban. La vecina del tercero follaba muy fuerte. Buenas tardes, Frida. Y una sesión de mimos en su barriga rosa. Las

felicitaciones se seguían agolpando en la pantalla: Mamá, Edu, Bea, Berto. Me levanté, avancé por el pasillo para ir al vestidor y elegir la ropa para la cena. Desde el balcón del salón entraba el crujido de una nueva horda de turistas arrastrando maletas para conocer la ciudad con el premio a la Movilidad Urbana Inteligente. Me senté en el sofá, Frida ya estaba a mis pies lamiendo sus patas negras y blancas. Y ellos no llegaban. Elegí el vestido que me iba a poner pensando en si le gustaría a Edu. Le mandé una foto y sí, le gustaba mucho.

Jaime y Jimena llegaron a casa a la hora a la que tendríamos que estar ya encontrándonos con mi familia. Y que eso sucedería lo sabíamos Jaime, Jimena y yo. Lo que yo no sabía es que Jimena, aun así, se iría a la habitación tranquilamente a cambiarse de ropa. Estaba tan harta que me habría encantado irme sin ellos. Jaime avanzó por el pasillo buscándome y Frida lo seguía ladrándole hasta que se tumbó a mis pies. No es hora de jugar, parruchiña. Jaime me besó tranquilo, tienes que educar a esta perra, cada vez se porta peor. Dije, ¿en serio tenemos que esperar a que se cambie, dónde estabais? Dijo, cariño, tendrá que ponerse guapa para tu día, ¿no? Lo que tampoco sabía yo es que, después de probarse cuatro vaqueros y cinco crop tops, se desmaquillaría para volverse a maquillar a juego con su nuevo look.

—Jaime, ¿en serio? Que se va a maquillar otra vez.

—¿Tú qué quieres, que me enfade con ella?

—Mi familia lleva media hora esperándonos porque Jimena es incapaz de ser puntual.

—¿Eso es lo que quieres, que me enfade con mi hija el día de tu cumpleaños? —Jaime apretó la mandíbula.

Llegamos cuarenta minutos tarde. En el restaurante pedí un batido de avena, delante de mi familia Jaime no insistía con las proteínas animales y, además, ni siquiera me miraba. Hablaba con todo el mundo, menos conmigo. Era así de fácil. Estar todos juntos, charlar, sonreír, celebrar y sentir el miedo dentro, pudriéndome los dientes. Más felicitaciones: Diana. Un feliz cumpleaños, un a ver si nos vemos y te doy el regalo. Le di las gracias. Las gracias y un emoji. La echaba de menos.

Mi familia se reía con las ocurrencias de mis sobrinos y de Jimena, como si tuviesen la misma edad ellos tres y no nosotras dos. La tarta

la acercó Jaime a la mesa con las velas puestas y, detrás de él, Jimena con diademas de Happy Birthday para todos, globos gigantes en forma de un dos y un siete más grandes que mi cabeza. En el móvil chillaba una canción de cumpleaños feliz. La camarera entornaba los ojos. Jimena grababa todo con su móvil. Todo lo que odiaba en una fiesta de cumpleaños. En mi fiesta de cumpleaños.

Tarta de plátano, crema y galleta. Regalos. Un vale para ir a un spa, ropa cuya talla no comprobé, algunos libros, algún vinilo, el de María Rodés, el de Sr. Chinarro, entradas para el concierto de Rufus T. Firefly. ¡Foto de familia! Jaime sentado entre Jimena y mi hermano. Todos sonríen. Yo sonrío. Qué más da. Mi hermana pregunta:

—Y ahora, ¿a dónde quieres que vayamos, Marina?

Pero Jaime se adelantó y pasamos el resto de la tarde bajo el techo de un centro comercial. Mi hermana fue al outlet de Adidas, mi hermano al de Purificación García, Jaime se fue con Jimena. Mi madre y yo compartimos un helado.

—Nena, tienes mala cara.

—Solo estoy cansada, me lo pasé muy bien.

—La niña de Jaime es un encanto.

—Sí, lo es.

—Estás muy delgada.

Una hora después, Jaime y Jimena volvieron cargados de bolsas de ropa y calzado para ella. Le compró todo lo que quería y le convenció para comprar también lo que no quería. Llevaba sin mirarme desde que salimos de casa, quería arrancarme los ojos y lanzárselos a la cara. Caminábamos los nueve buscando la salida del centro comercial cuando Jaime se paró delante de una tienda pija con vestidos gris teja y pantalones color tierra.

—¿Por qué no te compras algo bonito? —Jaime me señaló en el escaparate un vestido largo, blanco, de gasa, que jamás me pondría.

—¿Para qué?

—Algo elegante, para una ocasión especial.

—Aprovecha, que es tu cumple —añadió mi hermano.

—No tengo ninguna ocasión especial y además los vestidos largos me marcan las caderas. Y no me gusta el blanco.

Jaime me abrazó, pensé que me iba a susurrar que no lo dejase en evidencia, pero me soltó, metió la mano en el bolsillo de su cazadora y sacó una cajita roja. No puede ser. El hielo, los alfileres, los ojos calientes. Busqué a mi hermana con la mirada, Jimena estaba grabándonos. Tengo que estar soñando. Jaime abrió la caja y ahí estaba, un anillo con un solitario.

—Mi amor, ¿te quieres casar conmigo?

Jimena gritó y mi madre se tapó la boca. No recuerdo a mis hermanos. No sabía qué hacer ni qué decir, pero Jaime no esperó a mi respuesta y sacó otra caja. ¿Qué? Una caja azul. Entonces sí escuché decir a mi hermana: ¿otro? La abrió y, sí, había otro.

—¿Te gustan? —me colocó uno en cada anular, eran de mi talla—. Este tiene un zafiro azul, ¿ves? Pero sé que no te gusta mucho llamar la atención y elegí también este otro solo con diamantes.

Me dio un beso en la frente. El primer beso del día de mi cumpleaños.

—Ahora sí que estás preciosa.

Yo sonreía, sonreía, sonreía sin parar viendo las caras de todos, por si eso pudiese bastar. Y bastó. Y no me gustaban y no era el momento y nadie esperó que dijese que sí o que no. No dije nada. Era Jaime, ¿por qué iba a decir que no? Qué bien te quedan, y era mentira. Qué bonito, aquí, en familia, y era mentira, Jimena no era mi familia. ¿Y Jaime? No sé qué era mentira y qué no pero yo sonreía, contaba alfileres y me repetía: esto es mentira. Pero no dije nada.

No era mentira. No eran mentira los anillos. Ni que uno tuviese un diamante y que el otro fuese de oro. ¿Te quieres casar conmigo? Eso tampoco era mentira. Vi el vídeo al llegar a casa y no me había callado. Me reía mucho y le decía qué tonto eres, no hacían falta dos. Y dije: sí. Y mi madre: son preciosos, nena, qué pena que no esté aquí tu padre. Mi hermana: madre mía, yo no tengo tanta pasta como para ir a una boda de Jaime. Y mi hermano: ¡se viene la boda del año! Y Jaime: tú te mereces dos, cariño. ¿Merecía dos anillos gritando compromiso? ¿Había ido todo tan bien? ¿Si hubiese querido más a Jimena me habría regalado tres? ¿No merecía salir de la pinza de esa trampa que me estaba deformando el estómago?

Dije que sí, ya vería cómo lo vomitaba.

Tengo: dos anillos de compromiso y un amante.

La primera vez que Jaime me pidió matrimonio, no fue la primera vez que alguien me pidió matrimonio. Primero fue Lalo, un chico de Madrid que me hizo un anillo con el alambre del pan de molde y me propuso comprar un piso en Usera. Teníamos diecinueve años. Solo cuesta cincuenta euros, brujita. Le damos cincuenta euros al Corucho y le da una patada al piso de un banco. Seguimos saliendo una semana más. El segundo y último, antes de Jaime, fue Damián. Con Dami no hubo anillo, pero siempre me hablaba de las ganas que tenía de que nos casáramos. Entendió que era un margen de ilusión que me podría mantener en ese pueblo de la sierra de Huelva un tiempo más. Y funcionó, durante un año estuve un poco menos aburrida encerrada en esa sierra imaginando cómo quería casarme. Porque sí, quería casarme. No tenía claro si con un vestido largo o corto, quizá negro o rojo, con mi familia pero sin mi tía Agustina. Quería muchas polaroids y en todas mis elucubraciones yo me reía muchísimo, a carcajada limpia, pero en todas mi padre seguía vivo y no había ni rastro del hombre con el que me acababa de casar.

Quería casarme, por supuesto que quería casarme, porque apoyada en los muslos de mamá, con sus dedos recorriendo mi oreja, Elizabeth Bennet se casó con Mr. Darcy y Jane Eyre con el señor Rochester y Harry con Sally y Anna Scott con William Thacker. Y todos, por fin, eran felices y, sobre todo, mamá y yo éramos muy felices. Hasta que mis hermanos llegaban a casa y se ponían los pijamas y se unían a nosotras y se tiraban al sofá como gatos y me arrancaban el mando de las manos y peleaban por ver quién ponía no sé qué y mamá se iba y yo le hacía cosquillas a Berto para que Bea recuperase el mando y papá nos miraba desde la puerta y cerraba con llave y decía ya estamos todos y sonreía tan fuerte que se sentía dentro del pecho y aparecía otra vez mamá con un bol con agua donde remojaba los

dedos para quitarse las cutículas y le decía a Bea ¿te las quito a ti después? Y sí, sí, sí, así que al final Berto ponía la NBA. Hasta que Bea y Berto se encerraban en sus habitaciones después de insultarse pero papá estaba feliz y tranquilo, estaba muy tranquilo, y le quitaba a mamá el *¡Hola!* para reírse de las casas de los ricos y yo me quedaba quieta tumbada en el sofá por si así se olvidaban mandarme a la cama.

El anillo solitario tenía una piedra demasiado descomunal para mis vans rotas y mis tote bags roñosas. ¿Merecía dos anillos? Quizá sí. Por convivir con su hija, por lidiar con sus clientes, con sus clientas, por acompañarlo durante horas a sus trabajos en mis ratos libres. Nunca antes había pensado si un anillo se podía merecer o no, pero desde luego yo me merecía semejante pedrusco.

De vuelta a casa, no vomité. Había poco que vomitar el día de mi veintisiete cumpleaños. ¿Qué quería hacer? ¿Quería irme? ¿Quería casarme con Jaime? Yo quería un amor tranquilo, suave, paciente. Un amor de terciopelo, que no rascase, que no colocase su rodilla entre mis piernas, que no me hiciese callar. No sé. A lo mejor solo quiero volver a ver películas con mi madre.

Jimena estaba entusiasmada, le salían cientos de ideas por la boca. El sitio, el dj, el fotógrafo, la canción para el primer baile, ¿soy la madrina? ¿Quién es la madrina? ¿Tu madre, mi abuela? Y si tu padre murió, ¿quién te lleva al altar? Envió el vídeo a su grupo de amigos, así que, Jaime, el hombre más moderno de Pontevedra, estaba comprometido y ya se había enterado toda la ciudad.

A la mañana siguiente, no sabía si ponérmelos o no. ¿Y si Jaime aparecía por sorpresa en la oficina y no me los veía? ¿Y si llegaba a casa antes que yo y se enfadaba por haberlos dejado en el joyero? Me coloqué un anillo en cada índice y mis compañeras no tardaron en darse cuenta.

—¿Cómo que dos?

—¿Dos?

—Unas tanto y otras tan poco.

—¿Por qué dos?

Martín apareció por detrás de ellas. Yo les expliqué lo mismo que le quería contar a Diana cuando me atreviera a escribirle, que este tiene un zafiro azul y este solo —y recalqué el solo haciendo comillas con los dedos— tiene una fila de diamantes que es más discreto y va más conmigo.

—Y porque te quiere mucho, vamos.

—Bueno, y porque está forrado, ¡digo yo!

Martín me miraba con ojos de tormenta. Me dio la enhorabuena y se fue a su escritorio. Me fui con él y encendí mi ordenador.

—¿Qué vas a hacer?

No fui capaz de mirarle a la cara. Martín atrajo mi silla hacia él.

—Marina, ¿qué quieres hacer?

—No lo sé.

—¿No sabes si quieres casarte?

—No sé si quiero dejarlo.

Martín me apretó un codo y suspiró.

—Ayer estabas llorando y hoy tienes dos anillos de compromiso que no te pegan una mierda.

—Me da miedo dejarlo. Me da pánico.

—¿Qué te da miedo? ¿Crees que te puede hacer algo?

No contesté.

—Si te toca me lo cargo.

¿Podría llegar a pasar? ¿Jaime se volvería loco si le dijese que no me quería casar? ¿Si lo dejaba? ¿Lo quería dejar?

—A lo mejor no quiero estar más con él, no lo sé.

—Vamos a buscar pisos —y tecleó en su buscador alquiler amueblado pontevedra—. Y que admitan mascotas.

Las lágrimas se oxidaron en mi garganta. Acaricié la piedra del anillo. Abrí la aplicación de mi banco.

—Filtra por menos de seiscientos euros.

Martín empezó a hacer scroll por la web hasta que salieron pisos de otras localidades.

—Solo hay dos por menos de seiscientos y no admiten perros.

Me miró con una pena angustiosa. Estaba atrapada.

—Comparto piso con un amigo, pero tenemos un sofá cama, si quieres...

—Puedo vender algunos discos y ropa que me queda grande, seguro que sacaré algo extra.

Cuando Jaime volvió del trabajo, yo todavía estaba viendo pisos, imaginando otras vidas con Frida, pero me hice la dormida antes de que entrase en la habitación. Se desnudó, se metió en la cama, me abrazó y me dio un beso en la sien.

La película me estaba gustando muchísimo otra vez, por cuarta o quinta vez, como todas las películas que decidía volver a ver cuando estaba sola en casa. Anna le estaba diciendo a Will que solo era una chica delante de un chico pidiéndole que la quiera cuando Frida empezó a ladrar y a llorar. Jaime acababa de llegar con muchos hola cariño ya estoy aquí mi amor ven aquí un beso otro beso más besos qué ganas tenía de verte. Busqué el mando para pausar la escena. Jaime estaba de rodillas con el torso sobre la cama. Frida se tumbó encima de mi pecho temblando. ¿Por qué no nos vamos este fin de semana a algún lado? ¿Este fin de semana? ¿Qué pasa, tienes planes? Nunca tenía planes si no eran con Jaime. No, no tengo. Pues venga, ¿buscas algún hotel? En la ciudad que tú quieras. Jaime colocó mi portátil encima de mis muslos y comencé a hacer scroll infinito en un buscador de hoteles, pensando en cómo me había podido meter yo sola en otra ratonera. Podemos ir a Madrid otra vez e ir a esa tienda de discos que te gusta. ¿Este te parece bien? Le enseñé cualquiera para que se callase. Cogió el ordenador para ver las fotos. Se me desangraban las palabras que no era capaz de decirle.

—Te acaba de llegar un mail de Idealista, fíjate por si necesitas verlo ahora.

Una notificación de mi correo indicaba que uno de mis pisos favoritos había bajado de precio. Se me rompió el suelo. ¿Con qué mentira se enfadará menos?

—Diana me pidió que le ayude a buscar piso —cerré el portátil—. ¿Cenamos algo? Me apetece una ensalada de las tuyas.

Acompañé a Jaime a la cocina, sentía que si lo dejaba solo podría averiguar mi plan.

—No sabía que te hablabas con Diana —Jaime no despegó la vista de la media lima que exprimía con sus dedos sobre la mayonesa.

—Me escribió por si podía ayudarle a buscar algo.

—¿Qué se cree, que eres su chacha? —Se lamió la lima de los dedos sin cambiar el gesto serio de la cara.

Si no volví a ver a Eduardo, no fue por ponerme cada mañana dos anillos después de ducharme ni porque no me muriese de ganas. No quería romper con Jaime por otra persona. Si quería romper con él, era porque me estaba encogiendo como una rana, porque me camuflaba tanto en esa casa que me daba miedo convertirme en el monstruo del que yo estaba huyendo. Si dejaba algún día a Jaime, necesitaba hacerlo con tiempo y con una casa a la que ir inmediatamente después, donde Frida y yo tuviésemos una cama y un edredón. Con Edu, dejé que entre respuesta y respuesta pasasen cada vez más horas, más días. Hasta que empezaron a pasar semanas. No fui a su fiesta, ya no le enviaba canciones por mucho que me gustasen o que dijesen la palabra parque, beso, moto, risa. Si me enviaba una foto, la veía, hacía zoom a su cara, a sus labios de cenicero, a sus manos. Después, la borraba. Ya no dormía con el teléfono debajo de la almohada. Edu fue desapareciendo y apareció de nuevo Eduardo y de Eduardo a la nada bastaron un mes y tres semanas.

Fue así de fácil. Tan fácil como dejarlo pasar. No tuve que llenarme la boca de entrañas y gritar con el pecho colorado ¡me has destrozado! Eliminar nuestras conversaciones y dejar de escuchar a Sen Senra fue más discreto, más amable con la nueva realidad. Cada canción que añadió a la playlist que nos inventamos para acariciarnos en la distancia era una canción que no volvería a escuchar jamás. Cada recuerdo podía hacerme dudar de mi decisión y preferí olvidarlo todo. Dolía mi miedo, dolía fantasear con otra vida, dolía la mano de Jaime apretándome fuerte para llevarme a cada sitio al que íbamos como si no pasase nada. Dolía como cuando mi hermano me quitaba una tirita a la de tres y en realidad era a la de uno. Porque no era el cuerpo el que se quejaba, era otra cosa. Todos los pelos de mi rodilla en esa tirita de My Little Pony y su traición escociéndome. Conté hasta tres y

¡zas!, las fotos, los espejos, los planes, las canciones. Quise contar hasta tres y a la de uno ya escoció, pero no dolió. Pudo doler todo lo que compartimos. Las canciones de Khruangbin, los libros de Nora Ephron o el olor a Marlboro. Pero lo olvidé todo y no dolió más. También el parque al lado de la estación que nunca volví a pisar, salvo una vez, solo una vez, con Frida, por si él estaba. Pero no estaba y no dolió.

Me alegré de que no nos hubiese dado tiempo a ver juntos mis películas favoritas ni de leerle las letras de las páginas que marco doblando las esquinas. Me alegré de no haberle hablado de mi obsesión por Cristina Peri Rossi y de no haber cenado con él leche con frosties para luego desaparecer y vomitar. No nos dio tiempo a tumbarnos en el parque de Bonaval ni pudimos pasar frío en Bueu con las tripas llenas de pizza de O Farol ni nos perdimos buscando tiendas de discos de tres plantas.

Eduardo nunca me preguntó por qué. Sabía, supongo, por quién.

Un mes y tres semanas después, seguía con la lengua fuera corriendo detrás de Jaime de un lado a otro.

Cuando empecé a pensar menos en Eduardo, me di cuenta de que Jaime hacía tiempo que no se enfadaba conmigo. Me puse contenta. Entonces, cuando estaba muy contenta, trataba de sacar mi proyecto adelante. Escribía en un excel todo lo que necesitaba: un logo, un dominio, una web, fotos, crónicas, clientes. Mi forma de estar contenta era seguir buscando caminos para la huida. Pero en seguida caí en que me faltaba lo mismo que para alquilar un piso: dinero.

—No te agobies, cariño, yo te ayudo. A ver, dime, ¿cuánto dinero necesitas para empezar?

Jaime me apoyaba, al menos los días en los que me quería dar miles de euros, para cumplir tu sueño, mi amor, y podemos ser socios, puedo ponerte un escritorio en la nave para que trabajes desde ahí, te llevo a los conciertos a los que quieras ir, chófer y socio, ¿qué más quieres? Fue todavía cuando estaba muy contenta cuando me adelanté al dolor para ser puntual. Y, mientras buscaba presupuestos para todo lo que necesitaba y me hacía una agenda de conciertos para escribir

crónicas, con el cuello de la camiseta estirado hasta cubrirme la boca, ya pensaba en cómo estaría yo cuando dejase de estar contenta y él tranquilo, cuando estuviese con el corazón sin huecos para más importancias. Pensaba ya en el próximo enfado, en esa casa que se había convertido en cueva, en mi cuerpo paralizado, como mi voz, que me impedía abrir una puerta, solo una puerta, e irme para siempre.

—Hamburguesa de frutos secos sin tomate ni cebolla y patatas con alioli. —Antía sabía que siempre pedía lo mismo, me guiñó un ojo y se giró hacia Jaime—. ¿Y para ti?

—Voy a probar el tataki de tofu y algas.

—¡Marchando! —Retiró la carta que solo le había dado a él y se llevó el indicador de pizarra con el *Reservado Marina 21.00 2 pax*—. Ahora os traigo las bebidas.

Jaime me seguía llevando a mi restaurante favorito aunque entre semana me llenase las tripas de codorniz, ostras, salmonete o cebiche de merluza, que yo vaciaba en los baños de los restaurantes con estrella Michelin. Jaime puso su mano sobre la mesa y la acercó a la mía dando pasos pequeños con las yemas de los dedos.

—No me cabe en la cabeza que puedas comer tanto. —Con el dedo índice giraba uno de mis anillos.

Quité mi mano de debajo de la suya. Levantó la mirada. Metí la mano en el bolsillo para palpar mi barriga. Me sonrió.

—Aquí tenéis, una copita de Mencía y un agua del tiempo.

En cuanto Antía se fue, me encorvé para poder pellizcar más piel. Jaime estaba sacándose un selfie con sus gafas de metal nuevas. La pareja que siempre cenaba en la barra acababa de entrar a carcajadas, tapándose las bocas y dándose codazos para no molestar con su felicidad. La chica que había estado en mi clase en la facultad y que ya no se acordaba de mí estaba también en la mesa de siempre, junto a la ventana, esperando a su novia, que solía llegar muy apurada, cargada de libros y dejando a su paso una nube de colonia infantil. Jaime revisaba su Instagram para comprobar los me gustas. Yo sentía mi corazón diminuto, un corazón de pajarillo que de tan pequeño ya no encontraba su sitio. Ya no me quedaba carne que agarrar con mis dedos, pero no estaba contenta. Colocó el teléfono boca abajo sobre la

mesa. Volvió a por mi mano. Si yo fuese un pájaro, me estaría golpeando contra un cristal. Me solté.

—Dejé el móvil en la cazadora. Déjame la llave del coche, anda.

El coche estaba aparcado en la acera de enfrente. Me fijé bien en los cuatro botones del mando del Bentley de Jaime: candado cerrado, candado abierto, maletero abierto y uno que no entendía. Maletero. Clic. El maletero se abrió, cogí mi móvil y revisé el correo antes de volver al restaurante.

El propietario acepta que entres a vivir con el perro. Ven en cuanto puedas a firmar contrato y abonar fianza (tres meses, uno más de lo que hablamos, por el perro).

Entrar a vivir.

La respuesta ya estaba en mi teléfono. Frente al maletero. Al lado de un restaurante donde Jaime estaría revisando de forma compulsiva las interacciones de su nueva publicación. Apreté fuerte el móvil en la mano, cerré el maletero y crucé la calle. Entonces, llegó la parálisis. El corazón arrítmico, cojo, viejo. No tenía nada en la otra mano. Me palpé los bolsillos traseros y los delanteros. Metí las manos nerviosas en todos los huecos de la cazadora. No puede ser. A ver, otra vez. En la mano derecha tengo el móvil que tiembla o tiemblo yo o tiembla el pajarillo, en la izquierda no sujeto nada. El bolsillo del culo de la derecha, el de la izquierda, los dos de delante. Hay uno más pequeñito dentro del bolsillo delantero derecho. Ahí no cabe nada. Meto igualmente el índice. La magia. El pajarillo. El cristal. El corazón.

Volví al coche. Puede ser que no se haya cerrado. Se cerró. El maletero se había cerrado automáticamente. Joder, joder, joder.

Sabía lo que iba a pasar.

Cuando entré en el restaurante la chica del perfume de naranjas ya estaba sentada con su novia. Mi hamburguesa y el tataki de Jaime estaban servidos.

—¡Cariño, que se enfría todo! —abrió la servilleta de papel y la posó sobre sus muslos—. Creía que ya me habías abandonado y que no volverías más.

Me senté. Se inclinó para darme un beso.

—¿No ves que ya no estoy para estos sustos? —Jaime sacó una foto a su plato—. Venga, venga, que tiene una pinta buenísima.

—Jaime, creo que me dejé la llave del coche dentro del maletero.

—¿Cómo?

—Me dejé la llave dentro del coche.

—Joder, Marina, es que no me lo puedo creer. —Hizo de la servilleta una bola y la tiró sobre su comida.

Sabía cuáles eran los próximos pasos: se levantaría, yo le pediría perdón y él me dejaría allí sola.

Se puso la cazadora, cogió el teléfono, descolgó las gafas de la camiseta para ponérselas de nuevo.

—Lo siento, Jaime, me despisté.

Antía nos estaba observando desde la barra. Jaime se fue.

El siguiente paso: apagaría el móvil.

Al coincidir con los ojos de Antía, los míos casi se derramaron. ¿Estás bien, cielo? Me cogió la mano, no sé si para advertirme o para mantenerme. Sí, sí, es que se empezó a encontrar mal. Despegué la servilleta del tofu. Ahora vuelve.

Lo llamé y lo apagó.

El siguiente paso: me dejaría ahí sola el tiempo suficiente para que yo no supiese qué hacer. No era la primera vez que me dejaba sola en algún sitio, pero nunca lo había hecho a sesenta y ocho kilómetros de casa.

Me apreté fuerte los ojos. Tenía que esperar y disimular. Pinché una patata con el tenedor, se dobló. Estaban blandas. No podía levantar la vista de la comida. Le di pellizcos al pan. Si fuera un pajarillo. No podía comer mucho, no sabía a qué hora iba a poder vomitarlo en casa. Agarré la hamburguesa y le di un bocado. De tan fría la sentía mojada en mis dientes. Si fuera un pajarillo ya estaría desnucado de tanto golpearme contra el cristal.

Sabía lo que tenía que pasar: Jaime volvería y el silencio duraría tantos días como él soportase escuchar mis disculpas, hasta que yo me quedase afónica y él contento.

Con la segunda patata me dio una arcada. No podía más. Me llené la boca con el siguiente bocado de hamburguesa. Nadie me había enseñado a comer estando triste.

Las chicas se fueron. Al pasar por mi lado, la que había sido mi compañera de clase ni me miró. La otra pareja estaba compartiendo una tarta de zanahoria. Busqué con la mirada a Antía, y ahí estaban, junto al cañero, las cejas arqueadas de Antía, la mueca en los labios de Antía, la mano en el pecho de Antía. Le sonreí. O creo que le sonreí. Ya no necesitaba ayuda, ya me había desnucado contra el cristal yo sola. Contesté a la de la inmobiliaria. La semana que viene llevaría la fianza. Solo entonces me di cuenta de que estaban sonando los Smiths.

Y llegó la pena, una pena larga y chiclosa que se pegó primero a un dedo y luego al otro y lo manchó todo de alioli. Una pena mala, fea, sucia, sin dientes, como mi boca en sueños, una pena que se me pegó al esternón como se me pega todo lo que me hace llorar, una pena que corre de una punta a otra de una punta a otra de una punta a otra como la hipnosis de un reloj de bolsillo, una pena propia que podría ser dócil o de terciopelo pero que era una pena fina como un sedal. Una pena dura como un sedal. No podía más.

No podía más.

Entré en Instagram, ahí estaba el selfie de Jaime y una foto del tataki que no había probado. Veinte me gustas. Dos comentarios. Siempre el más chic, escribió Mercedes. Qué bien te está sentando la edad, emoji de un guiño, otra clienta a la que le organizó la boda y con la que se acostaba antes de estar conmigo.

Una hora y media después apareció Jaime. No me saludó, simplemente se sentó sacando del bolsillo la llave del coche.

—Siempre tengo una de repuesto en casa de mis padres.

—Pero de aquí a casa de tus padres hay diez minutos.

No me contestó.

Apareció Antía en nuestra mesa:

—¿Te encuentras mejor? —Me miró de reojo.

—Eh sí, sí, claro. Fue un malestar sin más. —Me guiñó el ojo—. ¿Me puedes traer otro Mencía?

Por una vez, me aliviaba pensar en que la vuelta a casa sería en completo silencio. Pero en cuanto Jaime se puso el cinturón, encendió el aire acondicionado al máximo y empezó a acelerar.

—Eres un desastre.

No dije nada.

—Solo a ti se te ocurre cerrar la puta puerta del coche con la llave dentro.

No dije nada.

—¿Sabes todo lo que habrías soltado si esto le hubiese pasado a Jimena?

El coche a ciento noventa kilómetros por hora. Quería decirle que yo no habría dicho nada, que él le estaría diciendo lo mismo que a mí hasta que yo rebajase la tensión, como siempre hacía con ellos y como siempre hice en las peleas entre mis hermanos para que las comidas familiares acabasen en paz, con todos riéndose y yo encerrada en el baño con un ataque de ansiedad. Pero no dije nada. Doscientos kilómetros por hora.

—Es que tengo dos crías en casa, ¡joder!

Si no hubiese recibido ese mail, me habría dado igual que el coche se estampase y que ahí se hubiese acabado todo. Pero no había pensado en lo más importante: cómo cortar con Jaime. En los casi tres años con él, nunca lo había intentado y, sin embargo, tenía miedo, un miedo como un recuerdo o un déjà vu. Mi cuerpo sentía que ya lo había hecho muchas veces, que esa casa podía atar y podía gritar y podía arrastrarme hacia la entrada cada vez que intentase cruzar la puerta.

Doscientos diez kilómetros por hora.

—Nos has jodido el puto fin de semana ya, ¿tú te das cuenta? Es que lo has jodido tú solita. —Y doscientos veinte kilómetros por hora. Y ese frío de humo blanco que salía de los ventiladores.

Sentí cómo el coche vacilaba casi sin control. Ya me daba igual, no podía más.

Al llegar a casa, le dio un beso a Jimena y se fue a la cama. Entonces sí empezó el silencio y, por primera vez, no intenté que volviese a hablar.

Tengo: una perra.

Los sábados él cogía la llave del coche, yo a Frida, él arrancaba y preguntaba, por ejemplo: ¿a Portugal?, yo miraba por la ventanilla con una sonrisa porque no tenía que contestar. Pero esa mañana Jaime se fue temprano y sin avisar. Yo sabía que, en cuanto él quisiera, volvería como si no hubiese pasado nada, y también sabía que, esa vez, por fin, yo no lo quería esperar. Tenía que empezar a organizarme. Saqué todos mis ahorros para pagar el piso. Tenía que entregarlo en mano.

Fui a la casa de mi madre dispuesta a contarle que quería vivir sola, ¿por qué? No sé, a veces se enfada y no me habla. ¿Te acuerdas de mi cumpleaños? Sí, ¿en el que te pidió matrimonio? Es muy atento, nena, siempre está pendiente de ti y de nosotros, ¿quién te va a dar lo que te da Jaime? Deberías irte un fin de semana con él y descansar, pasar tiempo solos, ¿estás estresada en el trabajo? Podría haberle dicho que no era el trabajo, que no me hablaba, que el silencio a veces era peor que los gritos. Podría haberle dicho que tenía miedo sin saber muy bien por qué, pero sí a qué: a seguir estando con él. Pero no lo hice. Dudé de mí, de si estaba exagerando, dudé de si mi miedo venía de Jaime o de que Eduardo me había recordado que había otras cosas, otra yo. Llevaba dos años y medio mostrando a un Jaime perfecto, que me cuidaba, que me abrazaba en las misas de mi padre, un novio serio que me acababa de pedir matrimonio con dos anillos, que tenía una hija que quería vivir con él y no con su madre. Ahora no era tan fácil mostrar otro Jaime, uno que ni mi madre ni nadie había visto. Solo yo. Solo Jimena y yo.

¿Solo Jimena y yo?

Ordené mi ropa, mis vinilos, mis zapatillas, quería tener todo listo cuando pudiese llevarme mis cosas. La única forma en que pude ver el piso fue en fotos, pero tenía que moverme rápido. ¿Los regalos de

Jaime también? Sí, ¿no? Me mataba la culpa. Quise estar con él, quise vivir con él, quise que estuviese más tiempo conmigo y menos con sus clientas y su hija. ¿Y ahora? Pensaba que el amor era un gesto fácil, como la primera vez que tuve novio y yo estaba nerviosísima porque solo había besado el póster de Beckham. Mi hermano se metía conmigo porque decía que no sabía ni deletrear su apellido, y yo agarré fuerte el tenedor y dije b y dije e y dije c y dije k y dije h y dije a y dije m. Y él sonrió y le dijo a mamá: ah pues sí que sabe. Y ese día me supieron las lentejas a gloria. Sí, las comemos con tenedor, pero ese no es el tema. El primer beso sin papel estucado fue a un chico que conocí en internet y que mis amigas trajeron desde Myspace a Beiramar. Y lo tuve que besar muchísimo, y quería, pero no sé si primero quise ese empacho de besos o si primero sentí tener que hacerlo, porque con dieciséis años una qué sabe. Ahora, con once años más, tenía que decidir si llevarme todo lo que me había comprado Jaime o si dejar, en el que había sido mi vestidor, esos regalos que algún día eligió para mí. Ahora el amor era el gesto menos cruel.

El tercer día de silencio era lunes y fui a la inmobiliaria con Martín. Tenía miedo de que alguien me viese entrar. Jaime, un amigo de Jaime, Jimena. Me fijaba en todas las caras y todas las caras me vigilaban. Me paré en el escaparate, miré a mi alrededor. Vamos, Marina, estoy contigo, no te va a pasar nada. Entramos. Quince minutos después la mujer de la inmobiliaria nos estaba enseñando el estudio. Un tercero sin ascensor.

—Pero con mucho encanto. Y se te va a poner un culo estupendo.

Era diáfano, en forma de u, techos tan altos que apenas se notaba el abuhardillado en la zona donde imaginaba mi cama. Una pared de piedra conservada de la primera construcción. Era precioso.

—Y recién pintado. Es el apartamento perfecto para una chica sola.

Sonreí.

—Porque estás soltera, ¿no? —se estiró la americana— Bueno, que tendrás tus cosas, claro. Necesito dos días para preparar el contrato y que venga el propietario a firmar. Te llamo, ¿vale?

El tiempo en las tripas. Pero ya tenía un lugar seguro, ahora tenía que llenarlo antes de que Jaime volviese a pasar tiempo en casa y me volviese a hablar. Mientras tanto, solo volvía para dormir. Si la vecina follaba mientras él no estaba, ya no me daba cuenta o no tenía tiempo para que me importase.

El quinto día me sujeté al teléfono esperando la llamada de la inmobiliaria. Fui a comprar lo más básico para llevarlo al piso en cuanto me dieran las llaves. Un juego de sartenes, platos, aceite, papel higiénico. Tenía que contárselo a mi madre y a mis hermanos, pero pasar de estar genial con Jaime a haber alquilado un piso a escondidas, era difícil. Me había callado demasiado. Y Diana, ¿qué diría Diana?

La llamada se retrasó y el séptimo día de silencio Jaime me dio los buenos días y no se fue. Su voz y su cuerpo tan cerca me sobresaltaron. Le di los buenos días y me fui a la ducha. Necesitaba mantener esa ausencia entre nosotros y pensar cómo hacerlo. Jaime había dado el primer paso para volver a la normalidad y yo no podía dejar que lo hiciera. Tenía que irme.

Me vestí, llené un tupper con comida de Frida y avancé hacia la puerta.

—¿Te vas?

—Voy a ver a mi hermana —tiré de la puerta y la crucé.

—Ah.

—Chao.

Pasé la tarde con Martín, me presentó a su compañero de piso, paseamos con Frida por la playa y dormí en su sofá cama.

El octavo día volví para ducharme y cambiarme de ropa. Jaime susurró ¿qué te pasa conmigo? Yo me estaba poniendo una sudadera y mientras no encontraba el cuello, aproveché para coger aire y cerrar los ojos.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Estás muy distante.

—Estás de broma, ¿no?

Jaime se sentó en la cama y me hizo un gesto para que me sentase a su lado:

—¿De broma? Sales y entras como si nada. No me hablas ni cuentas conmigo para ir a la playa.

—¿Me seguiste?

—Me coincidió veros.

Volvió a tocar el colchón para que me sentase junto a él. No quise sentarme. No quise empezar a discutir sobre la playa y Martín. Tenía que seguir la conversación hasta romper con él.

—Tú te enfadaste conmigo, Jaime. Tú llevas una semana sin dirigirme la palabra por olvidarme la puta llave del coche. Haces como que no existo cada vez que te molesta algo. Lo que te choca es que esta vez no te perseguí para que me volvieras a hablar.

—Eso es mentira. No llevo una semana sin hablarte.

Me voy a ir y este miedo se va a acabar, este miedo se va a acabar.

—Solo han sido uno o dos días.

Sentí asco de sus mentiras pegajosas. Otra palmadita en la cama. Frida estaba escondida debajo de mi mesilla de noche. Yo me mantuve de pie. No quería ceder, no podía ceder ni en eso. Y su forma de volver a comportarse como si no hubiese pasado nada me estaba apretando los pulmones. Ven. Me tengo que ir, Frida tiene que salir. Ven, por favor.

—¿Ya no me quieres?

Ya está. Así de fácil. Una pregunta para desatar el nudo. No era capaz de mirarlo, me miraba las manos, el anillo, el otro anillo, los huesos de mis dedos, las heridas en las falanges y los nudillos.

—¿Ya no me quieres, cielo?

Me senté. Tuve que hacerlo para no evaporarme. Repasé su colección de discos con los ojos. Me la sabía de memoria. Arriba a la izquierda: *Aladdin Sane*, de David Bowie. Abajo a la derecha: *Eliminator*, de ZZ Top. Se giró hacia mí.

—Estoy cansada.

—Pero ¿me quieres?

No y ya está. Un no y me voy. Venga. ¿Y qué pasaría después del no? ¿Me diría, oh, vaya, no lo sabía, te ayudo con la mudanza? ¿Me abrazaría y me diría que al menos estos dos años fueron preciosos? ¿O me gritaría? ¿O me echaría en cara que nunca supe querer a Jimena?

¿Me bloquearía la puerta? ¿Me pegaría por primera vez? ¿Le haría daño a Frida?

—Sí, claro.

—¿Pasamos el fin de semana en Oporto y desconectamos? Solos tú y yo.

Otra vez a hacer la maleta. La mía, que estaba llena de sartenes, platos y vasos. Casi dos horas de viaje. Todo el día solos. Los paseos. Otra vez sacarme decenas de fotos en la estación de São Bento, en la Ribeira, en el Majestic. Y comer en el mismo sitio y comprar ropa en la misma tienda y dormir en el mismo hotel recargado y moderno donde tendré que decir que me duele muchísimo la tripa, que no me apetece.

Pero le dije que no, le dije:

—No.

Susurró:

—¿No?

Dije:

—Mejor, no.

Gritó:

—¿Qué coño te pasa conmigo, Marina?

Dije:

—Jaime, no puedes dejarme plantada en un restaurante a una hora de casa. Ni irte de casa sin el móvil cada vez que te da la gana. Ni estar una semana entera sin hablarme y, cuando a ti te apetece, pretender que no ha pasado nada. Las cosas no funcionan así.

Susurró:

—¿Ya no quieres estar conmigo?

Dije:

—Creo que hoy voy a dormir en casa de mi madre, necesito pensar.

Estando tan cerca de mí, no le podía decir que no quería estar más con él. No sabía qué vendría después.

Tardarás en darte cuenta de que, cada vez que Jaime entra en casa, Frida se tumba encima de ti. Que, cuando él tiene algo en las manos, Frida agacha un poco la cabeza. Tardarás en entender por qué Frida se mea tanto en las alfombras y por qué se acurruca entre tus piernas por la noche, cuando sois tres, y duerme panza arriba por las mañanas, cuando estáis solas las dos. Tardarás en aceptar que tú no eras la única que lloraba. Sobre todo, tardarás en perdonarte por haber tardado tanto en protegeros.

Si me quieres dejar, no pasa nada. Pero hablemos.

A la noche siguiente, me escribió para vernos. Cuando le dije que sí, él ya estaba esperando con el coche delante del portal de mi madre. Bajé y esperé a que saliese.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Sube.

Cemento en la barriga y subí al coche. Condujo hasta el muelle de Beiramar. Aparcó en una plaza bastante visible y eso me tranquilizó. Pero no dijo nada. Sonrió manso, observándome, respirando sin prisa aunque a mí me faltaba el aire. Me agarré al reposabrazos tratando de respirar, pero las bocanadas se me agolpaban en la garganta y no bajaban. Me agarré a mis rodillas.

—Estás sangrando por la nariz, cielo, ven aquí.

Me sujetó el mentón para levantarme la cabeza, sacó de la guantera pañuelos. Sus manos me agobiaban, su cara tan cerca, su calma, mi sangre, mi miedo. Y rompí a llorar, por primera vez en mucho tiempo, sin miedo a que se pudiese enfadar. Le conté que no estaba cómoda, que no era feliz, que necesitaba independencia y que quería vivir sola. Cada vez le contaba más cosas porque Jaime las escuchaba todas tranquilo. Me cogió una mano y en ese tacto todavía sentía protección.

—Haremos todo lo que necesites para que estés bien conmigo.

Le dije que cada uno de nuestros días estaba centrado en él, en su trabajo y en su hija. No había tiempo para mí, no había ya ni un espacio en su casa para mí, mi vestidor está lleno de ropa de Jimena. Eso le dije. Y que no me gustaba que me dejase de hablar cada vez que se enfadaba. Que no era justo que solo él se pudiera enfadar, que cada vez que a mí me molestaba algo, él se cabreaba más. No puedo hacer

nada por mí misma, te molesta si quiero cambiar de trabajo, volví a comer carne, ¿no te das cuenta de que yo era vegana cuando nos conocimos? Estoy agotada, le dije.

Jaime tranquilo, Jaime con los ojos risueños, Jaime dándome espacio, Jaime cambiándome el pañuelo de la nariz, Jaime permitiéndome hablar.

—Estuve buscando pisos.

Jaime se echó el pelo hacia atrás sin cambiar de cara.

—Y me gusta mucho uno. Quiero vivir sola.

—Podemos ambientarlo juntos —acercó su mano a la mía y la retiró antes de tocarla, como si hubiese recibido un calambre—. Y puedo ir a dormir contigo.

—Todavía no tengo claro si lo voy a alquilar o qué. —Ya no sabía en qué mentiras podría estar guardada mi seguridad.

—Pues cógelo, cariño, podemos hacer vida de pareja viviendo cada uno en su casa. Eso está genial. Y así podrás tener más independencia y más tranquilidad para buscar un trabajo de verdad.

Sonreí.

—¿Estás bien conmigo?

El miedo. El miedo al escape de gas.

—No lo sé.

—¿No?

—No estoy bien, en general.

—Te vendrá muy bien tener un piso para ti.

—Yo creo que sí.

Me llevó a la casa de mi madre y, a la mañana siguiente, me preparó el desayuno en su casa. Estaba tranquilo, parecía contento. Era todo vegano.

—Venga, come, que se nota que estos días has comido peor.

Acercó su mano y acarició el diamante de mi dedo. Me dio un beso templado que no me supo a nada. Me escribió la mujer de la inmobiliaria. Ya estaba listo el contrato, podía pasar por la agencia a coger las llaves. Cada vértebra pesaba un sueño y yo era de plata. Era alivio y miedo. Era ligera y me arrastraba.

—No has tocado el plato, Marina.

—Voy a acercarme a la inmobiliaria.

—¿Qué?

—Tienen listo el contrato.

—¿Pero qué coño dices?

—Jaime, el piso del que te hablé.

—Pero me dijiste que aún no lo sabías.

—Pero ayer te pareció buena idea. Dijiste que sería bueno que cada uno tenga su casa.

—Me has mentido.

—Jaime, te pareció bien —volví a ponerle la correa a Frida—. Vengo ahora y hablamos. No quiero perderlo.

—¿De verdad vas a irte?

—Jaime, ¿en serio? ¿Por qué ayer te parecía buena idea y hoy no? Mira, no puedo más, ya está.

Ya está.

Te traigo un recuerdo que se fundirá en tu memoria para que lo confundas con otros. Te lo traigo ahora que todavía no te hace falta. No le darás importancia, porque es mío, pero es un recuerdo que saldrá disparado como un resorte cuando esa persona te grite. O te susurre. O se calle.

Su cuerpo de pie en la puerta del salón, el mío sentado en el sofá rojo. Sus manos a veces gritándome, otras suplicándome. Mis manos acariciando las orejas de Frida. Su voz cada vez más grave, más alta, más pesada. La mía callada. Sus dientes carraqueando rabia, pero nunca culpa, y sus manos, de nuevo, esta vez cerrándose en puños, como si estuviesen llenas de arena que no pudiese perder. Y sus piernas, como su pecho, moviéndose hacia mí a veces, volviendo para atrás otras. Su mano, de nuevo su mano, sujetando el pomo de la puerta.

No dejo de recordar la misma escena una y otra vez. Era el último día de carnaval y por debajo de la ventana del balcón entraban los gemidos de las *choradeiras* del cortejo fúnebre, las trompetas de las comparsas, los bombos, los petardos, las carracas. Y los ojos de Jaime, su asco, su mandíbula, su camisa de cuadros siempre remangada para que se vean sus tatuajes. Me mentiste todo este tiempo, ¿no? ¿Hay otro? ¿Con el que paseabas por la playa? El de tu trabajo, ¿no? ¿Qué tengo que hacer para que recapacites? Y de nuevo la rabia, un portazo y el silencio después del portazo.

Me levanté en cuanto escuché que bajaba las escaleras y escribí a Martín para que me pasase a buscar lo antes posible. Ya te contaré, le dije, estoy un poco asustada, le dije. Guardé todo lo que pude en bolsas de basura, no tenía tiempo para ir al trastero a por las maletas. Las pastillas de Frida. El reloj de bolsillo de mi padre. Corrí hacia la puerta pero se abrió sin que la tocase. Apareció Jaime de nuevo. Con mi hermano. A partir de ahí ya no me acuerdo de mí. Intento verme desde los ojos de Jaime, intento entender por qué le pareció buena idea ir a buscar a mi hermano para que me hiciese entrar en razón, que lo quiere dejar todo, dijo, que me quiere dejar, a mí, que tú sabes que yo la he cuidado siempre, dijo. Los tambores hacían vibrar el

suelo, alguien estaba anunciando que ya iban a incinerar al loro Ravachol. Intento ponerme en la piel de mi hermano, que me miraba con los ojos secos, rotos. Me torturo imaginando qué sintió cuando me vio ahí, a su hermana pequeña, consumida, agotada, con las rodillas temblando, intentando no llorar, como si Jaime todavía pudiese castigarme por hacerlo. Y Jaime, que no se callaba ni un segundo, diciéndole habla con ella, hazle entrar tú en razón porque yo no puedo yo no puedo. Mi hermano le pidió que se callase ya, que me dejase hablar con él, que se relajase de una puñetera vez. Recuerdo que me dio tanta vergüenza que supe que ya no importaría el miedo ni las súplicas, era mi última oportunidad para huir y, por fin, alguien estaba conmigo para ver cómo era Jaime. Cogí del brazo a mi hermano. Vámonos ya, no quiero estar aquí más.

—Si cruzas esta puerta no vuelves a entrar más, ¿me oyes?

Nunca pensé que su última amenaza pudiese ser mi salvación. Abrí la puerta por última vez.

—Marina, piénsalo muy bien porque no me vuelves a ver en tu vida.

Me encogí de alivio o el corazón se deshinchó de golpe. Había vivido con él y había vivido intentando huir de él, pero no había sido capaz de verme, por fin, sola. Y ahora era tan fácil como cruzar esa puerta, otra vez, una última vez.

No recuerdo los quince minutos en coche de vuelta a casa ni si Martín nos acompañó. Sí recuerdo que llené el trastero de mi madre con las bolsas de basura y, temblando, temblando como un helecho, bloqueé el número de Jaime y me escondí en la casa de mi madre y me pedí todas las vacaciones que me quedaban.

Esa noche me encerré en el baño de la casa de mi madre y empecé a llorar antes de ponerme de rodillas frente al váter. Esta es la última vez. Y me metí los dedos en la boca. El váter beige con una marquita blanca del desgaste que siempre vi antes de sentarme y ahora veía desde arriba, con los dedos mojados por la leche que me había preparado mamá. El baño que salía en los álbumes de fotos en los que aparecía de bebé en una tina verde sujetando los dedos a veces de papá, a veces de mamá. A veces, con una cresta de champú que me

hacía Berto, otras, con un albornoz de Minnie Mouse que me había regalado Bea. A mamá siempre le gustó contar que nadie salía en una foto si no me tenía a mí en brazos. Eras la niña mimada de todos. Es la última vez. Me clavé los dedos hasta arañarme el paladar, toqué las amígdalas inflamadas y no pude seguir. Estaba en el baño en el que papá preparó el neceser para irse al hospital, en el que mi hermana me hizo sentir a mi sobrino en su barriga y en el que mi madre me dio mi primera compresa. No podía hacerlo. Apoyé la cara ardiendo en la tapa fría y lloré hasta que sentí a Frida arañar la puerta.

Tengo: una perra y un duelo sin resolver.

El corazón se me quedó sin aire y así estaba bien, dormitando, asfixiado. Callado.

Durante los primeros días se me cayó el lenguaje y se me pusieron ojos de mar. No encontraba mi idioma ni lo quería buscar para que no me entendieran. Mis piernas eran lentas, estaban nubladas y ásperas. Tres años después la vida fuera había seguido sin mí. Quería hablar con Diana y contarle alguna verdad, pero seguía sin saber cuál elegir. La verdad era eso que siempre andaba buscando yo entre los silencios y las mentiras de Jaime. Me parezco mucho a tu padre, me decía él cuando yo me removía un poco. Y esa era una mentira que a mí me clavaba a ese suelo viejo de madera y que a él le hacía gigante, tan gigante que todo tintineaba a su paso.

Esconderme era mucho más fácil que decir la verdad. Si tuviese que decir la verdad, nada más que la verdad, a lo mejor me habría quedado muda para siempre. No por no mentir, solo por no saber cuál elegir. Qué verdad escoger de entre tantas flores creciendo pegaditas al muro de piedra que Jaime levantó rápido rápido para que los vecinos no vieran lo que crecía al otro lado de sus buenos días. Una. Que una casa no siempre es un refugio. Dos. Que en el ojo del huracán no llueve ni hace frío ni anochece antes, nadie se para, nadie se alerta, nadie te advierte, lo limpian todo y aquí no ha pasado nada. Tres. Que el silencio en una casa es como dejarse el gas abierto. Cuatro. Que Jaime me llenó la boca con tantos animales que los tuve que vomitar. Cinco.

Me fui y supe que la violencia no siempre es evidente ni da pasos como truenos, pero todavía sentía una cuenta atrás pegada al pecho. Creía que al lograr huir de Jaime volvería a mi vida de siempre. Pero no volvió. No volví a ser tierna ni graciosa ni a tener las manos calientes. No me estaban esperando mis amigas ni los chicos con los

que había coqueteado antes de Jaime. No dejé de vomitar. El contador me siguió marcando el ritmo, tic tac tic tac tic tac, me siguió oprimiendo. Estaba un poco más vacía cada vez. Solo sabía trabajar y ni siquiera quería hacerlo.

Tres semanas después, dejé de llorar. Intentaba sujetarme a mi familia y seguirle el ritmo. Mi madre y mis hermanos actuaban como si no hubiese vuelto a casa o como si nunca me hubiera ido, como si no hubiese aparecido con mi ropa y mis discos en veinte bolsas de basura, como si no se me marcasen todos los huesos, como si Frida no se estuviese meando constantemente en la alfombra por el estrés, como si yo no tardase mucho en salir del baño después de cada comida. Como si no hubiese muerto papá. No lloré más hasta que me llegó un mail de cinco páginas de Jaime desde una cuenta nueva. Me prometí y te prometí pasar el resto de mi vida contigo. Siento haberte defraudado. No sé ni cómo lo hice. Nunca he sentido el amor tal y como lo he construido contigo. No sé cómo hemos llegado a este punto. Dime algo, Marina. ¿No me quieres? ¿Era todo mentira? Me enamoré de ti un día a través de una mirada y nunca pensé que decidirías soltarme. Lo siento. Nunca he amado a nadie como a ti. No lloré más hasta que Jaime llamó a mi madre y mi madre me enseñó la pantalla de su teléfono. Por una vez, mamá no sonrió. No le cojas. Y no le cogió. No lloré más hasta que mi hermano me contó que cada día recibía ocho, nueve, diez mensajes de Jaime preguntándole por mí, diciéndole que me había dejado cosas en su casa, que o iba a por ellas o las tiraba. No lloré más hasta que me decidí a ir a un concierto para retomar algo parecido a mi vida y mi hermana me pidió que no fuese, que era muy pronto todavía. Pronto para qué. Pronto para irte por ahí tú sola. Yo pensaba que el contador en el pecho solo lo tenía yo. A la mañana siguiente, cuando ya había pasado el concierto y yo no había ido, Bea me lo contó: Jaime me pidió que te vigilemos porque te quieres suicidar. No tuvo que ponerme un dedo encima. No necesitó meterme los dedos en la garganta. Su violencia era transparente.

Cada noche soñaba que tenía que volver a dejar a Jaime y, aun así, quería que mi nueva casa fuese tan bonita como la suya. Pero después de pagar los meses de fianza y la primera mensualidad, los muebles fueron llegando muy poco a poco. Lo primero que compré fue una cama enorme para Frida que me costó casi tanto como mi colchón. Tenía sofá pero la mesa de centro era una caja de cartón vacía. Tenía tele pero el mueble para sostenerla eran las enciclopedias antiguas de mis padres. Tenía vistas a la plaza del ayuntamiento pero no tenía persianas y tapaba las ventanas con retales translúcidos. Con un tablón y dos caballetes pude apoyar mi portátil y actualizar mi currículum. Qué más, qué más, qué más. Ya solo quedaba hablar con Diana.

Diana, me siento muy estúpida. He fallado. Soy imbécil. ¿Cómo me pudo pasar esto a mí? ¿Por qué yo no lo vi? Sé que tú te estabas dando cuenta. ¿De qué me sirvieron todas esas charlas, los debates y los libros? Fui a la universidad, hice un máster, tengo trabajo y una hermana activista. ¿Cómo te lo iba a contar? ¿Con qué cara podía pedir ayuda?

Pero no le dije eso.

Yo solo quería vivir sola y seguir saliendo contigo todos los viernes y todos los sábados y emborracharme jugando a adivinar las estaturas de los famosos con Andrea y Diego y Iago e Iván. Os echaba de menos. ¿Me odiabais? A veces pensaba en qué habría pasado si no hubiese subido a su casa o si al salir del bar lo hubiese encontrado sentado en la ventana vigilándome. Si hubiese sido más lista. Si hubiese entendido por qué le preocupaba tanto qué opinaban los demás de él. Ahora pienso en sus ex. ¿Soy una de ellas? Cuando voy por la calle siento que todo el mundo me mira y sabe que soy una ex de Jaime. Soy imbécil y ahora todos sabéis que soy imbécil, Diana.

Siempre creías que era tu amiga culta y te he decepcionado. Pienso en la madre de su hija, ¿y si no fue como me lo contaron? ¿Y si quiso seguir viendo a su hija? ¿Y si el miedo fue más grande?

Tampoco le dije eso. Le escribí para vernos en la terraza de siempre y contestó con muchos emojis de fiesta.

No nos dimos ni un abrazo ni un beso. Nunca lo hacíamos cuando nos veíamos cada día y no lo hicimos después de más de un año sin vernos. Como si no hubiese pasado nada, todo el mundo lo había decidido así.

—Qué guapa estás, Dino. ¿Nos sentamos aquí?

—Sí, aquí mismo. Cuánto tiempo sin vernos, joder. Estás muy delgada, ¿no? ¿Estás bien?

—Me estoy mudando.

—¿Qué, qué, qué?

—¿Qué os pongo, chicas? —la camarera nos ayudó a coger aire.

—Para mí una clara de limón.

—A mí ponme una cerveza sin alcohol. —Diana hizo una mueca tímida.

—¿Sin alcohol? ¿Tú?

Diana se rio, se cambió la melena de lado y exhaló:

—Estoy intentando quedarme embarazada.

—¿Qué dices? Estás de coña. —Cómo pasó eso, cómo no lo supe antes, cómo no estuve a su lado hasta ahora.

—Pues ya sabes que siempre quise ser madre joven, así que ya era hora.

—¡Joder! —Me levanté, la abracé y todavía me quedaban lágrimas para Diana y las solté todas—. ¿Sola?

—Sola.

—Bueno, no vas a estar sola. —Volví a sentarme y acerqué una mano a la suya y le acaricié los dedos.

—Lo sé. —Quitó sus dedos de debajo de los míos para que la camarera pudiese dejar en la mesa nuestras cervezas y un pincho de ensaladilla rusa—. A ver, primero, cuéntamelo todo, luego hablamos de lo mío.

—Corté con Jaime.

—Joder, joder, joder, ¿por qué no me lo contaste antes?

Me encontré con dos problemas en ese momento: no me atrevía a contarlo todo y ni yo misma era consciente de qué era todo. Le hablé de algunos silencios, de algunas escapadas, de algunos gritos.

—Cabrón de mierda. Es que lo supe desde el primer día. No me gustaba nada, pero claro, tú te piraste y no me contestaste más y ya no sabía qué hacer, si me tenía que meter o no. ¿Por qué te fuiste así? Mira que lo dije, que a ti te pasaba algo, que no era normal cómo te estabas comportando, que te trataba como una mierda.

Otra vez la culpa, la vergüenza.

—Bueno, Marina, pero no es culpa tuya —bajó el tono—. Él es un capullo y se encargó de que no te dieras cuenta. A ver, cuéntamelo todo.

Tantas verdades, tantas flores, tantos secretos.

A partir de ese momento, todo cambió. Diana escogió las palabras que hiciesen menos daño, eligió cuáles eran las mejores para definir lo que me había pasado. Eran un consuelo después de haber vivido con silencios como castigos. Las palabras de Jaime hacían verdad la mentira, pero las de Diana ayudaban a entender hasta dónde había llegado. Diana hizo de lo que le fui contando un puñadito de palabras y, por fin, comenzaron a crecer las verdades.

¿Y qué más verdades? Que se nombró, dolió y florecerá.

Con cada visita, la casa se volvía más incompleta. Me di cuenta de que no tenía radiadores y de que el suelo estaba abombado por la humedad. La agente inmobiliaria dijo que no podían hacer ciertas obras sin permisos de habitabilidad. ¿Sin permiso de habitabilidad? Pero tú no te preocupes, nadie se va a enterar de que vives ahí.

Visité durante semanas el piso para que me instalasen el router, para que me subiesen el sofá, un radiador eléctrico, ropa, vasos, cubiertos, una alfombra, un cuenco nuevo para Frida. Los vinilos con algunas esquinas dobladas. Y un calefactor, nena, llévate un calefactor para estar calentita al salir de la ducha, que este invierno está siendo muy frío. Mi cuenta del banco estaba cada vez más cerca de tener solo dos cifras.

Una tarde, salí de dejar cosas en casa y entré en la farmacia que estaba justo enfrente. También eran clientas de Jaime. Se abrieron las puertas automáticas de salida y lo vi. Clavado en el medio de la plaza. No estaba disimulando, me miraba como lo hizo cuando nos conocimos, pero esta vez las arañas rojas corrían en estampida buscando por dónde salir. Cogí el teléfono y quise pasar de largo, pero empezaba a entender que con Jaime nada tenía que ver con lo que yo quisiera. Escuché mi nombre en su boca y me paralicé. O me paré por miedo a que gritase. O paré por miedo a llamar la atención. O paré porque a él no le dio miedo abordarme a las ocho de la tarde, frente al ayuntamiento, rodeados de gente. Mi cuerpo estaba lleno de miedos suyos. Me paré frente a él y me preguntó por qué me había ido. Sonreí, no quería que perdiese los nervios. La última vez que había escuchado su voz, me había gritado que no lo volvería a ver en mi vida. Pero mintió, ahí estaba, y yo sonreía. ¿Esa camiseta es nueva? Ahora tienes flequillo. ¿Por qué has entrado en esa farmacia si sabes que es de una de mis clientas? ¿Por qué ya no me quieres? Si contesté a

alguna pregunta, no lo recuerdo. Que lee mucho, que no duerme, que me quiere, que se dio cuenta de que Mercedes es una estirada y ya no trabaja para ella, que que que y yo miedo miedo miedo. Pero a él le daba igual mi miedo. Él solo quería que volviese a subir esas escaleras de madera y que no saliese nunca más de la casa del terror más bonita en la que había estado. Solo le pregunté cómo estaba Jimena, y ni siquiera me importaba la respuesta.

—Has cambiado. Estás muy entera —me clavó otra vez los ojos que un día me gustaron tanto y que ahora eran dos cuevas—. Te noto muy segura. Ya no eres la misma.

Parecía que quería saber cómo era capaz de vivir sin él. Si me destrozó, si le llevó años dejarme muda, si moldeó mil inseguridades para que me rompiese en tantos pedazos que no pudiese reconstruirme yo sola. Quizá buscaba dónde estaban mis heridas, por qué no me estaba arrastrando.

Cada vez estaba más fuerte, en la casa de mi madre vomitaba menos veces al día y por las noches iba a ver películas con Diana o con Martín. Supuse que el primer encuentro después de la huida sería, sin duda, el peor, y ya había pasado. Pero una semana más tarde, después de pasar una noche con Diana comiendo pipas y volviendo a ver *Floricienta*, crucé la misma plaza en la que me paró, la plaza por la que tendría que pasar cada día cuando me mudase. Eran las dos de la mañana. Me puse la capucha y saqué el móvil para avisar a mi madre de que iba a coger un taxi. Y en el centro, otra vez, como un olivo o como un tanque, estaba Jaime, con un libro abierto en la mano y mirando hacia mi ventana con retales pero sin cortinas ni persianas ni calefacción ni permiso de habitabilidad. Llamé a Diana y seguí caminando. Le dije: ahora te cuento, tú no cuelgues hasta que yo te diga. Caminé. Ahora te cuento. Seguí avanzando. No cuelgues. Pasé por detrás de él. Sí, estoy bien. Pasé y no se giró. Es que está él. Crucé la plaza. Corrí, corrí, corrí. Ahora te llamo otra vez. Me metí en el primer taxi y rompí a llorar. Jaime no se acababa nunca.

Sabrás que lo que se acaba, se acabó mucho antes y no se acabará del todo hasta tiempo después.

Desde el día en el que Frida y yo nos instalamos en nuestra nueva casa y durante los siguientes tres meses, cada noche Jaime se sentó en un banco a cincuenta metros de mi portal. Cada día, cuando iba o volvía de la oficina, me perseguía apuntándome con una cámara de fotos. Apuraba el paso pero siempre escuchaba detrás de mí los disparos de su réflex. Estaba en una librería y aparecía al otro lado del escaparate, iba a hacer la compra y se colocaba detrás de mí en la cola. Ni siquiera me hablaba, le bastaba con poner su cuerpo en medio para incomodarme. Quiso contratar a la agencia en la que trabajaba para que le hiciésemos una web, pero Martín convenció a nuestras jefas de que era un mal pagador. Empecé a fijarme en todas las mesas antes de entrar en un bar. Dejé de salir sola. Diana me pasó a buscar todas las noches para pasear juntas a Frida. Me dijeron: no es tu culpa. Pero no dejaba de reprocharme lo que me estaba pasando. Me dijeron: el que se aprovechó de ti fue él. Y yo asentía pero sabía que había ignorado todas las señales de peligro. También dijeron: no te hará nada. Y yo me escondía tras los nuevos estores, viendo cómo pasaba horas delante de mi casa.

Había aprendido a evitar a los que ponen un pie en la puerta para bloquearla, a los que agarran fuerte de las muñecas, a los que tocan sin permiso, pero no me había dado cuenta de que también se podía querer escapar del que estaba en la misma casa hacia la que corría para ponerme a salvo. Sabía que había hombres que gritaban, que controlaban, que humillaban, pero no sabía que era posible enamorarse de ellos.

Me dijeron: es un cobarde, no hay de qué preocuparse. Y cada vez que bajaba a abrirle a un repartidor, Jaime estaba hablando con él. También dijeron: se le pasará pronto, ya verás. Y ciento cincuenta y siete mensajes apelotonados en mi teléfono en menos de siete días.

Si he hecho algo tan mal por favor, perdóname!

Marina! Perdón!

Deja que cuide de ti

La culpa y la vergüenza eran tan mías que nadie tenía palabras para quitármelas, y empeoró cuando lo vi paseando abrazado a una chica de mi edad, o quizá más joven. Me vio, le quitó el brazo de los hombros y cambió de acera. Me jodió. ¿Era tan imbécil como para sentir celos del hombre del que había intentado huir durante tanto tiempo? No, era rabia. Verlo con otra chica me hizo pensar que mi dolor ni siquiera había sido por algo real. ¿Por qué había aguantado tanto miedo si no era por amor? ¿Me hizo leer trescientos cincuenta y seis mensajes de números desconocidos mientras se paseaba por Tinder? ¿Yo me reprochaba nuestra relación y él podía seguir con su vida como si nada hubiese pasado? No, él tampoco.

Entendí que siempre habrá alguien que meta la pierna en su cepo, como lo hice yo. Por eso, durante los siguientes meses, no me extrañó verlo con más chicas, siempre más jóvenes que él, ni verlas en Instagram compartiendo fotos de sus instalaciones y deshaciéndose en halagos. Entonces, lo hice. Me dio vergüenza al principio, pensaba que me llamaría loca o que creería que estaba despechada, pero encontré el perfil de su nueva novia y le escribí, le dije que tuviese cuidado, le resumí en un mensaje todo lo que me había hecho, le conté que el que llena salas de cajas negras, luces y plantas también estampa platos y teléfonos, grita y acelera el coche. Ella me dio las gracias y yo me sentí un poco menos tonta. Solo un poco.

Tengo una pregunta atravesada: ¿Y qué hacía una chica como tú con un hombre como él?

Llevo diez meses viviendo sola. Con Frida. El álbum de mi teléfono está lleno de fotos nuestras. Me gusta verme. Me gusta ver mi cuerpo en el espejo en medio de este salón de techos altos, llenos de vinilos, libros y bolsas de tela. El espejo me lo regaló papá, dijo mi madre. Me dijo: lo compré con la pensión de papá, así que es cosa de él. Me encanta el espejo, me gusta mi reflejo y me gusta que sea cosa de ella. Mi piel tiene purpurina.

A veces, voy a la playa con Frida. Otras, voy con Martín a conciertos y, los fines de semana, voy al parque con Diana y Luisma. Cocino todos los días. Vendí los anillos y compré un dominio para la web de mi propia agencia.

A veces, compro flores.

Entro en Google Maps para verte. Sales cruzando la calle que va desde nuestro portal al de la tía Loli. Llevas tus pantalones de pana marrones y tus zapatillas de correr, esas que te compramos en una tienda de running en Pontevedra. Yo le pedí al dependiente unas zapatillas para correr talla cuarenta y uno y mamá repitió la palabra correr e intentó callar una carcajada. El dependiente apareció con unas muy básicas. No, las necesita para correr, repetí. Correr, volvió a decir mamá con la boca entre la pedorreta y la burla cariñosa. Yo era la única que sabía que corrías cuatro kilómetros todas las mañanas. Mamá, Bea y Berto creían que no, que yo te seguía el juego por ser la hija pequeña y mimada. Pero yo lo sabía porque yo también iba a correr al puerto un poco después de que tú salieras de casa. Tras veinte años escuchando que mis padres eran muy mayores y que me tuvieron sin querer y que menos mal que tengo dos hermanos para seguir cuidándome, verte correr con tus pantalones de pana marrones y tu cortavientos azul eléctrico me hacía tan feliz que quería verte cada mañana, todas, una detrás de otra, para que la siguiente me recordase

que la mañana anterior había sucedido. Que sí, que papá no es tan mayor, que sí, que papá está hecho todo un runner, que no parece que tenga cincuenta años ni sesenta años ni luego setenta años, que papá se levanta todos los días a las ocho de la mañana para correr y luego comprar una barra de pan ni muy tostada ni muy cruda. Por favor, enséñanos unas zapatillas con suela para asfalto, con ranuras para la tracción y con la goma curvada. Yo sabía que corrías.

Hago zoom en la pantalla, en Google Maps todavía vas a casa de la tía Loli a buscar rosquillas de anís a cambio del *¡Hola!* de hace dos jueves. En Google Maps todavía me importa si te parecerá suficiente que solo saque un notable en un examen, si te parecerá muy mal que haya decidido no ir más a misa o que me haya cambiado de carrera. Google lleva cuatro años sin pasar por ahí. Te dejó cruzando eternamente entre nuestra calle y la de tu hermana, te dejó con la revista y a punto de coger tus rosquillas. Te dejó inmortal. Quién sabe si en el bolsillo llevabas un puñado de chistes apuntados en servilletas de bar para que Loli se riese. Es que eras gracioso hasta para elegir tu look para correr, papá. Putos pantalones de pana. La tía Pitusa siempre decía que tenías las piernas más bonitas de todo Beiramar. Después dejó de decirlo. Ahora ya vuelven a hablar más de ti, no te preocupes. Papá nos dijo una vez:

—Algún día faltaré y a ver qué hacéis sin mí.

Y no te hacíamos caso, pero un día faltaste y solo sabemos echarte de menos.

Papá cruzando, relamiéndose, pensando en las rosquillas que va a mojar en el café descafeinado porque si no no duerme, aunque siempre dormía. Y solo una rosquilla porque si no engorda, aunque nunca engordaba. Eh, Albertiño, estás acabando con las rosquillas. Qué dices, pa, si no paras de levantarte a coger una y otra y otra. ¿Yo? Yo estuve viendo la película de Bud Spencer, pim pam pum, y se sacude el azúcar de la camisa, ¿verdad, nena? Y yo sí, sí, siempre sí, porque papá en mí siempre encontró una fiel compañera, una Terence Hill menos fuerte pero más paciente. Papá sabía que si yo le decía que no, era que no. Desde luego que no. Como cuando se fue a Portugal con mamá y la cámara digital nueva y volvió enfadado queriendo llamar a Canon porque no había sacado ni una sola foto, solo vídeos

de cinco segundos en los que se veía a mamá posar y a papá decirle, a ver ponte ahí, a ver, quieta ahí, arre demo, esto no saca flash, un poco más cerca de la barandilla, qué vértigo ni qué vértigo, mujer, acércate, muller. Papá, no puedes llamar a Canon porque lo pusiste tú en modo vídeo. ¿Segura? Y como se lo dije yo, yo la que siempre lo acompañaba hasta el final en todas sus causas, a ayudar a repartir comida en el Banco de Alimentos, a la misa de los domingos, a comer tortilla y callos en las tabernas, a jugar a la petanca, a decirle a las enfermeras que por favor le diesen un paquetito más de galletas, que por favor le diesen algo para dormir, pues no llamó a Canon.

La vibración del teléfono me saca de la pantalla del ordenador. Es la alarma para que no se me queme el hojaldre. Voy a la cocina, saco la masa del horno y la dejo enfriar. Frida se acaba de tumbar en el trozo de alfombra donde da el sol. Le saco una foto. Abro la aplicación donde pago por filtros más bonitos que los de Instagram y la retoco. Frida aparece tumbada con la cabeza entre las patas, en una alfombra azul y crema que todavía tiene arrugas y huele a almacén y a plástico. Subo la foto a mis historias.

Vuelvo a la cocina y limpio la fruta. Corto un mango, fresas, kiwis, limpio moras y frambuesas. Me miro los dedos. He conseguido que no se pongan amarillos, pero a veces aún me rompo el estómago.

A @saraaramto y 4 personas más les ha gustado tu historia

Tengo que sacar a Frida, pero aquí sigo paseándome por nuestra calle en Google Maps para verte, papá. Un poco más de zoom, solo un poco más para ver a mi padre cuando mi padre todavía no estaba en el Hospital Clínico de Santiago harto de meses tumbado en la misma cama, agotado de las alucinaciones por el insomnio y de las cruces azules en el pijama blanco. Solo un ratito más para verte todavía con apetito, todavía con tus deportivas y antes de que te matase un linfoma de no Hodgkin.

He tenido que abrir una segunda pestaña en Google para recordar el nombre de tu linfoma porque, desde que te lo diagnosticaron, he decidido no recordar su nombre jamás.

A @diana_misinha92 le ha gustado tu historia

A @edu_motitos le ha gustado tu historia

@edu_motitos te ha enviado un mensaje

Suena la alarma del teléfono. Esta vez es para que saque la crema de la nevera. La vierto sobre el hojaldre. A la nevera otra vez. Tengo que regar la planta. También tengo un mensaje sin abrir y tres años desangrándose por dentro. Pongo la fruta por encima de la crema.

El mantel cuelga la misma cantidad de tela por las cuatro esquinas, dos copas de cristal en lugar de vasos de nocilla, servilletas cuadradas y no papel de cocina, su receta de pasta de la universidad pero con la pasta más cara del supermercado. O la segunda más cara.

Huele a madera quemada y a sardinas asadas. Es la noche de San Juan.

Corto la cebolla en juliana. Después las láminas las corto en cuadraditos. Y los cuadraditos los corto en algo muy diminuto. La última vez que celebré San Juan fui con Diana y sus amigos a la playa. Esa noche olía a brasas, a mojitos y a desodorante. Nos sentamos en unos palés que hacían de bancos junto a un palé que hacía de mesa. Sacamos patatas de todos los colores y jugamos a adivinar películas. Con los dedos indico que el título tiene cinco palabras. Señalo el segundo dedo y me pongo con la mano unos cuernos en la cabeza: ¡malo! ¡mala! ¡demonio! Tuerzo el morro. ¡Diablo! Señalo el quinto dedo y con las dos manos hago que me acaricio el cuerpo. ¿Mujer? ¿Atractiva? ¡Una diabla! ¡Una rubia muy legal! ¡Ha dicho cinco palabras, gilipollas! ¡El diablo viste de Prada! Me río en voz alta al recordarlo y siento el eco vibrar. Los espaguetis a la olla. Pero antes tengo que quitar la pegatina con agua caliente. En casa de mi madre nada fue nuevo nunca. Aquí todo está por estrenar.

Suena el timbre. Frida menea el rabo. Suena el timbre otra vez. Que no abre, dice. Bajo, digo. Y bajo y abro y Diana ya no huele a Diana. Y no la abrazo porque siempre la quise y nosotras nunca nos abrazamos siendo amigas. Y porque lleva a Luisma en brazos. La ayudo a subir el carro.

—¿Vino o…?

—Vino.

Voy a por una botella de ribera. En la puerta de la nevera una foto de papá. Papá a cuatro patas en el salón para hacer de caballo y yo sentada sobre su espalda, con una mano en la cintura y otra apoyada en el sillón. Papá lleva un jersey de pico, una camisa y una corbata con el nudo relajado. Yo estoy en pijama. Hubo una época en la que él sí estaba vestido para salir por cualquier urgencia y yo no. Una lágrima se cuela en mi comisura derecha. No estoy ni triste ni enfadada, solo estoy tranquila.

Elijo un vinilo, le clavo la aguja. Está todo bien. Me acaricio los nudillos, no tienen heridas. Estoy tranquila.

Yo quería vivir sola y estoy cenando pasta con Diana y su bebé.

Y Frida, panza arriba.

Jaime no se fue cuando se cansó, Jaime dejó de sentarse en el banco que estaba frente a mi casa cuando Diana y sus amigos, nuestros amigos, se hartaron y comenzaron a caminar hacia él. Vio que se acercaban, se levantó y echó a correr.

—La verdad es que daba vergüencita verlo correr.

—Sí, daba pena.

—Daba puta pena.

Les pedí que me lo contaran diez, once, doce veces, y cada vez me reí más y cada vez disfruté más de la historia y ellos la exageraban y le añadían mímica y conseguían mover la mandíbula como él y, como si fuese uno de los cuentos de mi padre, ya no pudimos distinguir lo que de verdad había pasado de las ganas de hacerme reír.

Tengo: una perra, amigos, una madre, dos hermanos y una foto de papá en la nevera.

Agradecimientos

Gracias a Marta Jiménez Serrano por todos sus consejos y por ser la primera persona que dijo que estaba escribiendo una novela, mucho antes de que yo me atreviera a pensarlo. Comencé a escribir este libro en su taller de escritura creativa y logró que convirtiese dos párrafos en todas estas páginas. Sin ella, no existiría *Comerás flores*.

Gracias a mi madre, que me escribía cuentos cuando estaba enferma y que encuadernaba los míos como si fuesen algo importante. A mi padre, por sentarme en su barriga y hablarme de circos sin animales, de sirenas sin cola y de guerras sin bombas. A mi hermana y a mi hermano, por dejarme ser siempre la pequeña de la casa, con los privilegios que conlleva.

Muchas gracias a Ana, por esperarme como si no hubiese pasado nada. A Marcos, por estar siempre. A Imanol Campo, por ayudarme a entender y a perdonar a Marina. A Sara, Irene, María, Ali, Teresa y todas las amigas que me llenaron de confianza durante el proceso de escritura. Gracias a mis compañeras y compañeros de la Residencia Literaria de la Cidade da Cultura y a Javier Peña.

Gracias a Luis Solano, a Fátima Escribano y a todo el equipo de Asteroide por su generosidad, por su confianza y por tratar esta historia con tanto cariño desde la primera llamada. Es un sueño cumplido estar con vosotros.

Y muchas gracias a David, por comer flores conmigo todos los días.

«He tenido que adentrarme en la oscuridad,
atravesarla, para hallar la belleza.»
Maggie Smith

Desde Libros del Asteroide queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Comerás flores*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que visite www.librosdelasteroide.com y nuestros perfiles de redes sociales, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.
Le esperamos.



Nota biográfica

Lucía Solla Sobral (Marín, 1989) vive actualmente en Oviedo, donde ha creado y coordinado desde 2022 el Club de las Letras Salvajes. En 2023 fue seleccionada en la Residencia Literaria de la Cidade da Cultura de Santiago de Compostela, dirigida por el escritor Javier Peña. *Comerás flores* (Libros del Asteroide, 2025) es su primera novela.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Comerás flores*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Sensación térmica, Mayte López
Podrías hacer de esto algo bonito, Maggie Smith
La novia grulla, CJ Hauser